

LOS CAZADORES DE MOCHA DICK



pehuén.

ARMANDO CARTES MONTORY

ARCHIVO
HISTÓRICO DE
CONCEPCIÓN
EDICIONES



LOS CAZADORES DE MOCHA DICK

BALLENEROS CHILENOS Y NORTEAMERICANOS AL SUR DEL OCEANO DE CHILE

ARMANDO CARTES MONTORY

SEGUNDA EDICIÓN



Esta obra fue seleccionada en el
Fondo del Libro 2013.

LOS CAZADORES DE MÚSCA DURA.
Baileros chilenos y norteamericanos
al sur del océano de Chile

© Armando Carlos Montory
© Editores del Archivo Histórico de Concepción
www.achhcehistoricoconcepcion.cl
© Pehuén Editores S.A.
Brown Norte 417, Naitoa, Santiago, Chile
+56 2 27857131
www.pehuen.cl
editorial@pehuen.cl

Inscripción N° 185.834
ISBN 978-956-16-0641-8

Segunda edición, diciembre 2015

Diseño y diagramación:
Siegfried Oberst Córdova

Impreso en los talleres de
Ediciones e Impresiones Copypgraph

Derechos reservados para todos los países.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos, eléctricos, electrónicos, fotográficos, incluidas las fotocopias, sin autorización escrita de los editores.

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

Donde se edita, Pedro de Valdivia y Compañía

639.2809
CAR
ca.
2013
14
(AHC)

LOS CAZADORES DE MOCHA DICK

BALLENEROS CHILENOS Y NORTEAMERICANOS AL SUR DEL OCÉANO DE CHILE

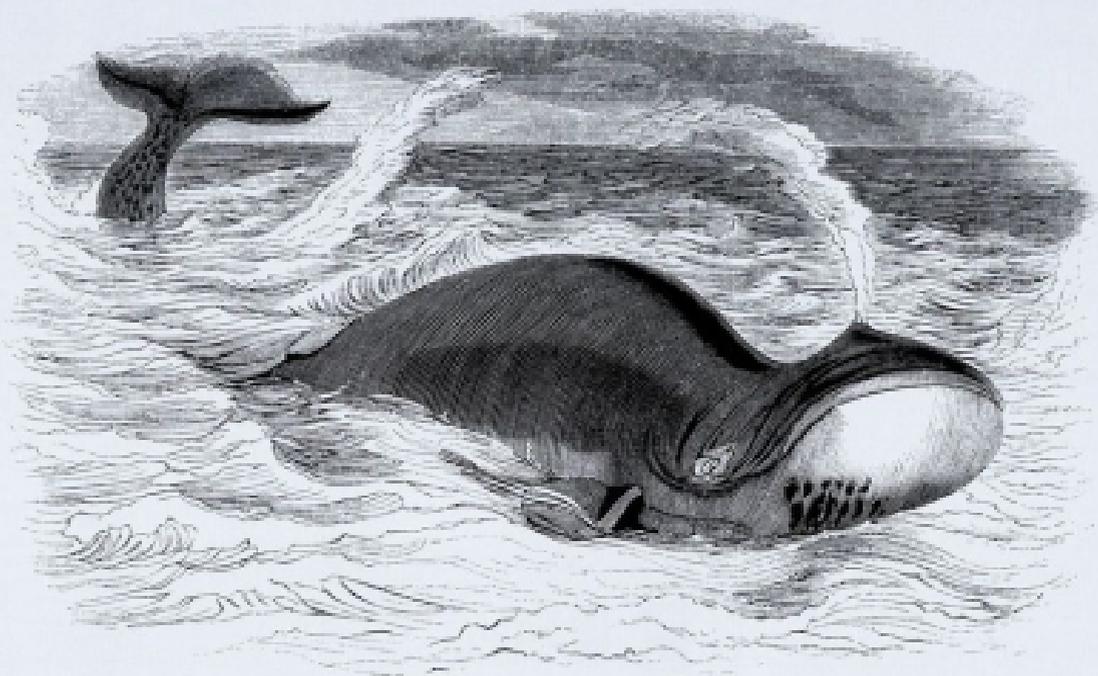
ARMANDO CARTES MONTORY



ARCHIVO HISTÓRICO DE
CONCEPCIÓN
EDICIONES



1066



ÍNDICE

NOTA DEL AUTOR A LA PRESENTE EDICIÓN	7	BALLENEROS DE TALCAHUANO Y EL GOLFO DE ARAUCO	38
PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN	9	CAZADORES NORTeamERICANOS EN EL MAR DEL SUR	56
INTRODUCCIÓN	13	LA LITERATURA BALLENERA: MOBY DICK	74
LA INDUSTRIA BALLENERA NORTeamERICANA	16	JEREMIAH N. RETNOLDS Y MOBY DICK	83
LOS GIGANTES DEL OCEANO	20	FUENTES CONSULTADAS	97
LEYENDAS EN EL CHILE COLONIAL	22	MOBY DICK OR THE WHITE WHALE OF THE PACIFIC / MOBY DICK O LA BALLENA BLANDA DEL PACIFICO	105
BALLENAS EN LA BAHÍA DE CONCEPCIÓN	26		
PRESENCIA MITOLÓGICA Y LITERARIA	28		
LA INDUSTRIA NACIONAL	32		

NOTA DEL AUTOR A LA PRESENTE EDICIÓN

Este libro cuenta la historia de la cacería de ballenas en el sur de Chile, en el siglo XIX, con sus fauces y sombras, en conexión con la misma actividad en Estados Unidos. Es también la historia de otra persecución: de los orígenes chilenos de la novela *Mocha Dick*, antecedente de *Moby Dick*, obra mayor de la literatura norteamericana. Una búsqueda que me llevó desde la isla Mocha, frente a las costas araucanas, a otra isla muy lejana, Nantucket, mítico enclave de los grandes balleneros de la época clásica de esa siempre industria global. Ha transcurrido una década desde esas aventuras, tiempo suficiente para que este libro, aparecido en 2009, recorriera su propio camino. Ya que el libro cuenta los derroteros de la investigación y sus hallazgos, quisiera contar el origen de la publicación y sus insospechadas repercusiones. Se trata de un libro al que le tengo especial afección, ya se verá porqué.

Como muchos de mi generación, que ya superamos los cuarenta años, nuestra imaginación de infancia fue estimulada por las historias fantásticas, pero bien documentadas de Mampato y su amigo Ogi. En la revista homónima, que esperábamos con ansia cada semana, disfrutamos nuestro primer encuentro amable con la historia. Un relato bien logrado y di-

bujo fue aquel que, ambientado en la trama de la clásica novela de Herman Melville, llevó a los personajes en emocionantes expediciones balleneras. En nuestra Región del Bío-Bío, sin embargo, por más que escudriñáramos el mar, pocos ejemplares de los grandes cetáceos se divisaban, algo que por fortuna está cambiando. No obstante esta ausencia, hemos vivido rodeados de múltiples vestigios, en la zona costera: osamentas en los museos de Hualpén, Llico, Lebu y el RAM Pedernera; testimonio de compañeros y antiguos lugares balleneros; las ruinas de la ballenera Macaya, junto a los acantilados de Chome y, lo más sorprendente, un esqueleto completo de un rorcual, el último capturado en Chile, en el campus de la Universidad de Concepción. Nada de esto, sin embargo, parecía tener sentido ni conexión.

Interesado en las conexiones de la Región con la literatura universal, me intrigaba profundizar en las raíces araucanas de *Moby Dick*, con la amplitud de un viaje y el rigor del trabajo académico. Es lo que inventé con este libro. De regreso de Estados Unidos, el magnífico ejemplar que allí obtuve de *Mocha Dick*, obra rara y adornada con bellos grabados en madera, despertó de inmediato el interés de Jorge Barros, destacado editor cuya amistad y estímulo siempre valoro

y reconozco. Por desgracia, no era fácil financiar la obra, que debió esperar varios años. Con el tiempo –paradoja no infrecuente en el gremio de la historia– mi prólogo se transformó en un libro en forma y *Mocha Dick*, en un ensayo.

Un extenso reportaje al libro, en Artes y Letras de El Mercurio, cuando todavía era un manuscrito, estimuló la pronta edición (Pehuén, 2009). A ese artículo, salido de la fluida pluma de Elena Irarrázaval, le siguieron muchos más; en el diario El Mundo de España, Folha de São Paulo e innumerables medios impresos y digitales. Mocha Dick comenzaba a navegar nuevamente con la libertad oceánica de los grandes cetáceos. A su difusión han contribuido diversas otras iniciativas, basadas en el libro y otras fuentes, en el campo audiovisual, de la novela gráfica y, por supuesto, la increíble red. Así, un documental sobre Mocha Dick nace Bio Ingeniería Audiovisual, por iniciativa de la lebuense Claudia Pino y Gonzalo Predez, con apoyo del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. La dirección es de Cristóbal Valderrama y el guión de Daniel Olave, con todos quienes hemos compartido y discutido en torno a la “ballena blanca”, que en realidad era un cachalote. Un tesis fue presentado en el 12º Festival Internacional de Cine de Lebu, según

informaba El Sur, el 3 de febrero de 2012. El documental, de espesa factura, según apreciamos en el preestreno, será presentado en el Festival de Cine de Lebu en febrero de 2016. Con apoyo de SERNATUR, por su parte, Gonzalo Feito desarrolló la serie "Cazadores de Historias", que luego transmitió CNN y otros canales de televisión. Para la filmación recorrimos 38 comunas de la Región del Bío-Bío, en mi caso como asesor histórico y ocasional "extra" en las recreaciones históricas. Un episodio bien logrado nos llevó, otra vez, a la isla Mocha, tras las huellas elusivas como casca marinas de Mocha Dick. Puede verse en www.archivohistoricoconcepcion.cl/ar_med_cazadores.php

La investigación ha tenido, naturalmente impacto académico, como se refleja en los documentados trabajos del antropólogo Daniel Quiros, que citaremos en esta edición actualizada. A nivel popular, es la novela gráfica *Mocha Dick: la leyenda de la Ballena Blanca*, de Francisco Ortega y dibujos de Gonzalo Martínez, el trabajo que más ha contribuido a promover la leyenda, en un lenguaje atractivo para el público, en especial el juvenil. Valoro su gesto de enviarme un ejemplar, en agradecimiento a los aportes de este libro, que llaman "espléndido ensayo" en alguna entrevista, a su propia investigación.

En fin, con los años Mocha Dick ha seguido navegando. El nuevo guión del Museo Mapache de Cañete incluye bellas animaciones de la leyenda de *Towpallato*, las ballenas o *pass*, que llevaban a los muertos a la isla Mocha. Muy lejos de Arauco, en Estados Unidos, mientras tanto, donde la actividad ballenera del pasado es considerada un patrimonio nacional, también resurge de vez en cuando nuestro austral cachalote. En 2013, se reeditó la novela original de Reynolds, y en 2014, apareció un libro infantil: *Mocha Dick: The Legend and Story*, de Brian J. Heinz, con bellas ilustraciones de Randall Enos. Y si todo esto fuera poco, mencionemos todavía la banda Moby Dick, de rock-metal o "metal urbano", como ellos prefieren definirse— con 15 años de trayectoria, muchos conciertos y cuatro discos editados. Se observa pues, que el regreso de las ballenas a las líricas aguas del Pacífico, impulsado por las aguas del conservacionismo, es acompañado por un reconocimiento creciente de su valor cultural.

En la primera edición agradecía a dos personas. Con los años la gratitud, junto con la amistad, ha crecido. Uno de ellos era Dante Figueroa H., persona residente en Estados Unidos hace casi dos décadas, quien apoyó mi investigación, desde su labor en la Biblioteca del Congreso, verdadera arca o *Leviatán* del conocimiento humano; pero, más importante, me

acompañó en mis periplos por New London, Mystic Seaport, la isla de Nantucket y New Bedford, donde "arponeamos" juntos el volumen magnífico que motivó este texto.

Muchos de los lugares y vestigios que este libro documenta, como las osamentas que conservaban museos costeros, la casona Gacte en Llico o la poza de la ballenera en la isla Santa María, resultaron muy dañados por el terremoto de 2010. De ahí que tenga un valor especial que hoy su memoria se conserve y se difunda en esta nueva edición; y en colores, como siempre debió ser. Ese rescate patrimonial y la conexión con el territorio de mi infancia, compartida con los personajes de Thermo Lobos, son dos buenas razones para reeditar este libro.

Hay una tercera y se relaciona con la segunda persona a quien agradecía, en aquel—tan lejano y tan cercano— 2009. Es la socióloga Violeta Montero B., quien tuvo la imprudente osadía de acompañar mis periplos por la costa ballenera. En especial recordamos una navegación agitada en un pequeño bote, rumbo a la isla Santa María, en que resultamos empapados por las grandes olas del Golfo de Arauco. Luego de esas aventuras de caótica histórica y antropológica decidimos felizmente unir nuestras vidas (El cazador resultó *casado*).

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Que Chile es por definición geográfica un país marítimo, es una realidad que todos aceptamos consciente e inconscientemente, aunque todavía no acabamos de asumirla en plenitud a casi cinco siglos del hallazgo europeo de parte de las tierras que hoy conforman el gran solar nacional y a dos desde el comienzo del proceso de la independencia del Imperio Español y de la formación del estado republicano.

En efecto, su desmesurada longitud, la fisonomía costera y su angostura territorial hacen que el territorio nacional (americano continental) sea desde Arica hasta Maullín una suerte de extenso balcón hacia el que se asoma necesariamente su población, y desde Ralston al cabo de Hornos, un vastísimo, multifforme y variado mar interior con el que interaccionan sus habitantes de diversa manera. No obstante tal evidencia incontrovertible, por aquello de haber transcurrido principalmente por el interior territorial parte significativa del proceso histórico conformado por la conquista hispana y el esfuerzo consiguiente por sojuzgar a los pueblos aborígenes y el de dar forma paulatina a una nueva comunidad integrada y por el fin de utilizar económicamente los recursos naturales para hacer surgir una estructura productiva, se generó involuntariamente una mentalidad mediterránea (o “de

tierra adentro”) en la sociedad que fue constituyéndose, noción que ha llegado hasta nuestros días por tradición de generaciones. Así, como consecuencia, lo marítimo ha sido algo accesorio o marginal, sentimiento que, afortunadamente, parece ir variando en el presente debido a una mayor y mejor comprensión acerca de nuestra vinculación de distinto orden con el medio marino y nuestra posición relativa respecto del resto del mundo, circunstancias que a su vez condicionan nuestros variados intereses nacionales respecto del ultramar.

Parte de esa realidad la han conformado y conforman los recursos vivos del inmenso mar de Chile que desde incontables generaciones antes de las actuales han interesado a los habitantes del litoral, básicamente en procura del sustento cotidiano. De ello, bien se sabe, derivaron conocimientos, tecnologías, formas de vida y culturas particulares propiamente marítimes que de igual modo se incorporaron a la tradición nacional, si bien con menor fuerza condicionante que los originados en las regiones del interior territorial. Esos recursos conforman una fauna variada y rica constituida por peces de diferentes especies, mariscos, moluscos, crustáceos y demás, y por anfibios y cetáceos que los habitantes costeros han sabido utilizar desde tiempo inmemorial para su satisfacción alimentaria.

Entre esos recursos se contaron los grandes cetáceos —genéricamente las ballenas— que pudieron ser aprovechados cuando los mismos por diferentes razones o circunstancias varaban sobre las costas, o, inclusive, cuando se los capturó en el mar en operaciones osadísimas. Testimonio fehaciente de esta última posibilidad son las pinturas rupestres de alta antigüedad que se han encontrado en sectores del litoral septentrional chileno, que muestran escenas de caza de esos grandes animales. Enormes en tamaño, abundantes en carne, grasa, aceite, huesos y otros subproductos, las ballenas fueron especialmente cotizadas por los hombres del mar y litoral de Chile como bienes excepcionales, ciertamente presidenciales —verdaderas despensas de provisiones y recursos de utilidad cotidiana—, valoración que con toda su carga sentimental se incorporó al acervo cultural y a sus tradiciones. Así, desde los yámana, selknam, kawésqar y chonos del sur hasta los changos del norte, las ballenas fueron parte de su noción existencial y de sus culturas particulares.

Al tiempo del arribo de los españoles esa noción estaba plenamente vigente, pero los conquistadores y ocupantes nunca acabaron por asumirla como debían —quizá ni la comprendieron—, y esa antiquísima asociación hombre costero-ballenas se fue perdiendo

u obviando en la misma medida que se reducían las poblaciones autóctonas litorales.

De ese modo, debió ser gente foránea la que redescubriera la existencia de tan valiosos recursos –ortícolas y anfíbios– en el mar y las costas continentales e insulares de Chile, en un momento de la historia de la humanidad en que los mismos eran objeto de altísima demanda económica, al punto de justificar el esfuerzo por encontrarlos y explotarlos donde se los encontrara. Así, entonces, a partir del tercio final del siglo XVIII se inició y desarrolló una actividad de captura sostenida que con avatares de diferente intensidad se mantuvo por los dos siglos siguientes hasta los años de 1980, para cesar ante la inminencia del agotamiento de esos recursos y las consiguientes medidas oficiales de protección indefinida para los mismos, consecuencia a su vez de una creciente aunque tardía conciencia conservacionista colectiva.

Esa actividad económica –la pesquería de anfíbios y cetáceos como se la denominó en su hora–, dio origen a una historia singular abundante en sucesos y protagonistas, como en trascendencia variada, sobre la que hasta ahora es muy poco lo que se ha investigado y escrito, en lo que ha sido un cabal reflejo del escaso interés por lo marítimo que ha calificado el trabajo de la mayor parte de los historiadores, en tanto que han sido y son gente de tierra adentro. De allí que puede afirmarse que siempre resulta novedoso cuando se conoce sobre tan especial acontecer.

Y es en este punto en el que cabe particularizar con la obra historiográfica de Armando Cartes Montory, uno de cuyos frutos es el libro que se presenta *Los cazadores de Macha Dóh. Ballenas chilenas y norteamericanas al sur del océano de Chile*.

El investigador y autor no es, ciertamente, un novato en la tarea de que se trata. Apasionado por el conocimiento y la divulgación de la ciencia histórica, y en especial de aquella que atañe a la región penquista de la que es originario, hace ya tiempo que ha dedicado y dedica buena parte de sus afanes académicos al estudio y difusión de su pasado, realizándolo con talento y rigor; lo que ha permitido que sus obras sean tenidas y recibidas como otras tantas contribuciones valiosas para el adelanto del conocimiento histórico nacional, además de constituir razones de prestigio para sí. Basta mencionar su libro *Finances en el país del Río Ma* (2004) de interesantísimo, ameno e ilustrativo contenido y excelente factura y presentación.

En este nuevo libro se entrega un conjunto de noticias históricas que básicamente son el fruto de investigaciones personales en repositorios extranjeros, principalmente norteamericanos, presentadas como un fenómeno de actividad económica que tuvo al mar de Chile por teatro geográfico, sectorizado particularmente en las aguas y el litoral absolutos correspondientes a la Región del Bío-Bío, en los que desde que hay memoria y hasta el presente se ha registrado y registra la presencia, diversidad e incluso abundancia de

recursos vivos, en especial de cetáceos, circunstancia que motivó su captura y aprovechamiento.

Como corresponde, fueron los habitantes costeros originarios históricos, los mapuches de la parcialidad *laqueuche*, herederos de una tradición que se remonta lejos en el tiempo, los primeros de quienes se ocupó el historiador, para seguir luego con los principales protagonistas de la epopeya cazadora (que eso fue en realidad), esto es, los *foqueros* y *balleneros* ingleses y norteamericanos, y concluir con la fiada de captura industrial por parte de empresarios nacionales o extranjeros radicados en el país con bases en diferentes localidades litorales de Arauco y Concepción. Ello se realiza con la debida contextualización histórica, para la mejor comprensión de los lectores, acerca de la importancia de los recursos pelágicos y litorales (pieles de pipípedos, aceite y barbas de ballena principalmente) en la economía mundial del principio de la revolución industrial; así como con la apropiada exposición y valoración respecto de la importancia particular que asumió la actividad de pesquería en la pujante economía emergente de la hacia poco creada Unión Americana, luego de su independencia del Imperio Británico.

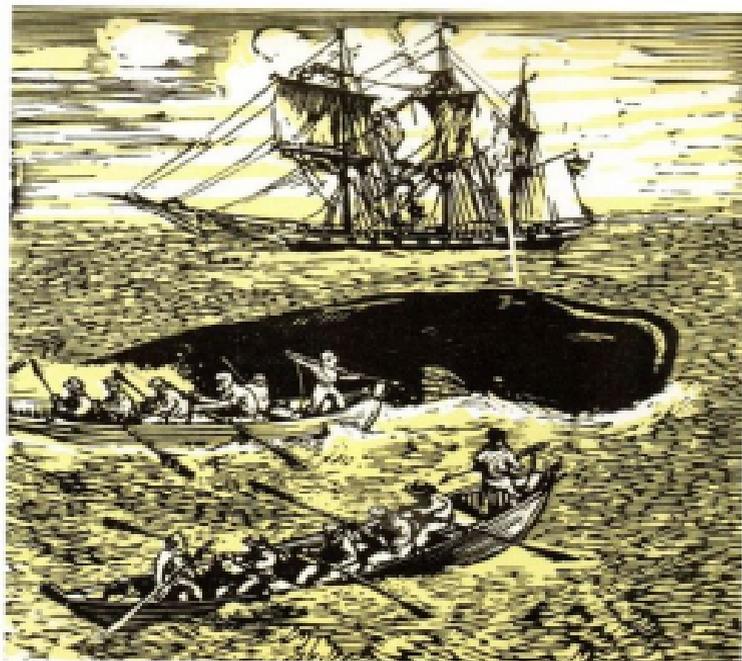
Se complementa el trabajo propiamente investigativo con preferencias y consideraciones extensas acerca de las derivaciones mitológicas y literarias de una fiada ruda y peligrosa, pero apasionante, como fue la ballenera, que inspiraron la creación de obras señeras en la literatura mundial, como ha sido el caso de la

novela *Moby Dick* de Herman Melville surgida directamente de otra pieza del género como fuera *Mocha Dick*, escrita por Jeremiah Reynolds, cuyo argumento se basó en las actividades de los navegantes norteamericanos en el entorno de la chilénísima isla Mocha.

En suma, *Los cazadores de Mocha Dick. Balleneros chilenos y norteamericanos al sur del océano de Chile*, es un libro novedoso por su contenido, que confirma una contribución relevante para la historiografía regional y nacional, escrito en un estilo claro, llano, directo y ameno que hace de su lectura un entretenimiento cultural.

Es, por fin, todo un aporte significativo en procura del reencuentro de los chilenos con su realidad geográfica –tierra y mar– y su milenaria tradición que son partes consubstanciales del ser genuino de la nación.

Museo Martiric B.



INTRODUCCIÓN

En Norteamérica, las ballenas fueron perseguidas ya desde la época colonial. Se cazaron masivamente en busca de aceite para iluminar lámparas, confeccionar velas y, más tarde, a fin de obtener lubricantes para las máquinas de la era industrial. Desde los puertos de New Bedford y New London o la isla de Nantucket, en el noroeste de Estados Unidos, zarparon barcos balleneros que recorrieron todos los océanos, en expediciones que solían durar varios años. En esos puertos, durante gran parte del siglo XIX, se “comía, tomaba y respiraba la caza de ballena”. Por las vidas de los que se hallaban en el mar y por el éxito de sus viajes oraba toda la comunidad. Herreros, toneleros, fabricantes de velas y aparjos, carpinteros y artesanos, cada oficio se vinculaba a aquella actividad. De New London solamente, se calcula que zarparon unas mil expediciones balleneras, que habrían requerido unos 25 mil marineros. Una demanda que sólo pudo suplirse con genes venidas de toda la costa este.

New Bedford, hoy en día, situada no muy lejos de Boston, es una ciudad de unos cien mil habitantes. Mantiene, sin embargo, mucho del aspecto que tenía a mediados del siglo XIX, cuando era el centro de la industria ballenera norteamericana: calles adoquinadas, edificios patrimoniales y mansiones de antiguos armadores y capitanes balleneros. Su distrito histórico — usar manzanas frente al borde costero, que forman el *New Bedford Whaling National Historical Park*, establecido en 1996 — contribuye a mantener vivo un legado valioso para la historia marítima de Estados Unidos y del mundo.

Su museo, el *New Bedford Whaling Museum*, contiene la colección más grande y extraordinaria de objetos balleneros y marítimos de Norteamérica. Incluyen el *Loggia*, una réplica a media escala de un barco ballenero, que permite subir a bordo; esqueletos de cetáceos, implementos del oficio, bitácoras de viejos barcos; *Scrimsnow*, el arte del dibujo o el tallado en dientes de cachalotes y muchos objetos más. Frente al Museo



Capilla de los Marineros de New Bedford.



Seaman's Bethel. Dibujo en diéptero de cachabote, c. 1820. La pieza perteneció al New Bedford Whaling Museum. *Moby Dick. A pictorial voyage* by Herman Melville, edición por Bart, Tania A. et. AL, 2002, Spleen publications).

Ballenero se encuentra la Seaman's Bethel, la capilla de los marineros, que presta servicios desde 1832. Allí acudió Herman Melville, como todos los que se embarcaban en una expedición ballenera, antes de zarpar el mismo en el *Acushnet* en 1841. Diez años más tarde, en su famosa novela *Moby Dick* escribió sobre las placas de mármol que penden de los muros de la capilla y que recuerdan a los marineros muertos en el mar en la caza de la ballena. Hoy, preside la capilla un púlpito en forma de pesa de barco, inspirado en la descripción imaginaria de Melville.

Mi presencia en aquel puerto no era casual. Recorría los lugares donde se desarrolló la épica saga de los balleneros norteamericanos, en busca de sus conexiones con la actual Región del Bío-Bío, en Chile. En especial, con la isla Santa María, la isla Mocha y el puerto de Talcahuano. El mar del sur ocultaba la respuesta a un misterio: si *Moby Dick*, obra funda-

mental de la literatura norteamericana, se inspiraba en relatos –y aun en sucesos– ambientados en la costa austral de Chile.

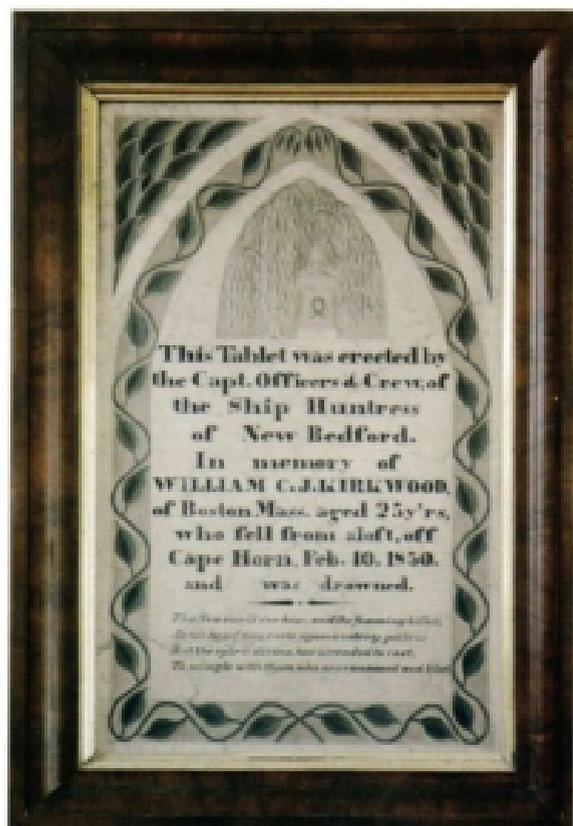
Tales sucesos son naufragios, algunos míos y una obra literaria. Se trata de *Mocha Dick, the White Whale of the Pacific*, una historia breve publicada en 1839 por un tal Jeremiah N. Reynolds, en una revista norteamericana, sobre una ballena blanca, que enfrentaba con furia a sus cazadores, en las frías aguas del Pacífico Sur. Una breve referencia en el bien investigado libro de Eugenio Pereira Salas, *Los primeros contactos entre Chile y Estados Unidos 1778-1899* (Editorial Andrés Bello, 1971), me advirtió de su existencia. Ya habían mencionado el relato Enrique Bunster y Renzo Pechenino. Ahora me encontraba en busca del texto y de la “conexión noratlántica” de la actividad ballenera en nuestros mares. Mi intención, con ello, era poner en valor una página desconocida, mas de mucho interés y significación, de nuestra propia historia marítima. Las páginas siguientes dan cuenta del resultado de esa búsqueda.

Pero volvamos a New Bedford. Ni aun en su museo ni en el más fantástico de Mystic Seaport, que incluso conserva el último barco ballenero a flote, pude encontrar el texto del *Mocha Dick*. Actualmente, por supuesto, se halla –como casi todo– en Internet. No era así, no obstante, cuando recorría hace unos años las calles adoquinadas de aquel puerto de Nueva Inglaterra. Probé suerte, entonces, en la tienda de un viejo librero, quien me contó que llegó a poseer más de cuatro mil títulos sobre la caza de ballenas, pero que se estaba retirando. Le pregunté por *Mocha Dick* y dijo que lo conocía, aunque creía haberlo vendido. Revisé sus anaqueles, ya con ansiosa desesperanza y

de pronto, en una cuidada edición empastada de 1930 y con grabados de madera, emergió *Mocha Dick*.

Tras la correspondiente negociación, que acometí con fingida indiferencia –y que, naturalmente, el experimentado librero jamás creyó– se acordó por fin el regreso de *Mocha Dick* a Chile. La ballena blanca, trashumante entre dos océanos siempre perñados de tempestades y naufragios, volvería al remoto Pacífico Sur, después de un siglo y medio de ausencia.

En el curso de mi búsqueda de los vestigios de la actividad ballenera en la Región del Bío-Bío, por los puertos y las islas de Quiriquina, Santa María y la Mocha, pero también por los senderos de la historia, me sorprendió hallarlos dispersos, a lo largo de toda la costa. Son restos dormidos, metales oxidados, viejos relatos y huesos roídos por el tiempo. Congregados ahora en torno a la figura de la ballena blanca, que representa, a la vez, la utopía y el terror de los antiguos balleneros, vuelven a contarnos sobre los cazadores y sus presas. Una historia trágica de crueldad y heroísmo, pero también de conservación y esperanza.



Plancha de madera en la capilla de New Bedford, en memoria de un marinero muerto en el mar, en las cercanías del Cabo de Hornos.



Púlpito de la Capilla de los Marineros.

LA INDUSTRIA BALLENERA NORTEAMERICANA

Aunque las primeras referencias oficiales a la actividad ballenera datan de 1647, la industria ballenera norteamericana, en su forma clásica, no comenzó hasta mediados del siglo XVIII. Hacia 1770, las naves llegaban hasta las islas Falklands y las costas de Brasil. Aunque la guerra de la Independencia norteamericana provocó la suspensión de la caza por un tiempo, expediciones cada vez más frecuentes exploraron el Pacífico Sur, en busca de los preciados cetáceos. El momento más alto de la industria se alcanza hacia 1845. Las flotas de New Bedford, Nantucket y New London llegaron a todos los rincones del globo, desde la Polinesia al Océano Índico, desde el Ártico a las islas Shetland, persiguiendo la siempre evasiva ballena; de paso descubrieron numerosas islas y estrechos, contribuyendo al avance de la navegación.

En las ciudades de la costa este norteamericana, el negocio se desarrolló rápidamente. Cada familia estaba conectada de alguna forma con esta pujante industria. Así, en New London había 10 balleneros en 1827 y 36 en 1837¹. Es todavía un puerto muy activo para

¹ Bernard L. Colley, *For oil and buggy whips. Whaling captains of New London Coast*, Mystic Seaport Museum, Inc. Mystic, Connecticut, USA, 1990

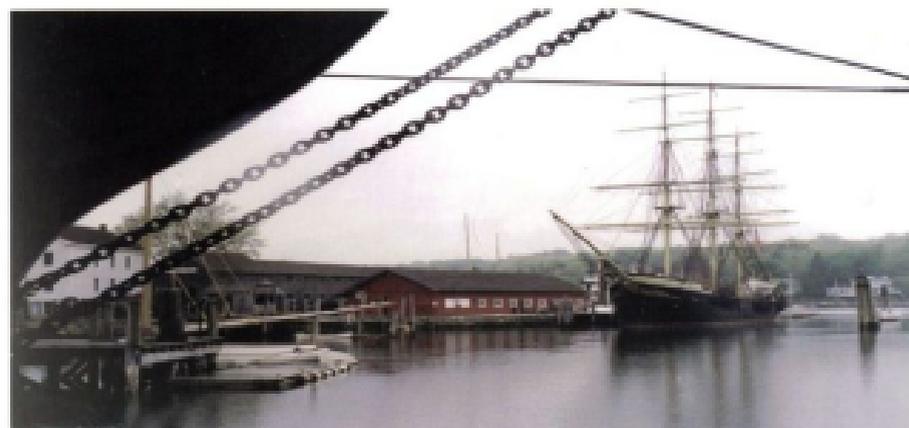
la Armada, el comercio, la pesca y base de la fuerza de submarinos. Allí visitamos el Nautilus, submarino nuclear que hizo la travesía transpolar, hace ya medio siglo. A unos kilómetros, se encuentra Mystic Seaport, otrora puerto ballenero de gran importancia. En su Museo se han reunido elementos de pueblos costeros de Nueva Inglaterra de la época de oro de la caza de la ballena. Casas y edificios históricos, talleres donde artesanos aún practican oficios tradicionales, un astillero en operación y antiguos veleros, entre los que sobresale el *Chase H. Morgan*, el último ballenero norteamericano de madera todavía a flote.



Museo de Mystic Seaport, en Connecticut, EE. UU.



Lámpara de aceite de ballena
(Colección New Bedford Whaling Museum).



Varios balleneros, en el museo de Mystic Seaport.

Entonces New Bedford era la capital ballenera del mundo. En los años 30 del siglo XIX, más expediciones balleneras partieron de allí que de todos los otros puertos combinados. La promesa de prosperidad de la industria atraía comerciantes y marinos de todas partes. Los cachalotes eran los más apreciados, por su aceite de mayor calidad, que permitía hacer velas inodoras y que producían muy poco humo. También se utilizaba aceite de ballena para producir lubricantes de alta calidad. Gran parte del mundo se iluminó con aceite de New Bedford, hasta que lo reemplazaron, hacia 1860, las alternativas a base de petróleo, como el keroseno o el gas.

Antes de eso, la fiebre del oro de 1848 atrajo a muchos capitanes balleneros a California, reduciendo la

flota. El comercio también se vio afectado por la Guerra Civil norteamericana. En las últimas décadas del siglo XIX ya la actividad había decaído fuertemente. Cuando el bergantín *Sallina* volvió a New London con 4.600 barriles de aceite, en octubre de 1911, la industria local puso fin a su historia.

¿Cómo se desarrollaba la caza en la época clásica? Una vez que se llegaba a la zona, un vigía exploraba el horizonte, buscando el inconfundible chorro, que era saludado con un "ahí seple". El capitán entonces ordenaba bajar los botes y remar a toda fuerza. Eran botes largos y angostos, en que cada marinero tenía su lugar en los remos. El contramaestre, en popa, con un largo remo, estimula a los begadores y dirige la embarcación directamente hacia la presa. El arponero ya

está de pie y apunta su acero. Atada al arpón está la línea, 600 metros de cuerda, suficiente para permitir al animal sumergirse y cansarse, antes del ataque final. A medida que la cuerda se acaba, el bote es arrastrado por la frenética ballena. A menudo vuelca los botes, los destruye con su enorme cola y aun –los cachalotes– con sus quijadas. A veces se hunde en el mar y, si la cuerda no es cortada a tiempo, arrastra al bote a las profundidades. Cuando la ballena se cansa, un arponazo en los pulmones, la última en una explosión de sangre. Luego es remolcada hacia el barco, que puede haberse alejado varios kilómetros.

Un cachalote podía producir cien barriles de aceite, de la mayor calidad. Cuando la ballena estaba atada al costado de la nave, los hombres, colgados de un andamio, procedían a cortar la piel y la grasa del animal en largas tiras. A continuación, reducida a trozos menores, era cocida para producir el aceite, que luego se almacenaba en toneles. Era una operación sucia, molesta y que producía abundante humo. La actividad ballenera, que hoy a muchos les parece chocante, durante el siglo XIX semejaba a una lucha justa. Las ballenas a menudo destruían los botes de sus cazadores y les daban muerte.

Hubo cazadores de lobos y focas. Estos eran apreciados por sus pieles, que proveían un lucrativo comercio con China. La matanza de focas era más fácil y menos riesgosa que la de ballenas. Estas proporcionaban, en la época, productos esenciales para la industria del jabón y el cosmético, parasoles, velas, lámparas y, hasta el desarrollo del petróleo, lubricantes industriales. La caza de ballenas en el siglo XIX era una actividad a ratos excitante y peligrosa, pero también agotadora y monótona. Los viajes solían pro-

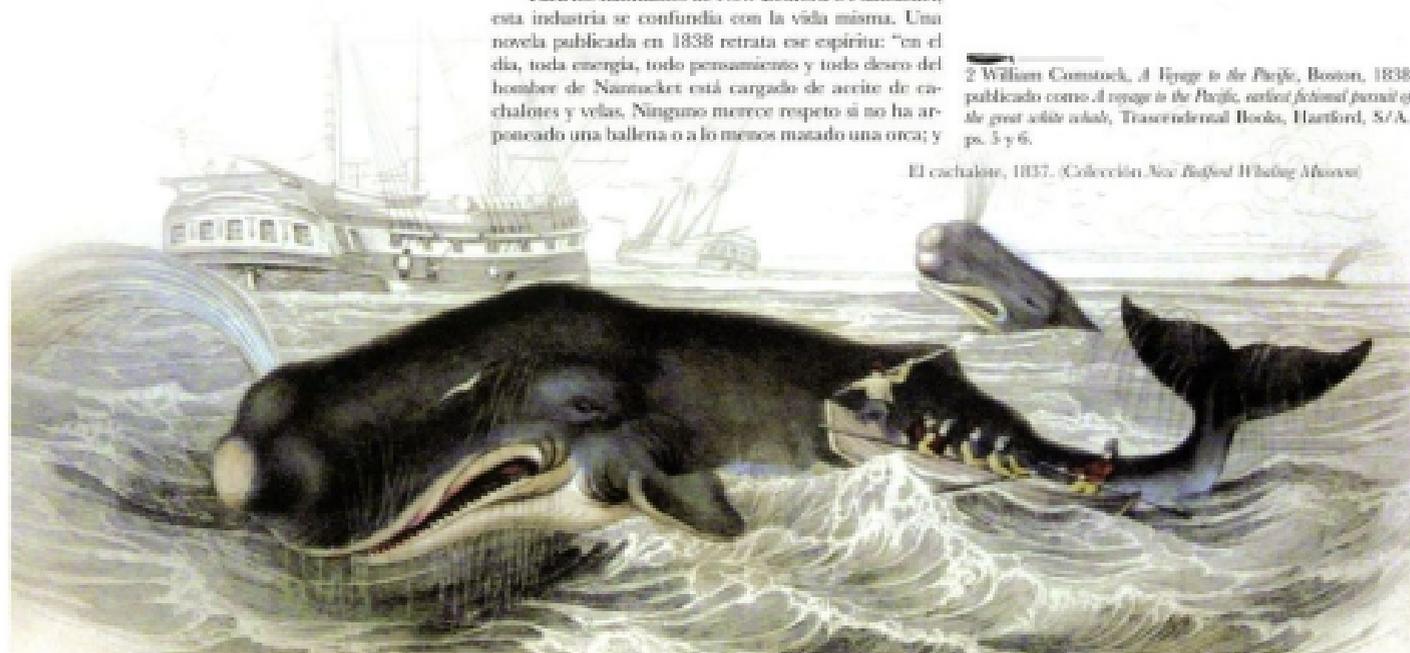
longarse por varios años. Durante ellos, un marinero podría no tener noticia alguna de casa; quizás volvía y encontraba a su mujer muerta o su hogar deshecho. Por eso eran tan ansiados los encuentros ("gam") de los veleros en el mar. Se intercambiaban noticias y correspondencia.

Para los habitantes de New Bedford o Nantucket, esta industria se confundía con la vida misma. Una novela publicada en 1838 retrata ese espíritu: "en el día, toda energía, todo pensamiento y todo deseo del hombre de Nantucket está cargado de aceite de cachalotes y velas. Ninguno merece respeto si no ha arponcado una ballena o a lo menos matado una orca; y

es necesario, para un joven que aspira a ser un amante exitoso, viajar alrededor del Cabo de Hornos, como si fuera un joven caballero, en los días de la caballería andante, ir en un viaje de aventuras y trillar las armas de su dama con sangre, antes de poder aspirar a la nevada mano de su señora y disfrutar las delicias del amor cortesano..."²

² William Comstock, *A Voyage to the Pacific*, Boston, 1838, publicado como *A voyage to the Pacific, or the adventures of the great white whale*, Transcendental Books, Hartford, S/A., ps. 3 y 6.

El cachalote, 1837. (Colección *New Bedford Whaling Museum*)





Corte en el Clóster de San Agustín, c. 1907. Spenser Collection, en el *Diario Moby Dick*, a picture page.

LOS GIGANTES DEL OCÉANO

Ya a mediados del 1700, el naturalista sueco Línneo mostró inequívocamente que las ballenas son mamíferos y no peces: tienen un esqueleto con los huesos propios de un mamífero, gestan su cría en el útero y la amamantan. Paradójicamente, los cetáceos son parientes más cercanos a nuestra especie que a los peces. Son más próximos a un camello que a un atún, aunque su morfología pareciera indicar algo distinto. Sus proporciones, por lo demás, son extrañas. En la ballena franca, por ejemplo, la cabeza representa un tercio del cuerpo y la boca ocupa la mayor parte; los ojos son pequeños y la cola no tiene sostén óseo.

¿Cómo distinguir ballenas de delfines? Normalmente el tamaño basta, aun cuando hay ballenas pigmeas no más grandes que una orca. La clave está en los dientes: todo cetáceo sin dientes es una ballena. Recordemos que filtran su alimento con estructuras llamadas barbas y luego se lo tragan entero³. Aunque existen muchas especies de ballenas, una afirmación es universal y es que una ballena no podría comerse a una persona. De manera que el bíblico Jesús debe

de haber tenido un mal encuentro con algún otro ser mitológico, ya que por la garganta de una ballena no pasaría su cabeza.

A principios del siglo XVIII, las ballenas poblaban los océanos del mundo. Comenzando el siglo XXI, su supervivencia no está asegurada; lo cual no parece justo, si se considera que sus ancestros se remontan a 50 millones de años, 48 más que los primeros antepasados del hombre. En las costas chilenas, son hoy tan raras como masiva fue antes su captura. De una especie, por ejemplo, la ballena franca austral, se estima que sobreviven apenas 4 mil ejemplares. Ahora parece reproducirse a una tasa del 7% anual, lo que devulve la esperanza. En el hemisferio norte, en cambio, existen menos de 300 ejemplares y no hay signos de recuperación. Pronto no se les verá más en los mares del norte del Ecuador. Del animal más grande que ha existido en la Tierra, la ballena azul, por su parte, se capturaron 330 mil en menos tiempo de lo que dura una generación, en las primeras décadas del siglo XX. Avanzando el siglo, las capturas se redujeron. En 1963 los balleneros encontraron y mataron sólo veinte ejemplares, hasta que se declaró la especie comercialmente extinguida.

La imagen dramática del arpintero, de pie en la proa y atento a arrojar su lanza, fue superada por las mejores técnicas. En 1872, los noruegos patentaron un arpón consistente en una granada de once kilogramos de hierro, que contenía en su interior medio kilo de pólvora. Toda la estructura medía dos metros y se disparaba con un cañón ubicado en la proa de una embarcación rápida y maniobrable. La granada detonaba en el cuerpo de la ballena, matándola en instantes. Luego se agregó el buque factoría. Sus popas rebatibles permitían cargar ballenas a una plataforma de trabajo, sin necesidad de que los animales fueran remolcados a las estaciones terrestres. Así las ballenas que no estaban al alcance de las instalaciones costeras quedaron también expuestas. El arpón y el buque factoría pusieron fin al riesgo y al coraje que graficaban las novelas románticas del siglo XIX. Ya no hay bravura en dispararle con un cañón a la ballena desde la cubierta de un buque.

En la década del 40 del siglo pasado, la recién creada Comisión Ballenera Internacional (CIBI) otorgó protección total a la ballena franca. La Convención Internacional sobre el Comercio de Especies Amenazadas de Flora y Fauna (CITES) prohibió toda acción

3 John Birdsall, *Whales and Dolphins*, Farragon, Londres, 1997.



Isla de Nantucket.

de comercio internacional que la afectara. Pero no fue suficiente: en el Atlántico Sur se cazaron 1.200 individuos entre 1961 y 1962. La CBI, sin embargo, opone alguna resistencia a los intereses de los países balleneros y tiene sentido su existencia.⁴

Chile se retiró de la Comisión Ballenera Internacional, cuando se creó en 1946, pues no se respetaba el derecho preferente del estado ribereño en la explotación de sus recursos. Por eso, junto a Perú y Ecuador, a principios de los 50, el país conformó la Comisión Permanente del Pacífico Sur, declarando su derecho preferente sobre las 200 millas. Luego se reintegró a la Comisión Ballenera Internacional en 1979 y acepta la Moratoria, es decir, la prohibición de cazar ballenas. En esa época, la industria ballenera nacional estaba prácticamente en decadencia y operaba solamente la firma Marcapa Hermanos, la que tuvo que cerrar su planta fabricante, ubicada en Choros, en la península de Hualpén, cercana a Talcahuano.

⁴ Claudio Campagna y Alfredo Licher, *Las Ballenas de la Patagonia*, Emecé Editores, sin indicación de año.

En 1983, junto con Ecuador, Perú y Colombia, Chile declara a las 200 millas como área de refugio para las grandes ballenas y para todas las demás especies que habitan dentro de la corriente de Humboldt. Se da así un paso importante para proteger los grandes mamíferos marítimos en las aguas jurisdiccionales del país⁵. En mayo de 1994 se obtuvo, a instancias de Chile, la aprobación de la Declaración de Santuario de la Ballena los 60 grados de latitud sur, entre las longitudes 130° oeste (Pacífico) y 50° Oeste Atlántico), es decir, aguas de Chile y de Argentina. Los enormes cetáceos pueden ahora vivir libremente en todo el territorio marítimo que va desde la convergencia antártica al sur. Hace unos años, en la isla Carlos III en el Estrecho de Magallanes, se identificaron los ballenas jorobadas, lo que llevó a que el lugar se convirtiera en la primera "área marina protegida" de Chile.⁶

En 2008 tuvo lugar en Chile la Convención de la CBI, una señal más de la actitud conservacionista que el país ha ido asumiendo, en conjunto con otras naciones sudamericanas. Esta actitud parece estar dando sus frutos. El caso de la ballena azul (*Balaenoptera musculus*), un enorme animal que alcanza hasta 33 metros de largo, así lo muestra. Aunque está protegida internacionalmente de la caza comercial desde 1963, la población de ballena azul en el hemisferio sur continuó siendo diezmada ilegalmente por flotas balleneras pirata rusas hasta los años setenta. Por esa razón, no podía recuperarse y el avistamiento de ejemplares se mantuvo en menos de una decena de ejemplares al año. El primer relevamiento aéreo de la temporada

⁵ Revista *Cabote*, n° 11, año 3, 1994, "Chile se convierte en Santuario Ballenero", Ansemario Baldo.

⁶ *El Alerce*, 10 de julio de 2004.

de campo 2005, no obstante, en la zona noroeste de la Isla Grande de Chiloé, X Región, culminó exitosamente con el registro de más de una veintena de ejemplares. En los años siguientes se observan signos alentadores.

De esta manera, las ballenas regresan lentamente a las costas de Chile. Alguna vez, sin embargo, fueron abundantes. De hecho, en aguas chilenas se ha observado la mitad de las 87 especies existentes en el mundo. Su presencia manerosa, en el Pacífico Sur, la registraron cronistas y navegantes, así como la mitología del pueblo mapuche. Revisemos sus testimonios.



Cañón ballenero en el museo RAM Pederoso de Talcahuano, antes del terremoto de 2010.

LEVIATANES EN EL CHILE COLONIAL

Todos los mares del mundo solían ser pródigos en ballenas. Apenas América se incorpora a la geografía universal, los cronistas dan cuenta, no solo de su presencia, sino de su captura por los naturales. Así, el P. José de Acosta en su *Historia Natural y Moral de los Indios*, en 1588, comenta maravillado la caza de la ballena por los indios de la Florida, hecha por un solo hombre, "a caballo en el lomo de ese gigante del mar".

En el Atlántico Sur y en la zona del Estrecho, eran especialmente abundantes. El corsario holandés Schouten, que junto a Jacobo Le Maire hizo un viaje al Estrecho de Magallanes, entre 1615 y 1617, en la "Relación Diaria" de su travesía escribió: "Aquí vimos innumerables pingüinos y muchos pescados muertos y millares de ballenas de manera que andábamos barloventando por no dar en ellas". El mismo temor a naufragar por la acción de los cetáceos experimentó el explorador británico James Cook, durante su segundo viaje, en 1773: "El día 30, relato, se empezó a gobernar hacia la tierra de los Estados, en cuyo paso se encontró tanto número de ballenas de tan prodigiosa

magnitud, que la tripulación temía que hiciesen naufragar el navío. También se veía infinito número de lobos marinos y de pingüinos". Hacia 1830, cuando el sabio francés Alcide d'Orbigny pasaba las Malvinas, navegando rumbo al sur, todavía eran abundantes. Apenas se iniciaba, en esta región del mundo, su caza masiva: "Un día, en el 52º de latitud, entre la tierra firme y las Islas Malvinas, vimos durante más de dos horas un espectáculo bien interesante: el de dos manadas de ballenas, compuestas cada una de 50 individuos. Aparecieron todas juntas en la superficie y lanzaban chorros de agua que caían en forma de lluvia. Se sumergían luego en medio de las olas, para mostrarse de nuevo algunos instantes más tarde, siguiendo así una dirección contraria a la nuestra, lo que nos permitió verlas muy de cerca y admirar sucesivamente esas masas ambulantes y sus múltiples movimientos".⁸

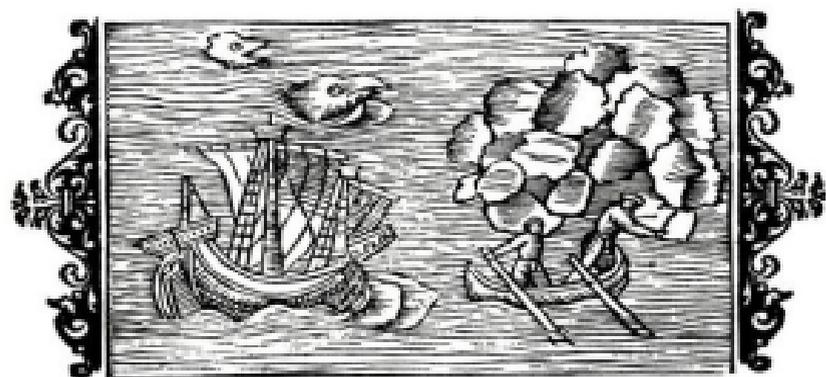
Los cronistas coloniales otorgan especial atención a estos admirables animales, que ya eran conocidos de los indígenas. El abate Juan Ignacio Molina, en su "Compendio...", los describe: "Las especies de estos



Científico y viajero francés Alcide d'Orbigny.

⁷ José de Acosta, *Historia Natural y Moral de los Indios*. Edición de José Alcina Franch, Madrid, s/f de año; p. 181.

⁸ Alcide d'Orbigny, *Viaje por la América meridional*. Estereótipos, tomo II.



"Caza del Cachalote", grabado de *Historia de Genibus Septentrionalibus*, 1555. (Grabado pertenece a la Macpherson Collection, publicado en *Whaleships and Whaling: A Provincial History*, Dover Publications Inc., Canadá, 1985).

animales que frecuentan los mares del Reino de Chile son las ballenas grandes y chicas, y los delfines de las tres especies que se conocen. Los Araucanos llaman Vené a la ballena grande, o Balacna Mysticetus, y a la chira o Balacna Boops, llamada Yeol. Son comunísimas en aquel mar estas dos especies, viéndose en ciertos tiempos del año grandes porciones de ellas, particularmente hacia las bocas de todos los ríos, donde acuden a devorar a aquellos pescados matanzados del impetu del refluxo⁹.

Aunque no fueron cazadas hasta el siglo XVIII, tempranamente españoles e indígenas se aprovecharon de aquellos ejemplares que se varaban en las cos-

tas. Lo señala el Padre Diego de Rosales, en el *Flandes Indiano*: "No ay aquí quien se ocupe en pescarlas, y mucho menos en beneficiarlas. Solamente algunos indios Chonos y sus confinantes, hecinos al Estrecho de Magallanes las comen, y se untan todo el cuerpo con su aceite o manteca; pero no las persiguen, sino que de las muchas, que dan al traves en sus costas sacan lo que ay menester para su alimento". El mismo padre Rosales se sirve de un animal varado: "En la costa de Arauco dio a la playa una gran Ballena el año de 1642 y saque muchas boticas de aceite muy claro de ella, para la lampara de la iglesia. Y como en este Reyno no se usan candelas, ni se alumbran con aceite, no se aprouechan de las Ballenas como en otras partes"¹⁰.

⁹ Juan Ignacio Molina, *Compendio de la Historia Geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*, Pehuén Editores Limitada, Santiago, 2000, 2ª edición, primera parte, libro I, tomo I, ps. 234 y 236.

¹⁰ Diego de Rosales, *Historia General del reino de Chile: Flandes Indiano*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1989, tomo I, ps. 275 y 276.



Sobrio jesuita Juan Ignacio Molina.

Frente los habitantes captaron el valor del ámbar, la sustancia sólida, opaca, de color gris con vetas amarillas y negras, que se extrae del intestino de los cachalotes y que se emplea en perlasera y como medicamento excitante. "Los que han hecho este viaje del Estrecho, consigna Alonso de Ovalle, refieren muchas veces en sus diarios haber hallado mucha cantidad de este ámbar nadando sobre el agua, y así no dudo sino que habrá mucho en aquellas playas, si bien perdido en ellas, porque como los indios no lo conocen, no lo estiman, como tampoco hacían caso de él los araucanos, hasta ahora doce años que, reconociéndolo algunos soldados españoles, comenzaron a buscarlo y hallaron en aquella playa mucho y muy bueno"¹¹.

Las disposiciones del padre Rosales sobre las ballenas, por su parte, aunque bien documentadas, carecen de valor científico. Están contenidas en el capítulo XXII de su obra, curiosamente titulado "De las fieras marinas, y de otras bestias, que viven en la mar y tierra, llamadas animales anfibios o dudosos". Los hechos que relata, sin embargo, ambientados al sur de la actual Región del Bío Bío, tienen interés: "El año de 1638 salió mucho (ámbar) en las costas de Arauco, estando yo allí, y por no conocerlo, no hacían caso del, y un soldado hizo una quita de un pedazo grande de ámbar, blanco y curado, que le pareció piedra pomex o cosa semexante, y por estar en campaña, guardando unos caballos y no tener quita, la hizo del ámbar,

y quando tomó el tabaco, y le oíó, también, reparó en que no era piedra pomex, aunque lo parecía en lo exterior, y que aquel olor era extraordinario, fue al quartel, y contando lo que auía pasado, no faltó quien le dixo, que debía de ser ámbar, que voluiese por la quita, voluio al lugar, donde la auia arrojado, y alkóla, y traxo otros pedazos semexantes, que allí auia, y el que conocia el ámbar, y le auia visto en la India oriental, dixo que era ambar finissimo. Que hasta entonzes no le auian conocido los Españoles. Y con esto salieron a buscar en las playas, y hallaron mucho en diferentes partes, y como se estendió la voz, de la riqueza, que auia en la costa del mar, por toda ella le han buscado, y le han hallado, en diferentes partes, y con mayor abundancia en la isla de Santa María y la de la Mocha, que como allí concurren las aguas, le arroja a sus orillas, y playas. Los indios aunque le conocían de antes, no sabían su estimación, ni le aplicaban, sino para purgas i a así hazian poco caso del, que como tienen otras muchas yerbas medicinales, y purgatiuas, no le buscaban con cuidado, y si hallaban algo acaso le guardaban para ese efecto. Pero despues aca, que han visto la estimación, que del hazen los Españoles, le buscan con cuidado, y se le venden muy bien, pero no es tan subido precio, que no tengan con el ganancia los Españoles"¹².

Finalmente, consignemos un testimonio sorprendente. Se debe a don Juan de Ojeda, quien describe la plaza de Arauco, que recorre en 1793, con ocasión

de una visita e informe sobre las plazas de la frontera. Escarpando el cerro Colo Colo, a fin de obtener materiales de construcción para el fuerte, señala haber hallado un esqueleto de ballena perfectamente formado ya veinte varas sobre el nivel del mar!

Dice Ojeda: "La única piedra de las manillas del escudo de esta fortificación se sacó del escudo del cerro Colocolo, y parece que este se formó de aquel material, según manifiesta el corte que en él se ve, en donde se ven las líneas que se hacen subyaciendo separadas unas de otras con una cubata de conchas marinas que las intermedia; y como esta tierra es un fango semejante al del fondo del mar que se consolidó en aquel paraje por efecto de la compresión; es de considerar que en otros tiempos ocupó el ociano aquel terreno.

A este juicio conduce que hallándose en aquella Plaza en la ocasión que anteriormente queda dicho, hice costas de esta piedra para recomponer sus manillas, y se hallaron cables de ballena a veinte varas de altura sobre la superficie del mar, cuya carne se petrificaron, guardando la configuración del cuerpo de este pez."¹³

Quedaba así comprobado, a los ojos de los presentes, que la presencia de las ballenas, en nuestras costas, no sólo era numerosa y extendida, sino también prehistórica.

11 Alonso de Ovalle, *Historia relación del reino de Chile*, Editorial Peñafiel, Santiago, 2003, ps. 81 y 82.

12 Diego de Rosales, *op.cit.*, p. 276.

13 Juan de Ojeda, "Descripción de la Frontera de Chile en 1793", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n° 136, Santiago, 1968, p. 67.



Ballena mítica, Islandia, 1383, Abraham Ortelius.

BALLENAS EN LA BAHÍA DE CONCEPCIÓN

En aquellos tiempos de abundancia, las ballenas se congregaban numerosas frente a las playas de la antigua Concepción. Recordemos que la ciudad, hasta el terremoto y maremoto de 1751, se situaba al interior de la bahía, en el sitio de Penco. El espectáculo notable, se hallaba exento de novedad para los habitantes; no así para los navegantes y viajeros, que lo describen con entusiasmo.

En febrero de 1816, la nave *Razú* ancla en Talcahuano. Truc a bordo una expedición científica y comercial, que dará la vuelta al mundo, al mando del explorador ruso-Otto von Kotzebue. En la relación de su viaje, el navegante anota: "Hay numerosas ballenas en la bahía de Concepción, que arrojan su chorro de agua. Una de ellas tuvo la audacia de salir un pie a la superficie y apoyarse contra el *Razú*; así, tuvimos la oportunidad de observarla de cerca e incluso la oímos respirar. Es muy raro que se acerquen tanto, al punto de que su maravillosa magnitud pueda contemplarse tan libremente"¹⁴.

La verdad, sin embargo, es que tales avistamientos no eran infrecuentes. Así, al gran navegante francés La Pérouse, que arribó a la bahía en el verano de 1793, en las fragatas *L'Atalante* y la *Boussole* tras el difícil paso del Estrecho, le ocurrió una experiencia parecida. Luego de dos meses agradables en Concepción, donde prosiguió sus investigaciones, su partida estuvo acompañada por un no menos nutrido grupo de estos grandes mamíferos acuáticos. Al mediodía del 17 de febrero, una leve brisa del sudoeste le permitió aparcar y condujo sus naves a dos leguas de la bahía. Allí permanecieron detenidas por los vientos contrarios y el fuerte oleaje. "Estuvimos toda la noche rodeados de ballenas, escribe La Pérouse, nadaban tan cerca de nuestras fragatas, que respirando arrojaban a bordo su chorro de agua"¹⁵.

Todavía más cerca, en la playa misma de Concepción, comenta Pérez García, citando al padre Miguel de Olivares, varó una ballena de "como setenta y cinco



Antiguo grabado de la caza de ballenas. Macpherson Collection, publicado en *Whaleology and Whaling. A Natural History*, Dover Publications Inc., Cornwall, 1983.

14 Otto von Kotzebue, *History of Discovery into the South Sea and Being's Strait*, London, 1821, vol. 1, ps. 124 y 125.

15 John Durrone y Maurice de Brossard, *Le Voyage de La Pérouse, documents et notes originales*, Imprimerie Nationale, Paris, 1985, p. 39.

en varias castellanas”, en el año 1730¹⁶. Treinta años después, se repite el fenómeno, según registra el jesuita penquista Felipe Gómez de Vilaurte, en su obra escrita en el exilio. Cuenta que, “en el año del 61, (isoó el mar una muerta) en las playas de la Concepción (...) de más de 60 (pies), que los vecinos de dicha ciudad llamaban ballenato por su pequñez, y poco después salió a tierra otra en las playas de Bucalemu, que dos hombres montados a caballo, puestos uno de un lado y otro de otro, no se alcanzaban a ver”¹⁷.

Un siglo después, aunque la caza ya se desarrollaba masivamente en la zona, según veremos, todavía los grandes mamíferos eran numerosos. Así lo observó el viajero alemán Paul Treutler, al pasar frente a la bahía de Talcahuano, el 13 de enero de 1831, en camino a Valparaíso. Se hallaba embarcado en el velero de tres palos *Flora*, en viaje a América del Sur, por la ruta del Cabo de Hornos. “Un espectáculo interesante nos ofrecieron ese día, en que reinaba calma chicha, una gran cantidad de ballenas que nadaban muy cerca de nuestro buque en las aguas verdes del mar y echaban al aire sus elevadas columnas de agua”. Para entonces ya los balleneros se embarcaban sin tregua en dar caza a los cetáceos. Comenta Treutler: “Un ballenero norteamericano estaba dedicado a cazarlos. Después de mucho trabajo, logró capturar uno de estos colosales pobladores del mar y, durante la noche, los marítimos se ocuparon en asegurar el botín a bordo, a la brevedad posible”¹⁸. La implacable persecución pronto comenzaría a mermar la población, de manera apremiosamente irremediable.



La caza de la Ballena (xilografía de David Frampton). Póster de Carrick, Carol y grabados de David Frampton, Clarion Books, Houghton Mifflin Company, 1993.

16 José Pérez García, *Historia de Chile*, Imprenta Flórentina, Santiago, 1900, tomo 1, p.25.

17 Felipe Gómez de Vilaurte, *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile*, Imprenta Ercilla, Santiago, 1889, pp. 239 y 240.

18 Paul Treutler, *Andanzas de un alemán en Chile, 1831-1863*, Editorial del Pacífico S.A., p. 173.

Las almas de los mapuches que mueren son conducidas por estos grandes animales hasta la Isla Mocha. Se iban a vivir a la isla situada frente a las costas de Arauco, donde encontraban paz y tranquilidad. Desde allí continuaban en una balsa flúebre hacia una ignota región situada a Occidente, más allá del horizonte marino. Los isleños también creían que si una ballena pasaba cerca de las costas de la Mocha, una lancha iba a hundirse²⁴.

Los mapuche utilizaban los huesos de la ballena, brivianos y resistentes, para la confección de sus tejidos. El *hávelo* o telar araucano consiste esencialmente en un marco rectangular de madera, formado por cuatro palcos más o menos derechos, que se cruzan en ángulos rectos. Los dos palcos más largos que alcanzan a dos metros y medio a tres están destinados a soportar todo el peso del telar, apoyados en sus extremos más gruesos en el suelo y por el otro contra el techo de la ruka. La confección de un tejido bien hecho por medio del telar mapuche requiere de parte de la tejedora tiempo, fuerza y habilidad. Para tejer la trama se utiliza el *Niñofa*, que es una especie de paleta de madera dura y pesada con forma de hoja de cuchillo. Sirve para golpear la trama mientras se teje, de manera de darle firmeza al tejido²⁵. Antiguamente eran de huesos de ballena que encontraban en la costa. En el museo de Arauco se exhiben estos singulares elementos. El Museo Storm de Concepción posee también una colección notable, de alrededor de 20 piezas.

En la toponimia araucana, por otra parte, se halla presente la ballena o *jese*, como resultó inequívoco de su abundancia de ahora. *Jese* es la voz que consignó Rodolfo Lenz, citando a Rosales y a Molina, a quienes también hemos recurrido y a Claudio Gay (*Zoología*, VIII, 486) y significa "ballena grande"²⁶. Cerca de Los Alamos, en la provincia de Arauco, existe la localidad de Yneco. El Glosario Etimológico de Valenzuela, en 1918, señala lo siguiente sobre el lugar: "un fundo de la comuna de Lebu, de yene, ballena y co, agua = agua de la ballena". Registra también la existencia de yenerhico, o "agua de estornudo de ballena", (probablemente el capazo), que es "un arroyo que entra al mar al norte de la boca del Tobón"²⁷.

En la costa de Arauco, al sur de Punta Lavapié, se encuentra Puerto Yane. Hacia 1900, fue un puerto de cierta importancia, dotado de un "magnífico muelle", que servía para la exportación de los labores del carbón de piedra, según Espinosa y de los productos agrícolas de sus conornos. Tenía entonces 500 habitantes y estaba unido a las minas de Huena Pedón por

un ferrocarril de 15 kilómetros²⁸. En textos antiguos, según el *Diccionario Geográfico de Chile* de Luis Risopatrón recibe diversos nombres: puerto Yanes, caleta Yana, Yari y aún Yañez; en todo caso, nadie niega su etimología ligada a la ballena. Agrega que "ofrece buen desembarcadero en toda época, presenta agua dulce, fácil de obtener en tierra, así como crías, lapas, locos, piures y jaibas en las costas pequeñas"²⁹. La exhaustiva exploración hidrográfica de la Costa de Arauco, realizada en 1862, en el Vapor Maule, al mando de Leoncio Señoret, arrojó importantes datos sobre el "Puerto de Yanes". En el parte respectivo, cuenta que dando vuelta a la Punta Lavapié, cuatro millas al sur, se encuentra una playa que es la caleta de Raimenco. "Hai en ella dos casas, agrega, pertenecientes a un establecimiento de balleneros nacionales." Más al sur de Bahía Carrero, describe un caletón abrigado por dos islotes y una punta de arena. El Caletón es Yanes, "un excelente surtidero en cualquier tempestad". Aunque abierto al sur, "el mar no se embravece tanto que un buque no pueda mantenerse fondeado en él". Señoret le auguraba un gran futuro, cuando se explotaran las minas de carbón y se cultivasen "las fércoces y despobladas campiñas que le circundan"³⁰. En 1997, en el sector de Puerto Yana

cano-Español y Español-Araucano, Editorial Kuarke, Temuco, 1991; Sonia Montecino, *Del siglo, al siglo. La femineidad en las representaciones mapuche*, Edición CEDEM, 1995.

²² Aradina Soto Esmarado, *La Mocha. Historia de su isla*, p. 57; Camilo Tautic, "Moby Dick, la ballena mapuche", *La Nación Domingo*, 25 de septiembre de 2005.

²³ Alejandra Martínez, *El lenguaje de la Luz del Sur*, en: Pilar Álvarez S. y Amílcar Forno, *Pitruñilhuepa*, Eds. CCC-NADEL, 2001.

²⁴ Rodolfo Lenz, *Waa Chileno derivado de lenguas indígenas americanas*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1903-1910, n° 1481, p. 732.

²⁵ Fr. P. Arrunzengol Valenzuela, *Glosario Etimológico de nombres de hombres, animales, plantas, ríos y lugares y de vocablos incorporados en el lenguaje vulgar, aborígenes de Chile y de algunas otras partes americanas*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1918, vol. II, n° 10.286, p. 473.

²⁶ Enrique Espinosa, *Geografía Descriptiva de la República de Chile*, Imprenta, Litografía e Encuadernación Barcelona, Santiago, Quinta Edición, 1903, p. 419.

²⁷ Luis Risopatrón, *Diccionario geográfico de Chile*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1924, p. 947.

²⁸ "Exploración Hidrográfica de la Costa de Arauco". Parte dirigida al Comandante General de Marina por el Comandante del Vapor Maule, don Leoncio Señoret, relativo a sus operaciones sobre la costa de Arauco, en: *Anales de la Universidad de Chile*, Imprenta Nacional, Santiago, Tomo



Sirenar, paleta de hueso de ballena del retar mapuche (Colección Museo Siam).

se estableció un área de manejo y explotación de recursos bentónicos, a la que pueden optar las organizaciones de pescadores artesanales²⁹. De manera que, actualmente, la caleta mantiene su actividad, ligada ahora al medio marino.

La actividad ballenera nacional, en forma más o menos artesanal, se desarrolló a lo largo de todas las costas de Chile. Aunque nunca fue una actividad masiva, dejó, sin embargo, una impronta cultural. Consiste en tradiciones ya perdidas y algún trabajo de tallado artesano en dientes de cachalote, el "marfil del mar". Pablo Neruda, que atesoraba una pieza labrada, le dedica un poema largo y hermoso, contenido en su libro *Una Casa en la Aldea*. En aquel se refiere a la cacería terrible, ya en desaparición y a la NNI, segundo semestre, 1962, ps. 461-486. La expedición de Soliman levantó un plano de Yanes.

29 Decreto No. 729, de 2 de diciembre de 1997, del Ministerio de Economía, Fomento y Reconstrucción, Subsecretaría de Pesca.

figura tallada en el Diente de Cachalote: "¿O las vidas/ del hombre y sus amores/ su espón sangriento, todo/ lo que fue carne y sal, arena y oro/ para el desconocido marino/ en el mar de la muerte se hizo/ polvo/ Y sólo de su vida/ quedó el dibujo/ hecho/ por el amor/ en el diente terrible...."

Una novela muy importante, además, que pronto será llevada al cine, relata la saga de los balleneros. Es *El Casco de la Ballena*, que se debe a la pluma de Francisco Coloane, Premio Nacional de Literatura en 1964. Cuenta la historia de Pedro Nauto, un chico vagabundo que deambulaba sin rumbo por Chiloé y que sueña con ser marino, como los del bar de su pueblo, anclado en el extremo austral de Chile. Logra embarcarse un día en un barco ballenero. Allí conocerá la amistad, el amor y la traición. Los límites del hombre y de la naturaleza, en medio de las tormentas terribles de esas latitudes.

Coloane, el autor, falleció el año 2002, a los 92 años. En su niñez y juventud navegó por los canales, pues su padre era un capitán de cabotaje que viajaba mucho hacia el Estrecho de Magallanes. En Tierra del Fuego, a los 20 años, cuidó rebaños en una estancia y fue domador de potros. Fue capataz, explorador de petróleo, escribano judicial, marino, actor de teatro y por supuesto, escritor. Sus obras han sido llevadas al cine y traducidas a diez idiomas, incluido el ruso, húngaro, griego, búlgaro y portugués.

La novela *El Casco de la Ballena*, varias veces reeditada, será llevada al cine. El productor será el actor Robert Redford, quien le pidió especialmente este guión al director brasileño Walter Salles, el mismo de "Los Diarios de la Motocicleta", "Estación Central" y "Detrás del Sol". En 1999, con ocasión de una visita a Chile, Salles se reunió con Coloane, celebró mucho

el libro y compró los derechos para su producción cinematográfica. Entonces anunció que la película sería su próximo proyecto.

Coloane fue un excelente narrador. Escribía en un estilo sencillo y fluido. Sus obras, reeditadas permanentemente, se relacionan todas con el Sur, el mar y sus personajes. Fue nombrado miembro de la Academia Chilena de la Lengua. En *El Casco de la Ballena* se aprecia su lenguaje ameno y transparente y sin complicaciones. Un párrafo escogido al azar así lo muestra³⁰:

Dices que los balleneros son los mejores marinos que hay...

Sí, son buenos marinos; pero llevan una vida de perros.

¿Por qué?

Navegar y navegar detrás de las ballenas, en eso se pasan la vida... Prefiero sacar carne a comer el mar este mal...

Tú crees que hay que ser hombrecito para cazar un animal de diez... ¿entonces le cuido una, ¿cómo será?

Imaginate una hacha de treinta metros de largo y casi tan alta como esta casa.

Pucha...

Así son.

Me gustaría ser ballenero... ¿estabas Pedro Nauto, como es un marino.

30 Tomamos a la vista la 2ª edición, publicada en Santiago, por Editorial Zig-Zag, en 1978.

LA INDUSTRIA NACIONAL

La industria ballenera nacional, a pesar de la ventaja que representaba la abundancia de cetáceos en los mares de Chile, tuvo un desarrollo tardío. Alcanzó importante presencia, sin embargo, en diversas regiones del país. Se extendió hasta la década de los 80 del siglo pasado, cuando la migratoria internacional y la disminución de las poblaciones hizo imposible su continuidad.

Durante la Colonia, hemos visto que sólo se aprovechaban los ejemplares que varaban naturalmente en las costas. A fines de aquel período e inicios de la República, se avanzaron varios proyectos, emulando la intensa actividad de los cazadores ingleses, franceses y norteamericanos. En general, no obtuvieron resultados prácticos. El mismo navegante La Pérouse, que celebraba en la bahía de Concepción la presencia masiva de ballenas, concluyó: "Es notable que jamás una sola haya sido arponeada por un habitante de Chile; la naturaleza ha acumulado tantos bienes en este reino, que harán falta siglos antes de que esta rama de la industria se desarrolle"³².

Proyectos e ideas no faltaron. En los mismos días que el explorador francés recorría el litoral, se hallaba en Chile la Expedición Malaspina, que exploró América, las Filipinas, Nueva Zelanda y otras regiones, entre 1789 y 1794. Siguiendo un procedimiento muy usado por los españoles para obtener información respecto de América, se dirigieron cuestionarios científicos a las autoridades y personalidades notables. Uno de los informantes fue el comerciante Juan José de Santa Cruz, regidor perpetuo de Santiago³³. Es autor de las "Noticias pertenecientes al Reino de Chile dadas el año 1791"³⁴ y se le atribuye un documento complementario, denominado "Una breve idea de Chile". En éste plantea a Malaspina, pero con el ánimo de que sea considerado por las autoridades reformistas españolas, un proyecto de caza de ballenas³⁵. El objetivo, al aprovechar esta industria, es reducir la sal-

³² Sobre Santa Cruz, véase Domingo Aranzátegui Solar, *Anales de la Universidad de Chile*, tomo XLVII, Santiago, 1897.

³³ Este documento se encuentra en el Museo Naval de Madrid, ms 337, ff. 52-56. Se reproduce en: Rafael Sagredo y José Ignacio González, *La expedición Malaspina en la frontera austral del Imperio Español*, Editorial Universitaria, Santiago, 2004, pp. 405-492.

³⁴ John Dunmore y Maurice de Brossard, *op. cit.*, p. 59.



Bahías de ballenera de Corral.

da de plata de España, que gustaba sumas cuantiosas en adquirir el aceite inglés y financiar, asimismo, las importaciones chilenas de géneros de Castilla. Así lo expone Santa Cruz:

“Bien sabemos que en España es grande el consumo de aceite de ballena. Que los ingleses la vienen a pescar a nuestras costas para sacar con ella del mismo España la plata, que estos maestros de la especulativa expenden grandes costos y mucho tiempo para el logro de este ingreso; pues cuanto más fácil sería que los chilenos desde su misma casa, esto es desde la costa, sin internarse muchas leguas en el mar, consiguieran

este ventajoso arbitrio, con unas embarcaciones menores y ligeras, como las que los extranjeros llevan en sus fraguillas y las herramientas necesarias de fierro, tenían hecho todo el costo. Con éstas podían seguir y herir las ballenas que llegan a tocar la costa, y siguiéndolas 4 ó 6 leguas hasta que se desangrasen, las tirarían por un cabo a tierra, en donde teniendo una cómoda oficina las cocinarían para sacarles el aceite que, arropado en pipas con facilidad, se conducirían al Callao con destino para España, y aunque no fuese más que en número de dos millones de libras a dos reales, tenían para pagar los 500.000 pesos que se gastan aquí anualmente en géneros de Castilla; y esta

plata que hoy sacan los ingleses de España, entraba en ella de menos y quedaba de más en Chile”³⁴.

Por esos mismos años, el progresista Gobernador Ambrosio O’Higgins, luego de una visita a los partidos de Copiapó y el Huasco, los insta a promover la pesca y la caza de la ballena. Habiendo leído los viajes del Capitán Cook y compartido con la expedición de La Pérouse, en Concepción, estaba consciente del potencial económico y la importancia estratégica del mar. “Si yo no me engaño, decía al Cabildo de La Serena, estos lugares serán en los siglos venideros, la escala, el

³⁴ *Ibid.*, pp. 489 y 490.

mercado y el concurso de infinitos navíos y embarcaciones pesqueras, que harán en la misma época parte de las flotas del Mar del Sur". Para salvar el problema de la falta de marineros, proponía enviar a los puertos inmediatos "a los muchachos pobres que vagaban sin ocupación, donde aprendiendo a ser marineros volverían a rendir los servicios más provechosos"³⁵.

Estos proyectos no parecen haber prosperado. Tampoco tuvieron éxito las gestiones del contralmirante Carlos Wooster, Guillermo Henderson y Santiago Arcos para operar desde Coquimbo el *Rosa del Plafío*, para lo cual constituyeron una sociedad ballenera, el 14 de julio de 1819, ante el notario de Valparaíso José Manuel Menares³⁶. Igual suerte, al parecer, corrió el "proyecto para hacer la pesca de la ballena", en el bergantín nacional *Blas Saco*, cuyo prospecto se publicara en El Mercurio de Valparaíso el 7 de septiembre de 1830³⁷. El valor del bergantín, señalaba el prospecto, equipado para una travesía de ocho meses, se calculaba en diez mil pesos. Se proponía la división del capital en veinte acciones de 500 pesos cada una. El barco era de 200 toneladas y podía cargar 52.000 galones de aceite de ballena. El capitán y la tripulación participarían de las ganancias y no recibirían salario. Si tenía éxito el primer viaje, se instalaría una fábrica de velas de esperma.

Incluso Bernardo O'Higgins llegó a considerar una iniciativa, para instalar una pesquería de esta clase

35 Ricardo Donoso, *El Maqui de Osorno, Don Andrés O'Higgins 1770-1891*, Santiago, 1941, pp. 170 y 178.

36 John Miers, *Travels in Chile and La Plata*, Baltimore, Craddock & Jay, Londres, 1828.

37 Claudio Véliz, *Historia de la Marina Mercante de Chile*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1961, p. 90.

se, en Talcahuano, durante su exilio en Montalbán. Hasta allí llegó a visitarlo, anota Valencia Avaria, "un señor Crabtree, de vastas vinculaciones comerciales, con quien trató de un plan para el fomento de la pesca de la ballena, con base en Talcahuano. Crabtree tomó interés en el proyecto y lo consideró viable, pero la situación en que se debatía Chile, su incapacidad para proporcionar las garantías y el apoyo requerido, exigieron postergarlo"³⁸.

El mismo O'Higgins, escribiendo también desde Perú, propone a los ingleses unir fuerzas para competir con los norteamericanos. La idea consiste en "unir sus capitales en una sociedad anónima para establecer una gran factoría en el puerto de Concepción, en Chile, donde los gastos de equipo y aprovisionamiento son incluso más bajos que en Nantucket". El aceite de las ballenas, sostenía, proveería a las naves británicas de un cargamento asegurado y constante, para su viaje de retorno³⁹.

Apunta Mateo Martínic que, "hasta 1880, los cazadores de bandera extranjera fueron prácticamente los únicos que se ocuparon de las ballenas en el mar de Chile"⁴⁰. En verdad, hubo algunas iniciativas previas, que veremos, en especial en la actual Región del Bío Bío, pero que no alcanzaron un carácter industrial. El mismo Martínic señala que aquel año tuvo inicio la actividad de captura sistemática por embarcaciones nacionales, con las operaciones de Juan Maraya y sus

38 Luis Valencia Avaria, Bernardo O'Higgins, *El Buen Genio de América*, Editorial Universitaria, 1980, pp. 437 y 438.

39 Claudio Véliz, *op. cit.*, p. 366.

40 Mateo Martínic, "Antecedentes históricos sobre la caza de cetáceos en Chile", *Boletín Antrópico Chileno*, Vol. 23 n° 1, mayo 2004, p. 7.

herederos, en la isla Santa María y luego en Talcahuano, cuya factoría facería por muchos años cetáceos capturados en el Golfo de Arica. Sus afanes, prolongados por un siglo, merecen un párrafo especial.

Recién en 1890, aparece la Compañía Chilena de Balleneros -*Chile Whaling Company*- en los registros del Lloyd's de Londres y es mencionada por última vez en la edición de 1920-1. En 1912, era dueña de tres viejas barcas de madera: la *Joséphine*, construida en Maine, EE.UU., en 1877; y la *Proserpio* y el *Nautico*, construidos en Prince Edward Island, Canadá, en 1876; y en New Bedford, en 1851⁴¹.

En el sur de Chile, en Talcahuano, Valdivia, Chiloé y Punta Arenas, se organizaron diversas empresas, que llegaron a extender sus operaciones desde el Ecuador hasta la Antártida chilena.

En el puerto de Corral, se formó en 1906 la Sociedad Ballenera y Pescadora de Valdivia. Sus creadores fueron el capitán mercante alemán H. C. Korsholm y el noruego Soren L. Christensen. Más adelante se asociaron con Lars Christensen y en 1908 formaron la Sociedad Ballenera Christensen y Cia., empresa que embotellaba bandera chilena, con un capital de 500.000 coronas. Operaban el cazador *Grossio*, que había sido el ballenero de una compañía alemana asentada en Islandia. Llegaron a contar con dos vapores cazadores y operaron desde la

41 Josep, "La epopeya de la industria ballenera chilena", *Revista de Alcaico*, N° 8, 1997. Según el mismo texto, en el Libro 245 de Patentes de Navegación otorgadas por el Gobierno de Chile, entre 1867 y 1890, figura el registro 220, en el que consta la solicitud de Enrique A. Howland gerente de la Compañía Chilena de Balleneros, con sede en Valparaíso, para que se le otorgue patente de navegación al buque *Jose María*, concedida el 7 de julio de 1890.

estación terrestre de San Carlos, Corral. La flota antártica de Christen Christensen, que se radicó en Chile finalmente, capturó la primera ballena azul en 1900.

Aunque se llegó a producir 8.200 barriles de aceite en 1910/1911, no fue considerado suficiente. En 1911, al venderse esta empresa al noruego Wilhelm Jensen, se formó la Sociedad Ballenera de Corral, que operaría hasta 1913, con tres buques cazadores y un buque factoría de 2.197 toneladas, el *Tiás*, en aguas del sur de Chile y también en la Antártida sudamericana. Esta y otra compañía desarrollaban una actividad cazadora regular que operaba con dos factorías terrestres, Corral y San Pedro, Quellón, en Chile²². Contaban con siete vapores cazadores y dos buques factorías cuya actividad se extendía desde la Boca del Husillo hasta la latitud de la Mocha probablemente.

Habiendo hecho crisis la empresa de Corral, fue adquirida en 1913 por Jorge Ansbauer, empresario de Valdivia, quien dio origen a una nueva Sociedad Ballenera de Corral. Compró las instalaciones de San Pedro y las naves de otras dos empresas balleneras de la zona, el *Sist I* a la sociedad Ballenera Corral y Valdivia, en 1927; y a la Sociedad Pescadora Chile-Noruega el cazador *Bragán*, en 1924. Esta compañía fue muy exitosa, pues llegó a entregar dividendos de hasta 100% por acción. Llegó a tener 5 buques. Se disolvió la empresa de Ansbauer en 1936.

El noruego Adolfo Andresen, que se había radicado en Chile, fue un gran impulsor de la actividad ballenera. Formó la Ballenera Adolfo Andresen, con el buque factoría *Otón* y los cazadores *Noruega* y *Corral*. Con esta flota emprendió dos campañas de caza por el Pacífico. En la 12. *Marink*, op. cit., p. 8.

primera, desde San Pedro, en Chiloé, hasta las aguas de Colombia, en marzo de 1914 y que se prolongó hasta septiembre, capturó casi exclusivamente ballenas jorobadas o yubartas, con un total de 132 ballenas. En la segunda, en la primavera de 1914 hasta mayo de 1915, alcanzó una elevada latitud austral y capturó 175 ballenas, produciendo 6.500 barriles de aceite, tras lo cual vendió sus naves y retornó a Noruega²³.

En la misma zona, existió la Sociedad Pesquera Chile-Noruega, que operó desde Valdivia entre 1924 y 1925, pero que no tuvo éxito. Tuvo un único cazador, el *Bragán*. La Sociedad Ballenera Corral y Valdivia fue fundada alrededor de 1927 y operó desde Corral con el ballenero *Sist I*, el que fue vendido en 1932 a la Sociedad Ballenera de Corral.

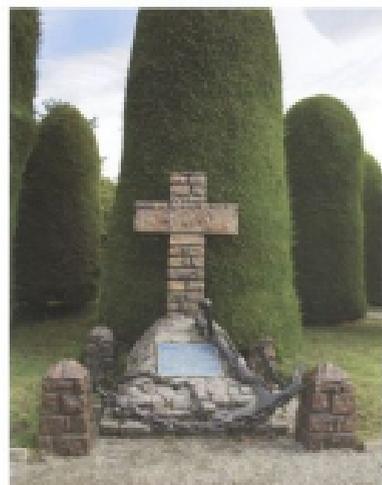
Más al sur, en Punta Arenas, en el Estrecho de Magallanes, a comienzos del siglo XX, capitalistas y comerciantes se interesaron por la caza ballenera. En septiembre de 1903, la sociedad armadora Braun & Blanchard aparejó como ballenero el vapor de su insignia Magallanes y lo despatchó en un primer e infructuoso recorrido del litoral exterior austral.

El hombre detrás de esta aventura, que inició la era moderna de la caza de ballenas en Sudamérica y en la Antártica fue el mismo Adolfo Amundus Andresen. Nacido en Sandefjord en 1872, se radicó en Chile el año de 1894, en Punta Arenas. En el Estrecho, se dedicó al negocio de remolque y salvamento.

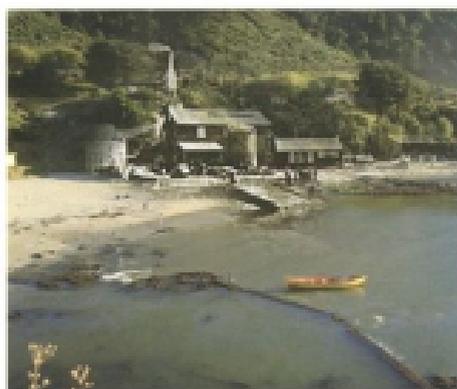
Viendo la abundancia de ballenas y lobos fue a Fimmurk, norte de Noruega a estudiar el sistema moderno de caza de ballenas, con el arpén inventado por El Josp, op. cit., p. 390.



Ballenera de Corral.



Tumba de Adolfo Andresen, en el Cementerio de Punta Arenas. Fotografía Siegfried Olsén.



Pasado y presente de la ballenera de Corral. Fotomontaje de Siegfried Olvera.



Caleta Quíntas

Svend Fyom. Compró un arpón e inició su actividad ballenera en 1903. Se contactó con Mauricio Braun y la casa Braun & Blanchard acondicionó el vapor *Malgolover*. Armado con el cañón zarpó el 18 de septiembre de 1903 de Punta Arenas, al mando de Andresen, en busca de sus primeras pesas.

Tras una primera campaña infructuosa, según dijimos, en la segunda, entre el Golfo de Penas y el cabo de Hornos capturó tres ballenas, las primeras en el hemisferio austral mediante el uso del cañón arpónero, según los historiadores noruegos.

Fue a Noruega a comprar un buque cazador y personal con experiencia. Se gestionó la concesión de un terreno junto a Bahía Aguila en la península de Brunswick, para establecer la planta ballenera. El ballenero recién construido se bautizó *Abissant Mossé*. En la temporada de 1905 cazó 129 ballenas, operando desde su planta factoría ubicada en el Canal Beagle y Punta Arenas. Por su éxito se creó la Sociedad Ballenera de Magallanes en 1906, que adquirió nuevos buques, un buque factoría y un transporte velero.

En la temporada ballenera de 1907 la flota chilena ocupa la caleta Balleneros, en la isla Desección, estableciéndose en tierra el primer poblado antártico, con casas habitación, edificaciones para la factoría y carbonera para el abastecimiento de los balleneros. Desde esa época y durante ocho años flama el poblón chileno en la región antártica. Andresen opera en las Shetland del Sur y Tierra de O'Higgins. "Fue en aguas antárticas donde la presencia de la actividad ballenera se hizo presente con mayor fuerza por la importancia de la flota, la magnitud de las operaciones y en particular por la actividad desarrollada por su

distinguido Comodoro, el capitán don Adolfo Andresen"³⁴. Operará hasta 1913 en la Amártida.

En 1912, Andresen se retira, compra otros barcos y emprende campaña hacia las costas de Chile, Perú y Ecuador. Se marcha a Noruega pero, años más tarde, regresará a Chile, ya que se había nacionalizado chileno. Es así como, en 1933, junto con 52 noruegos y un suero, formaron una comunidad para desarrollar la actividad ballenera, que denominaron "Comunidad Chileno-Noruega de Pesca". Aportó las naves, el buque factoría *Presidente Alessandri* y los cazadores *Noruega y Chile*.

La flotilla recaló en Punta Arenas a fines de 1933 y zarpó hacia el Golfo de Penas, retornando a Bahía Aguila, la misma de 1905. Se formó así la Sociedad Ballenera Chileno- Noruega, que realizó dos campañas de caza, capturando 103 ballenas. Paralizó en 1935 por dificultades administrativas y financieras y se liquidó pronto. Los precios de los productos se encontraban deprimidos y hubo problemas administrativos. El pionero Andresen murió en la pobreza en 1940. Se le dedicó un túmulo en el parque central del hermoso cementerio de Punta Arenas. La Armada de Chile erigió un faro en la isla Desección, archipiélago de las Shetland del Sur, que se denominó "Andresen". Por desgracia, la erupción del volcán submarino que afloró en bahía Foster destruyó la base antártica Pedro Aguirre Cerda y el faro³⁵.

Por la misma época, una importante empresa iniciaba sus operaciones. En 1936, la Compañía Industrial S.A., INDUS, de Valparaíso, fundada en 1900,

³⁴ Aless, p. 548.

³⁵ Aless, p. 550.

inició la captura de cetáceos en el litoral central y norte de Chile⁴⁶. Seguía, así, una política de auto-sustentamiento, según las tendencias de las grandes empresas mundiales del ramo, con el fin de suplir la escasez de materia grasa que existía por la época en Chile. La empresa poseía un procedimiento para la fabricación de jabón anhidro, proveniente principalmente del aceite de ballena de esperma. Un gran éxito se observó con el jabón para lavar marea Grings, cuya fabricación se centralizó en el barrio Carrascal de Santiago, implementándose instalaciones de gran magnitud.

Se creó una estación en la isla Guafú, en la boca del Golfo Corcovado, al sur de la isla Grande de Chiloé y otra en Corral. Sus operaciones cazadoras fueron iniciadas con cuatro balleneros, los *Isdo I a 4* (los ex *Chile de Andriessen*; ex *Norveg de Andriessen*, ex *Scott I* y ex *Saxson* de la compañía de Valdivia). En 1938 llegó el *Isdo BF*, buque fabrica con una capacidad de 12.000 barriles y con equipos procesadores de carne. Se adquirieron naves *Isdo* hasta el *19* y el *Isdo T*, un buque tanque de 110 toneladas. Durante la II Guerra Mundial, dos de estos buques, los balleneros *Isdo 3* e *Isdo 4* fueron pasados a la Marina de Guerra, para funciones de patrulla, tomando los nombres de *P3* y *P4*.

Establece factorías en Quíntay, en 1943 y en Caleta Mollo, al sur de Iquique, en 1957. La planta factoridora de ballenas en Quíntay fue instalada en el sector de la caleta. Con enorme esfuerzo, dos peñones sepa-

46 La empresa había sido establecida en Valparaíso, el 12 de diciembre de 1900. Su objetivo era la elaboración de productos químicos, abonos artificiales, jabones, velas e industrias anexas.

rados de tierra firme por unos 50 metros, por entre los que pasaba el mar, fueron rellenados para construir las terrazas y plataformas que dieron después paso a las bases de la industria. La tarea fue cumplida por 120 trabajadores, entre los que destacaron mineros de la zona de Los Andes, encargados del movimiento de tierras por medio de tiros de dinamita. Durante las bajas mareas, se ganaba terreno al mar metro a metro.

En el año 1943 inició sus actividades. Un testimonio de la época señala: "La Planta ha quedado inaugurada con el frenamiento de dos enormes cetáceos de 12 y 14 metros de longitud cada uno y de un peso de 15 toneladas; así se inicia el funcionamiento del llamante equipo que ha de imprimir a la pequeña caleta de pescadores una actividad y un auge que no dudamos ha de convertirla en una ciudad industrial"⁴⁷.

Entre los productos elaborados por la Planta Quíntay había aceites de diversos grados de refinamiento y uso; jabón como materia prima para la elaboración de detergentes, grasas para la elaboración de margarinas, huesos molidos para abonos, carne para alimento de animales y carne tipo Finback para consumo humano⁴⁸. La planta se cerró definitivamente en 1963.

En Caleta Mollo, en Iquique, la construcción de la planta Ballenera comenzó el 1° de abril de 1955. Operó con bucos balleneros de 300 toneladas, generando empleo directo para 52 operarios. Se cerró en 1963. En noviembre de 2004, la planta fue adquirida por la Municipalidad de Iquique al Banco del Desarrollo, con la intención de instalar allí un Centro de

47 Mercedes Salazar y Juan Inostroza, *Quíntay en el tiempo*, Ediciones Universidad Andrés Bello, 1997.

48 *Ibid.*

Investigación y Recreación, denominado Centro Marino Ex Ballenera, en un terreno de 3,5 hectáreas. El proyecto considera la recuperación del sitio como museo, rescatando las antiguas instalaciones, para simular con figuras y maquetas gigantes la actividad que se realizaba en la Planta Ballenera⁴⁹.

Isdo fue por años la principal empresa del ramo ballenero en el país. Durante el mejor periodo de caza de ballenas en Chile, 1956-1962, el promedio anual de producción alcanzó a 45 mil barriles, provenientes de 2.107 ballenas. Tras su desaparición, son los Maucaya, desde la caleta de Gheme, en la actual comuna de Hualpén, quienes mantendrán viva todavía la actividad ballenera.

49 *Diario La Estrella de Iquique*, 30 de noviembre de 2004.



Ballenera Mollo, en Iquique. *Atlas de la República de Chile*.

BALLENEROS DE TALCAHUANO Y EL GOLFO DE ARAUCO

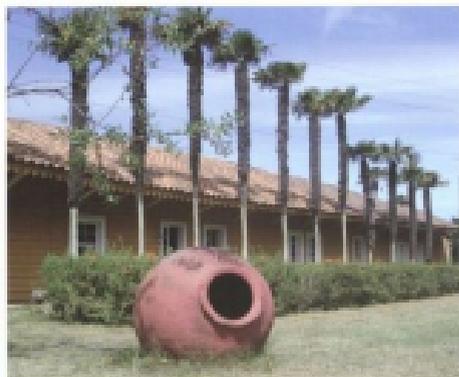
Los primeros antecedentes de la ballenería en la Región del Bío-Bío, según Luis Salvo, datan del año 1840. Ese año el pionero José Olivares, hijo de españoles nacido en Constitución, cazaba cachalotes y ballena jorobada con arpón de mano. Su actividad derivó en una empresa con tradición familiar, pues luego la continuaron sus hijos Artemio, Rodrigo, Manuel y Gilberto Olivares hasta el año 1944. Su varadero de ballenas se hallaba en la caleta Tumbes. El aceite que obtenían en las capturas lo vendían a la familia Maritimo de Talcahuano³⁰.

Durante el siglo XIX, varios empresarios regionales tentaron suerte en la caza de ballenas, en la bahía de Concepción y Arauco y aun más allá, en toda la costa del Pacífico sur. A fines de la década de los sesenta, Pedro del Río Zañartu, agricultor y destacado filántropo penquista, formó una sociedad en Talcahuano, la que fue dotada de nueve excelentes barcos. Además, trajeron de Estados Unidos materiales y trabajadores expertos para la construcción de embarcaciones menores. En un inventario manuscrito, fecha-

do en febrero de 1918, figura el nombre de dos de esas naves, los balleneros *Tumbes* y *Bío-Bío*³¹.

A la flota de la sociedad de Pedro del Río, probablemente, se refería Carlos Pazzi, Gobernador Marítimo de Talcahuano, cuando informaba al Intendente de Concepción Aníbal Pinto, en febrero de 1868, sobre el número de buques pertenecientes al puerto de Talcahuano que se hallaban dedicados a la caza de la ballena, su tonelaje, valor y producción. Señala que ese año se adquirieron seis buques: *Boat of the sea*, *Concepción*, *Ana Rosa*, *Hualpén*, *Bío-Bío* y *Tumbes*. Ana Rosa es el nombre de Ana Rosa Serrano, primera esposa del filántropo, muerta prematuramente de difteria; y Hualpén es el lugar de su hacienda familiar. Añade que "se esperan todavía tres buques más."

Sumabas 14 los veleros balleneros de Talcahuano ese año, cifra muy significativa si se considera que, de acuerdo a la Memoria de Marina del año 1869, de los



Museo de Hualpén.

30 Luis Salvo González, *Historia de la industria pesquera en la Región del Bío-Bío*, Aispep, Santiago, 2000, ps. 62-66.

31 Armando Carriz Montoya, *Pedro del Río Zañartu. Penquista, Filántropo y Hujes Nacional*, Editorial Aníbal Pinto, Concepción, 1997, p. 98.



Puerto de Talcahuano, c. 1900.

cuaranta buques mercantes de la flota nacional, 16 se ocupaban en “la pesca de la ballena”⁵².

La empresa no prosperó. Relata don Pedro: “Hubimos de liquidar la Sociedad por la ninguna protección del gobierno, costándose a mí, uno de los socios, 30 mil pesos oro de 48 peniques, como también fuertes sumas a mis ya fenecidos amigos Burton, Trumbull, Fuentes, García, Mathieu y Brañas”⁵³. En los jardines de su antigua casa, hoy Monumento Nacional, ubicada en el Parque Pedro del Río Zañartu, que el filántropo donara a la ciudad de Concepción,

⁵² La *Tarataca*, Concepción, 22 de febrero de 1860.

⁵³ Pedro del Río, *Tercer Viaje en torno al Mundo*, Litografía e Imprenta Souleiro, Concepción, 1912, tomo II, p. 304.

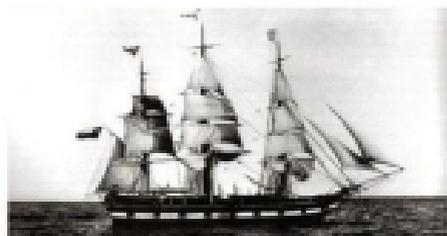
se encuentra un esqueleto de cachalote, capturado en el cercano Chome. Entre las colecciones que conserva el Museo del Parque, hay también dos curiosas sillas, construidas con huesos de ballena.

Varios de los socios de Pedro del Río perseveraron en la actividad ballenera, con mejor suerte. La sociedad Mathieu y Brañas estableció una tonelería para guardar aceite y esperma. Fue la firma ballenera más destacada de Talcahuano, entre los años 1860 y 1921. En 1882 llegaron a adquirir una barca ballenera norteamericana. Era la ex *Matilde Lars*, que matricularon en 1882 con el nombre de *Mathieu y Brañas*. Este viejo buque, de 213,50 toneladas de registro, había sido construido en 1836 en New Bedford y navegó muchos

años bajo pabellón norteamericano antes de cambiar su matrícula por la de Talcahuano⁵⁴. La firma de David Fuentes, a su vez, con su barca *Los Anos*, también competía en el negocio ballenero. Hacia 1872 la industria ballenera de Talcahuano empleaba a 50 personas, tenía ocho embarcaciones menores y producía 5.900 galones de aceite al año.

Al comenzar el siglo XX, ambas empresas ceden el campo a la casa de Toro y Martínez, sociedad de armadores que por más de veinte años mantiene sus veleros tras las rutas de ballenas y cachalotes. La barca ballenera de *Mathieu y Brañas* fue traspasada en 1895

⁵⁴ “Los últimos balleneros en Talcahuano”, *Revista de Marina* marzo-abril, 1972.



Velero ballenero *Jesse Arnold*, 1898. William R. Hegarty Collection *Abby Dick: A pictorial voyage*, by Herman Melville, editado por Bart, Tarrán A. et. Al., 2002, Spinaceo publicaciones.



Honorio Fouquet, francés, industrial ballenero.

a Toro y Martínez, que la rebautizó con el nombre de la sociedad. Por diez años más siguió zarpando, dos o tres veces al año, cada vez más adueñosa, comidos sus fondos por la insaciable brama de mar, en expediciones orientadas generalmente hacia el Pacífico Norte. En 1905, "la *Matías y Beata* se rebeló contra cuarenta y nueve años de dura explotación y sus hombres a duras penas alcanzaron a entrar de arribada al puerto de Paíta, Perú, con el casco haciendo agua por todos lados". Allí fue rematada y desguazada.

En 1905, Toro y Martínez adquirieron la barca *José Amos* a don David Fuentes y la rebautizaron *Gabriel Toro*. Este era otro viejo cascarón, construido en New Bedford en 1863 y de 334 tons. de registro, "Pequeño, fuerte, duro. Atrevido y sombrío, no era, ciertamente, modelo de estibez y donosura"⁵⁶. Empresa rumba a latitudes australes o hacia las aguas tropicales del Ecuador o Colombia, en viajes de varios meses de duración. En uno de estos viajes, la barca *Gabriel Toro* hubo de ser abandonada, el 6 de Noviembre de 1869, y sus hombres recogidos por el vapor *Tangier*. Había derivado hasta las cercanías del Cabo de Hornos y allí, desmantelada y barrida por los temporales, terminó su existencia.

El último velero ballenero que lució los colores nacionales fue la fragata, *Jesse Arnold*. Fue adquirido a sus dueños norteamericanos por Toro y Martínez y llegó a Talcahuano en 1896. Mantuvo su nombre sajón, probablemente el de algún antiguo armador de New Bedford. De apenas 324 ton. de registro, mantuvo también su aparejo de fragata hasta el fin de sus días útiles.

⁵⁶ *Ibid.*

Hizo más de sesenta viajes redondeos en poder de Toro y Martínez, hasta que en 1921 la firma liquidó sus actividades y la vendió a José Maritano, también de Talcahuano. Para la época ya habían desaparecido los veleros balleneros nacionales, tragados por la mar o destrozados por los desguazadores. Hizo aún dos viajes, en 1921 y 1922. Sus últimas donaciones consistíanse de un capitán náutico, otro de pesca, dos o tres pilotos y veinte a veinticinco hombres. A partir de 1923 quedó de para en Talcahuano. Fue desmantelada y acondicionada como chata o fishuco de carga y vendida a la Armada Nacional para el transporte de carbón, a remolque, de Lota y Coronel al Apostadero de Talcahuano. Cargada de carbón, se hundió unos años más tarde.

La firma Maritano Hnos., que había adquirido el *Jesse Arnold*, dejó pronto de explotar el negocio, pero quedaron hombres como don Juan Osorio, nacido y criado en el puerto de Talcahuano, que por su edad no pudo seguir en su profesión. Antes de faller, según Eduardo Moreno, narraba hechos y anécdotas con sabor a aventuras en las cuales participó⁵⁷.

A principios de siglo XX, desde la caleta de Tumbaco, los hermanos Nicolás y Luis Becar, oriundos de Lebu, dueños de las chalupas *Casidero del Carmen*, *José y Albano*, se dedicaron a la casa de la ballenera en forma artesanal⁵⁸. Beneficiaban los cetáceos en las playas y vendían su aceite a la familia Maritano. Su actividad se extendió hasta el año 1948.

⁵⁶ Eduardo Moreno Espideira, *El Libro de Oro de Talcahuano*, Concepción, 1964, ps. 177-181.

⁵⁷ *Ibid.*, op. cit., p. 63.

En Coronel, hubo también intentos pioneros de caza de ballena. Honorio Fouqué, nacido en Francia el año 1901, llegó a Chile con sus padres en 1908, radicándose a Talcahuano. Su padre Armand Fouqué, capitán de la Marina Mercante de Francia, vino a Chile para los trabajos de la construcción del Dique n° 1 de la Base Naval de Talcahuano. Después de terminar sus estudios, Honorio Fouqué se dedicó completamente a la industria de la pesca. En 1930

se radicó en Coronel, donde organizó la explotación pesquera industrializada. "En 1941 — cuenta la *Revista de las Municipalidades de Concepción*, editada en 1946—siguiendo un interesante proceso de superación, creó un nuevo rubro, que comprende la pesca e industrialización de la ballena. Sus negocios están formados de una fábrica en el recinto de la playa para la preparación de bacalao y secazón; otra fábrica en el recinto de la línea del E. C. para la elaboración de conservas

emvasadas de pescado y marisco"⁷⁹. También estableció otra fábrica en la isla Santa María, para la elaboración de harina de pescados.

Más al sur, en el puerto de Lebu, la casa de ballenas alcanzó una apreciable importancia, aun antes que la industria carbonífera comenzara a desarrollar-

⁷⁹ Zapata y Echazarria, *Municipalidades de Concepción*, Concepción, 1946.



Talcahuano, c. 1920. Al fondo se aprecia el velero ballenero *Jaime Arce*.

se. En marzo de 1862, previamente a la fundación de la ciudad, se instaló en la playa de Boca Lebu una fierra ballenera. Ese año y el siguiente la Gobernación Marítima de Talcahuano otorgó permisos de caza a José Morán, José Olivares y Ramón Pacheco⁶⁰. Venían desde Tumbes y establecieron su base en la misma caleta, la cual pasó a llamarse "Caleta de los Balleneros". Durante 1863, informaba el periódico

39 *Memoria de Maipo*, 1862.

peruquista *La Tesis*, de 9 de marzo de 1864, se cazaron en las costas de Lebu al norte 13 ballenas y 90 lobos de mar, que ocuparon a 90 individuos y catorce embarcaciones menores.

La actividad ballenera se mantuvo por algunos años más. En abril de 1864 el Gobernador de Arauco apuntaba: "No hace muchos días que se ha hecho en la boca del río la pesca de dos ballenas que han dado felices resultados. Esto, si se quiere, es un signo de por-

venir para la industria de aquella localidad⁶¹". A principios del año siguiente, Felipe Godomar, Subdelegado de Gobierno en Lebu, informaba al Gobernador que en la boca del río se ha establecido una pesca de

60 Memoria del Gobernador de Arauco de 1864 citado en: Alejandro Pizarro, *Lebu, de la Lengua de la Cautividad, 1549-1962*, Editorial e Imprenta Sichel S.A., Santiago, 1994, 2ª edición, p. 114-115.



Cachalotes capturados en las costas de Husapén.



Sientos de huesos de ballena. Museo Pedro del Río Zañartu, Hualpen, Chile.



Puerto de Lebu.

ballena, por pescadores que vienen todos los inviernos desde Talcahuano y que allí tenían sus casas y útiles⁶¹.

Un poco más al sur todavía, frente a las costas de Arauco, a 35 kms. de la desembocadura del río Tiraú, se encuentra la isla Mocha. Situada sobre la plataforma continental, su superficie alcanza a 52 kms. cuadrados. En el extremo sur existen pequeños islotes, como Quechol, morada de aves y lobos marinos. La isla forma parte del Lafkenmapu, o zona costera del territorio de la antigua Araucanía, al cual correspondió con exclusividad, según Alejandro Pizarro, el histórico y legendario nombre de "Arauco", situado entre el Biotío y el Toltén, la Cordillera de Nahuelbuta y el Pacífico⁶².

Fue descubierta por Juan Bautista Pastene, el día 10 de septiembre de 1544, durante su primera expedición de reconocimiento a las tierras de Nueva Extremadura, ordenada por Pedro de Valdivia. La nombraron isla de San Nicolás, lo que no prevaleció en la nomenclatura. Se impuso el de Mocha, que los balleneros daban a su isla, que es deformación de *Asa-cho*, de *asa*, alma y *sohna*, resucitar, o sea la isla de las almas resucitadas, pues conforme a las creencias araucanas, las almas de los muertos cruzaban desde el continente y vivían en aquella isla.

Fue refugio de corsarios. Desde fines del siglo XVIII se desarrolló una importante actividad ballenera en sus aguas por barcos de varias naciones, especialmente norteamericanos. "Los barcos extranjeros

aracaban en la Mocha sin permiso oficial alguno y sin posibilidades tampoco de que las autoridades coloniales, primero, y más tarde las chilenas, pudiesen impedir los desembarcos"⁶³. Las expediciones se servían de la isla como base de aprovisionamiento y lugar seguro y discreto para el beneficio de su pesca.

A pesar de la continua actividad de los balleneros venidos de lejanas latitudes, no parecen haber sido imitados ni precedidos por los aborígenes, primero, o por los colonos después. Aunque los *diñelinos* mochinos fueron excelentes navegantes, no hay registros de que se hubieran ocupado de la caza de la ballena.

Hacia fines del siglo XIX, la isla estaba poblada por unas doscientas personas, la mitad eran niños. Los habitantes, dice F. González, son todos inquilinos de la hacienda. Agrega: "Cuando las labores del campo le dejan tiempo, los habitantes se dedican a trabajos del mar, pesca de ballenas y caza de lobos que abundan en la isla Quechol..."⁶⁴. Es que, a pesar del interés que despierta la captura de ballenas y lobos —una sola ballena, decía Cañas Pinochet en 1902, puede dar, en pocos días de pesca, lo que no se obtiene en meses de ocupaciones de labores de las tierras— "no todos poseen los elementos de pesca ni las cualidades de valor, previsión, agilidad y serenidad que se requieren para estas riesgosas empresas"⁶⁵. De manera que la

⁶¹ *Ibid.*, p. 36.

⁶² F. González, "Exploraciones hidrográficas de la Cañonera Piconazo en 1893", *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, 1896, 2: 59-68.

⁶³ A. Cañas Pinochet, 1902, "La Mocha, descripción de esta isla", *Actas de la Sociedad Geográfica de Chile*, 12: 55-74. Citado en: Daniel Quiroz y Héctor Zamana, "Ecología, Historia y Cultura en la Isla Mocha, Provincia de Arauco

⁶¹ Informe del Subdelegado Felipe Godomar de 04 de mayo de 1865, citado en *ibid.*, p. 115.

⁶² Alejandro Pizarro, "La Mocha: la isla de las almas resucitadas", *Bol. Mus. Mapuche (Chilote)*, 5 (1939), p. 31.

isla Mocha no fue testigo de grandes emprendimientos balleneros nacionales.

La isla Santa María, en cambio, situado más al norte, frente a Lota, fue el escenario del más notable emprendimiento ballenero del sur de Chile. Se debió al empuje de un piensero, hijo de inmigrantes españoles, quien, secundado por sus hijos y luego por sus nietos, mantuvo activa por casi un siglo la llama de la

ca:1850-1994". en: D. Quiroz y M. Sánchez, compiladores, *La isla de los palafitos rojos*, Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile, Santiago, 1997, p. 22.

actividad ballenera. Nos referimos, por supuesto, a la Ballenera Macaya, fundada por Juan Macaya Aravena. Un autor la califica de "la Compañía Ballenera más antigua del mundo que aún operaba en la década del 70"⁶⁶.

Juan Macaya Aravena nació en Lota en 1859, donde estudió y creció. Fue casado con María Trinidad Medina y tuvieron diez hijos, entre los cuales había diez varones. Se orientó al oficio de ballenero y, acompañado siempre por estos, organizó la empresa

66 Josep, *La epopeya de la industria ballenera chilena*, op. cit.

"Juan Macaya e Hijos" en 1932. Falleció en Talcahuano en 1944⁶⁷.

Se trasladó a la isla Santa María en 1883, dedicándose a labores de pesca y como contratista de la Armada; también fue buzo de escafandras y finalmente balle-

67 En esta parte seguimos, a menos que se indique otra cosa, la interesante monografía, escrita con afecto y cultura de anécdotas de Juan Herrero Aguirre, *Desde Pisco de ballenas. Actividades balleneras en Isla Santa María y Chono del piensero Juan Macaya Aravena*, (Editorial Austral Pisco S. A., Concepción, 1998).



Coleta de Lillo.



Isla Mocha.

nero. En la primera época se trabajaba en condiciones muy precarias. Los pescadores habitaban en chozas, sin comodidad ni higiene, ni apoyo de las autoridades. En la isla se vivía aislado del continente, sin un medio seguro de comunicación. Se trasladaban en chetas y chalupas, a vela y remo, que maniobraban hábilmente. Los naufragios, no obstante, eran frecuentes.

Juan Macaya fue un veradero patriarca en la isla. Hizo construir un local para escuela en Puerto Norte, viajó a Arica y trajo un profesor. Gracias a esta labor, muchos de los isleños, de otra manera analfabetos, llegaron a ser oficiales de la Marina Mercante y hombres de provecho para la patria⁶⁹. Fue también Jefe de Subdelegación, ad honorem, dependiente del Juzgado de Arica.

⁶⁹ *Op. cit.*, p. 20



co y Alcalde de Mar; funciones no rentadas, pero que le granjearon el respeto y el aprecio de toda la comunidad. En su homenaje, existe en Santa María el Puerto Macaya.

Fue heredero de una tradición ballenera portuguesa a través de su pariente Juan de Silva. Proveniente de Lisboa, había aprendido en las Azores a cazar ballenas, con los norteamericanos. Se radicó en Lota y fue el mentor de Juan Macaya en el arte ballenero⁷⁰. Este, en 1932 dio forma a la Compañía Chilena de Pesca y Comercio Juan Macaya Aravena e Hijos, en la isla Santa María. Se dedicó con fuerza a la actividad ballenera, logrando establecer una industria respec-

⁶⁹ León Salvo González, *Historia de la industria pesquera en la Región del Bío Bío*, Asipca, Santiago, 2000.

ta incluso en el extranjero, que dio trabajo a muchos isleños. "Para 1939/40, sostiene Mateo Martinić, era probablemente la compañía ballenera en operación de mayor actividad en el mundo"⁷¹.

Buscando un mejor desarrollo, en 1950 la compañía se trasladó al continente. Se instaló en la Caleta Chome, parte del Fundo Los Lobos, ubicada en la Península de Hualpén. Esta forma parte de la comuna de Hualpén, de reciente creación y es Santuario de la Naturaleza⁷². El lugar fue seleccionado por Jorge Silva

⁷⁰ Mateo Martinić, "Antecedentes históricos sobre la caza de ballenas en Chile", *Boletín Antártico Chileno*, ya citado, p. 8.

⁷¹ El Santuario tiene una superficie de 2.622 hectáreas y colinda con el litoral marino del Océano Pacífico. Fue establecido por Decreto Supremo n° 506, de junio de 1976. So-

Macaya; el predio se adquirió a la familia Brangler, franceses acendrados en Talcahuano⁷². Los Macaya conservan el predio en la actualidad.

Sobre la toponimia de "Chome", hay opiniones diversas. Según Luis Salvo, sería una voz mapuche, que significa "tajo abierto en la tierra" o "tosoral", deformada de "cheme". También señala que podría corresponder a la palabra japonesa que significa "cañal". Hay otra versión todavía, según la cual Chome es la abreviación del nombre de Charles Home Silveira, un inglés llegado a la isla Santa María por 1839. Se habría usado el apellido Home con la inicial del nombre Charles. Es la información que aporta Eduardo Home Vera, nieto de Charles Home, basado en la tra-

dicción familiar⁷³. Lo que es seguro es la relación entre los Home y los Macaya, pues Juan de Silva, el mentor de Juan Macaya, se casó con Aída Home, hermana o hija de Charles. El origen más probable, es que corresponda a la voz Canze *Thosse*, que se pronuncia "tróme", del pueblo atacameño, que designa una planta conocida en botánica con el nombre de *coyho opano* y que se traduce por "junco de la ribera"⁷⁴. La palabra fue traída y difundida en los territorios costeros por los changos, que primitivamente usaron el *Thosse* para hacer sus balsas y toldos, antes de recurrir a los cueros de lobos marinos.

La administración se estableció en el puerto de San Vicente y quedó a cargo de los hijos de don Juan.

72 *Ibid.*

73 Mario Alarcón Berney, "Los mitos de 'El Tomé'", en *Crónicas de ayer y de hoy*, Trama Impresores, Talcahuano, 2003, p. 25.

De esta forma, Francisco Macaya Medina fue gerente comercial y Leovigildo gerente industrial; Anselmo tomó la administración y fue responsable de las obras y el personal. La generación siguiente de Macayas, pronto asumió también tareas en todas las áreas de la industria. Así, Edmundo Macaya Sanhueza fue su relacionador público; Ricardo Macaya Silva fue jefe de Flota y Roberto Macaya Medina fue secundado por su hijo Isaac Macaya López, en la Logística, siempre compleja, pues muchos equipos y materiales eran importados. Incluso dos damas, Sara y Viviana Macaya Retamal, se atrevieron a embarcarse en los balleneros, pasando la primera varios meses recorriendo el litoral.

Los hermanos Jorge, Héctor y Anselmo Macaya Silva, a su vez, fueron capitanes balleneros de la empresa Macaya Hermanos. Los tres nacieron en la isla Santa María, en los años 20 del siglo pasado. Comandaron las naves de la empresa, del *Juan I al Juan*

bre el Sarmario de Hualpén, Cf: Armando Carlos Montory, *op. cit.*, p. 216-220.

72 Diario *El Sur* 19 de noviembre de 2004.



Flota pesquera de la Ballenería Macaya. Revista *De Hoy*, 17 de marzo de 1956.



Juan Macaya A.



Habitantes de la isla Mocha. Oliver van Noort, Amsterdam, 1602.

IX. Jorge Macaya capitaneaba el último, cuando la compañía dejó de operar, en 1982. En síntesis, una verdadera empresa familiar que logró sobrevivir casi un siglo; una verdadera proeza, en cualquier rubro.

Los comienzos fueron muy artesanales. "Los hijos de Juan Macaya salían de madrugada en chalupas a remo, vela y arpón de mano. Navegaban hacia el oeste hasta que la isla se perdía de vista, y cuando llegaba la noche les encendían grandes fogatas en la parte alta, para que se orientaran en su regreso". Cuando

aerribaban al puerto con el cachalote o ballena, varias yuntas de bueyes ayudaban a vararlo. Las lonjas de tocino se llevaban a los coedros, de más de 400 litros cada uno. Luego se continuaba el proceso, hasta que se llenaban los tambores de 200 litros, en que se llevaba el producto al continente para su comercialización. Este trabajo producía gran movimiento entre los isleños. Las mujeres se preocupaban del agua, la leña y la comida. Los trabajadores y sus familiares eran alimentados con guisos a base de mariscos y pescado.

Hacia 1930, todavía se acercaban muchas ballenas a la isla. Los coneceedores las reconocían por la forma de su espanto o resopido. Sus apodos solían ser la chilenización del nombre inglés. Así, había *Alligassara*, "Rainnet" (*Right whale*), "Finbaquí" (*Finback whale*), Ceibal, "Arribaquí" (*Humpback*) y "Quila" o "Matadora" (*Killer Whale*). Los cachalotes eran llamados "espumuel", como derivación de *grey whale*⁷⁵. En Chile, se consumió carne de "Finbaquí", Ceibal y Bryde, por ser blandas, de buen sabor y de menor costo que la carne de vacuno. Todas cayeron bajo el arpón de los Macaya. Una vez capturadas, se acercaban al costado de las naves y se llevaban de inmediato a la planta, antes que las afectara la descomposición. En nuestro país, en todo caso, no hubo gran tradición de consumo humano, pero se le utilizaba como suplemento dietético, en la elaboración de comida para animales.

La ballena es igualmente muy rica en aceites, los que se utilizaban para la fabricación de jabones, cremas, ungüentos y lípid labial; margarina y lubricantes. Con los huesos se confeccionaban artesanías y se extraía harina. Aun la piel, sembrada a un paño transparente, servía para la confección de lámparas⁷⁶. Los subproductos de las ballenas que la familia Macaya beneficiaba, se comercializaban principalmente dentro del país. El aceite negro se utilizaba para la fabricación de margarinas. El aceite de esperma se envasaba en tarrosos y se vendía para fabricar jabón en polvo. La harina de ballena la compraban los criadores de aves, vacunos y otros animales y la carne de ballena comestible se exportaba a Japón⁷⁷.



Cala Macaya, en isla Santa María.

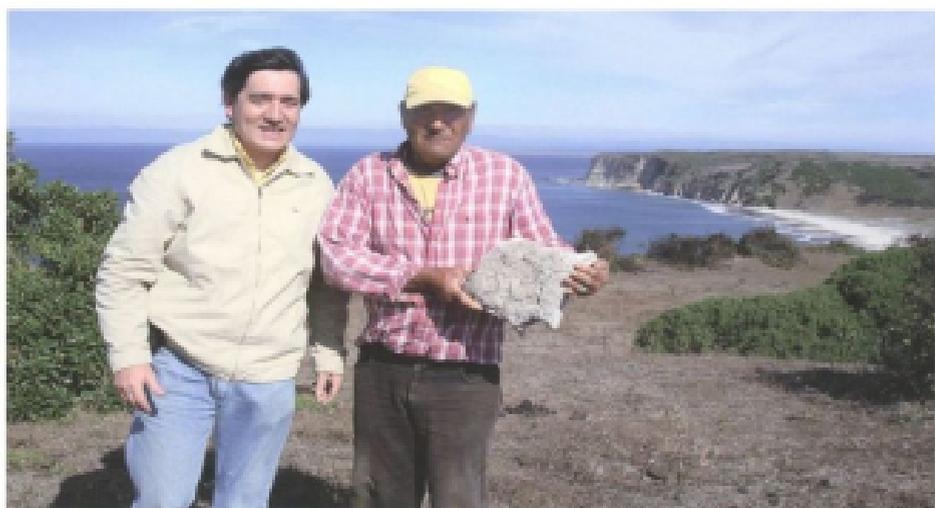
75 Ernesto Greve, "La Fala Marimera en su relación con la pesca y caza", tirada aparte de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, 1948, p. 315.

76 Joseph, "La epopeya de la industria ballenera chilena", *Revista de Historia*, N° 6, 1997.

77 Luis Salvo, *op. cit.*, p. 65.

La gente también usaba el aceite de ballena para combatir los dolores reumáticos, frotándose las articulaciones. Un simpático caso, que registra Juan Hernández, es el don Nasta, uno de los ancianos que vivió más de cien años en la isla. "Cada vez que se capturaba un cachalote, bebía con un piso para sentarse dentro de la cabeza del cetáceo y tomar un buen trago de aceite en una concha de loco"⁷⁸. No se sabe si fue simplemente saludable, o el aceite explica su longevidad.

En 1933 la empresa adquirió en Valdivia su primer barco, el *Caspéño*, para remolcar cetáceos. A esta nave de madera le siguió una de hierro, el *Año*, comprado en Puerto Montt. El barco no contaba con radar u otros instrumentos modernos de navegación. Había que confiar en la experiencia del capitán. En 1944, Mazaña Hermanos compró el *Juan I* a la Compañía Industrial (el ex *Año B*). Un cañón instalado en la proa permitía disparar a los cetáceos desde 80 metros de distancia. En Terranova, Canadá, fue adquiriendo el *Juan B*, que marineros ingleses trajeron hasta Talcahuano. Tres naves posteriores fueron adquiridas a los ingleses en las Falklands, cuando éstos renovaban la flota ballenera⁷⁹. Después vinieron otros barcos, todos de segunda mano. Estos eran anticuados y tenían un reducido radio de acción. Su velocidad no podía igualar a los cetáceos. Su desempeño tuvo siempre, en consecuencia, un componente artesanal. La habilidad, el valor y la experiencia de las tripulaciones era un elemento esencial de su actividad.



El autor junto a Darrián Muñoz, hijo de balleneros en Santa María.

La empresa se asoció con japoneses en 1967, que trajeron un técnico en el procesamiento de carne. Estrada del animal, éste la congelaba y cortaba en trozos de un kilogramo, para luego meterlas en una bodega refrigerada, hasta el arribo de un mercante acondicionado para llevarla a Japón⁸⁰. Tuvo también un capitán japonés de mucha experiencia, llamado Kato. Era un hombre bajo y reservado, siempre alerta a lo imprevisible. Fondaba su barco de tarde en tarde en el puerto de Lebu, para visitar los prostíbulos

con algunos tripulantes, donde siempre eran bien recibidos. Era un enamorado del paisaje del Fundo Los Lobos y del contorno de Chome, cuya belleza no se cansaba de ponderar.

En casi un siglo de actividad, innumerables anécdotas se fueron acumulando, en la bitácora de las naves o en la memoria de los tripulantes. Temporales y naufragios, días de tedio y minutos de gran emoción o heroísmo. Recordemos apenas un suceso, especialmente curioso, pero que pudo tener un resultado trágico. A las 5:50 de la mañana del 19 de mayo de 1960,

78 Juan Hernández A., *op. cit.*, p. 64.

79 *Ibid.*, p. 48.

80 *Ibid.*, p. 60.

un fuerte terremoto asoló la zona centro sur de Chile. El *Juan II* navegaba en las proximidades del Farallón de la Isla Santa María. Un violento descenso del agua y un fuerte remezón del casco anunciaron que la tierra se estaba moviendo. El barco tocó fondo sobre una roca, doblando su eje. Dos días después, con autorización de la Armada, el *Juan V* pudo remolcar la nave hasta los astilleros de Asmar, para su reparación.

En la década de los setenta, se hacía evidente la disminución de la población mundial de cetáceos. Los días de abundancia y libre cacería quedaban atrás.

Chile se reintegra a la Comisión Ballenera Internacional en 1979 y acepta la Moratoria, es decir, la prohibición de cazar ballenas⁸¹. La legislación se hizo cada vez más estricta hasta que, en el año 1983, la Subsecretaría de Pesca decretó la veda de la ballena por 15 años. Ya la industria nacional estaba prácticamente en decadencia y operaba solamente Macaya Hermanos, que debió cerrar su planta factorera, ubicada en Chilo.

⁸¹ CH, *Revista Gabacho*, n° 11, año 3, 1994, "Chile se convierte en Santuario Ballenero", Ansemario Balde, Solvo, op. cit., p. 66.



Hueso de ballena utilizado como poste de cerco, en isla Santa María.

Restos de ballenera en Caleta Macaya, isla Santa María.



Osamenta de una hembra de narval, en los jardines de la Universidad de Concepción, la última capturada en Chile, el 21 de mayo de 1983.



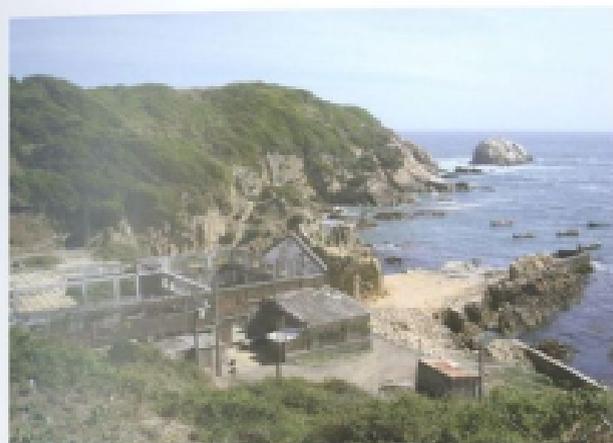
Rampa de izamiento de ballenas, en las instalaciones de Chomé.

En los jardines de la Universidad de Concepción, frente a la Facultad de Ciencias Naturales y Oceanográficas, se encuentra el esqueleto de una hembra juvenil de Narval Común de 17 metros de largo y 30 toneladas de peso. Corresponde a la última ballena cazada por Maraca Hnos. Ocurrió el 21 de mayo de 1983.

En Chomé, quedaron abandonadas a la incertidumbre las familias de pescadores, que habían llegado desde la isla Santa María. En 2004, por fortuna, fue adquirida parte de la calca, para que se radiquen los descendientes de los antiguos trabajadores de la ballenera. Estos viven del mar y continúan usando la enorme rampa por la que se izaban los cetáceos, para sus hostes de pesca. Se ha mejorado la escuela y los caminos. Las instalaciones abandonadas, sin embargo, constituyen un espectáculo desolador. Hace quince años, un visitante las describía así:

“A medida que avanzaba por sus alrededores veía estructuras y calderas oxidadas por la sal del viento; me encontré con canales por donde la sangre era evacuada; me imaginaba como llegaban los huesos resmolcando de a 4 y hasta 10 ballenas, como eran subidos por la rampa con unos gigantescos winches, para su fabricación donde la ballena era abierta y desmenuzada para pasar a inmensas planchas calientes, donde el animal era introducido por partes y que luego salía en forma de acello para dormir dentro de unos grandes estanques que eran vaciados diariamente por los camiones que venían a buscar el aceite.

Si me preguntaran que es Chomé me diría que es un espejismo donde el tiempo deja fuertemente marcada su huella; en los rostros de las personas, en el aspecto frío y húmedo del ventoso y humeante entorno, en todo lo posible de ver e imaginar, la ambigüedad de las noches con luna que engaña pareciendo día, de su gente trabajadora que de repente ves acercár-



Instalaciones balleneras de Chorno.



Capitán balneario Enrique Macaya.

dose un hoyo y te das cuenta que son niños. Por eso si me preguntaran que es Chome no sabría responder más que un Macondo escondido en la costa sur chilena, una gran familia que hoy parece desaparecer junto al desvanecimiento, en los más jóvenes, del recuerdo del motivo de su origen, una ballenera"⁸².

Concluida la actividad industrial, notable por tantos aspectos, se hace necesario preservar la memoria. Algo se ha avanzado. El 1° de octubre de 1993, se formó en Talcahuano la Corporación Cultural Ballenera Juan Macaya Aravena, "para perpetuar el nombre del patriarca del desarrollo pesquero y ballenero del centro sur de Chile"⁸³.

La finalidad de la Corporación es instalar en Chome un Museo Ballenero destinado a entregar a los jóvenes Cultura Ballenera. Se busca convertir al sector de Chome en un polo de atracción turística para chilenos y extranjeros, que puedan disfrutar las bellezas de la península de Hualpén.

⁸² Antonio Astudillo V., Vestigios de una ballenera. Aproximación visual a la caleta Chome <http://www.campolo-giovisual.cl/ARCAS/STUD/HTM> Esta investigación es parte del proyecto Fondecyt 1990027 "Encargos adaptativos en sistemas culturales insulares del litoral biogeográfico chileno", dirigido por Daniel Quiroz.

⁸³ La Corporación obtuso su personalidad jurídica mediante Decreto n° 790 del Ministerio de Justicia de 2 de septiembre de 1997. Su primer Directorio lo integran Juan Hernández Aguayo, presidente; Hugo Carcaño Osorio, vicepresidente; Luis Sabo González, Secretario General; Sara Retamal Viloso, Secretario de Actas; Carlos Aguilera Mitchell, Tesorero; Humberto Delgado Jara, Prosecretario; y Anselmo Macaya S., María Soledad Canales L., Jorge Macaya S., Agustín Fierro C., Isaac Macaya L. y Gladys González V., Directores.



Pasado y presente de la ballenera de Chome. Fotomontaje de Siegfried Oberst.

Esta laudable iniciativa requiere más apoyo público y privado. Es necesario preservar los testimonios materiales de la actividad ballenera, hoy víctimas de la indolencia y el despojo. Junto con ello, deben reunirse y ponerse a disposición de la comunidad los relatos y vivencias de los tripulantes, así como información

científica sobre estos nobles mamíferos. Sólo así podremos valorar adecuadamente el valioso patrimonio natural y cultural que la actividad ballenera representa, mientras aguardamos el regreso de las ballenas majestuosas a las bahías de Concepción y de Arica.

CAZADORES NORTEAMERICANOS EN EL MAR DEL SUR

«¿Podrá un pueblo que va predominando en un gran Continente, que ha perseguido con ventura el paso del noroeste hacia Asia, que ha alcanzado hasta las islas Falkland en busca de ballenas –se preguntaba, hacia 1780, poco antes del ciclo ballenero en el Pacífico, un escritor norteamericano, en tono desafiante– ser detenido por el Cabo de Hornos o por el Cabo de Buena Esperanza?»

La respuesta llegaría rotunda. La penetración norteamericana en el Pacífico fue pronta e intensa. La impulsaron tres afanes: el comercio de las pieles de nutria para el mercado de Cantón, desde la costa noroeste del Pacífico; la cacería de lobos de mar, en las islas esporádicas de Chile y la caza de la ballena en las costas chilenas y peruanas. Las tres desembocan en el comercio de contrabando del siglo XVIII⁸⁴.

Fueron los ingleses del Londres y de Southampton, sin embargo, los primeros en perseguir las ballenas en el Pacífico. La fragata *Essex*, sin fortuna en las aguas antárticas, traspasa el Cabo de Hornos y recorre las

costas sudamericanas en busca de los cetáceos. Unos meses antes, en un oficio al Almirantazgo, sus armadores señalaban que habían adquirido un buque hermoso para ir más allá del Cabo. “De la suerte de este viaje, sentenciaban, depende el destino de la Pesca en los Mares del Sur Pacífico”. Muchos armadores, en verdad, esperaban ansiosos el resultado de la expedición. Su regreso triunfal, cargada de 139 toneladas de espermaceti, tras 18 meses de ausencia, abrió el camino. Cuando el arpentero Hammond de la *Essex* mató la primera ballena en el Pacífico Sur, entre Iquique y Arica, en 1789, comienza un ciclo de cacería, que duraría un siglo.

La fragata *Beaver*, de 20 toneladas, fue el primer ballenero norteamericano que se adentró en aguas chilenas, en marzo de 1792. Tenía una tripulación de 17 hombres y tres botes de maniobra. El crucero inicial duró 17 meses, sin más tropiezos que una corta detención en el Callao. No hubo víctimas humanas ni tragedias marítimas. Obtuvo 650 barriles de aceite de esperma y su regreso a Nantucket fue sensacional: “todas las colinas y los techos de las casas estaban atestados por los pañetes de la tripulación. Los niños estaban de fiesta”. Pronto le siguieron más de 24

navíos ingleses, 8 de Dunkerque, 6 de Nantucket y uno de New Bedford, tripulados principalmente por norteamericanos. La mayor parte volvió a sus puertos con cargamentos completos. Así, el año 1792 marca la apertura del negocio ballenero, que se transformaría en la primera industria global norteamericana. Las flotas de New Bedford, Londres y Nantucket encabezaron una expansión oceánica, que no se detendría hasta que el Pacífico fue despojado de su riqueza⁸⁵.

El Cabo de Hornos era el primer tropiezo con que se encontraban los navegantes. Impactante por la crudeza de los elementos y por su fuerza simbólica, es frecuente su mención en las bitácoras de los capitanes y en los *sea shanties*, los cantos de los marineros. Constituyó un problema náutico mayor. Los norteamericanos ensayaron diversos sistemas, hasta dominar la ruta con bastante éxito, pues no fueron comunes los naufragios. Solían atravesarlo en los meses de junio a agosto, cuando la meteorología era propicia.

Del Cabo la navegación seguía hacia Chile hasta colocarse en el paralelo de la isla Mocha. Tenía una

84 Eugenio Ferrera Salas, *Los primeros contactos entre Chile y Estados Unidos 1770-1800*, Editorial Andrés Bello, 1971, p. 23.

85 Alexander Starbuck, *History of the American Whale Fishery*, Argosy-Antiquarian Ltd., New York, 1964, tomo I, p. 90.



Plano de la isla Mocha, levantado por Colmanera, en 1804.

había o surgiero aprovechable en la parte norte, la llamada Caleta Inglesa. Según el capitán norteamericano Amasa Delano, que la visitó hacia 1800, fue "famosa entre los balleneros y loberos por sus caballos salvajes y sus puercos. Hay gran abundancia de ellos, y es frecuente ir a cazarlos para obtener provisiones. He comido carne de caballo que era muy sabrosa". Los visitantes norteamericanos introdujeron diversas mejoras en la isla. Levantaron ranchos y cabanías y sembraron hortalizas para procurarse una más variada alimentación. "Ha quedado vibrando en la oídica marinería, dice Pereira, por haber dado su nombre origen a una de las novelas más populares y trascendentes de la literatura universal, el *Moby Dick* de

Herman Melville, cuyo título es en el fondo el nombre de la Mocha"⁸⁶.

La isla Más Afuera, de 84 kms. de extensión, de forma circular, fue utilizada por su fertilidad y la discreción que ofrecía a las operaciones de caza. Allí los loberos norteamericanos fundaron "una especie de república, a la manera de los hermanos de la costa". Aunque la mayor parte de los buques se mantuvo alejada de los puercos, por temor a las represalias españolas, la necesidad del suministro y el interés del contrabando fue desplazando la actividad al litoral. Hasta la independencia, sin embargo, continuó sien-

⁸⁶ Pereira, *op. cit.*, p. 61.

do marginal a las ciudades importantes, como Valparaíso o Concepción.

De la isla Mocha era fácil alcanzar el poblado de Arauco. "Allí se podían obtener refrescos, siempre que el comandante fuera persona tratable", decía el capitán Delano. El puerto de Talcahuano fue el más visitado por los balleneros norteamericanos. Les impresionó el intenso comercio triguero con Lima y comentan el buen vino, las pasas, la fruta y la calidad de las maderas. Los precios eran atraentes y baratos, pero se quejan de que a los extranjeros se le cobraba más por las mercaderías.

El lugar más utilizado por loberos y balleneros fue la isla Santa María, quienes incluso llegaron a habitarla. Se encuentra a escasos 3 kilómetros de la punta Lavapié, en el Golfo de Arauco, frente a Coronel y Lota. Su litoral escarpado y de peligrosos resqueijos, se suaviza en la Bahía de los Ingleses, al este de la



Caballo en la isla Mocha.



58 isla, ofreciendo un seguro refugio. De clima fresco y favorable y bien abastecida, en sus 35 kms. cuadrados, Santa María llegó a ser el verdadero centro de las operaciones cazadoras.

Todos los testigos norteamericanos que frecuentaron su costa celebraban su situación geográfica privilegiada y los recursos que ofrecía. El capitán Edmond Fanning, a bordo de la *Betsy*, estuvo en Santa María y la Mocha en abril de 1800. En la obra relación de su viaje, apunta: "7 de abril de 1801: a las 10 A.M. avistamos la Isla Mocha[...] dos días después, anclamos en la isla de Santa María en la costa de Chile, para obtener leña y agua y secar nuestras pieles. En este lugar encontramos una flota de loberos norteamericanos, cinco navés y una goleta, que nos informaron que más de treinta veleros norteamericanos, empujados en la caza del lobo en esta costa, cuya carga estaba

destinada al mercado chino."⁸⁷ ¡Así fue de masivo este comercio depredador!

La llegada de los *sea-diggers* norteamericanos transformó esta pequeña industria local en una extracción masiva. El ciclo lobero fue corto, una curva violenta de caza y exterminio que agotó rápidamente las reservas animales de las islas chilenas. Hacia la época de la Independencia estaba en plena decadencia, pese a los esfuerzos para localizar nuevas zonas propicias en el extremo austral del continente⁸⁸. Recurramos nuevamente al testimonio leído de Amasa Delano: "cuando los norteamericanos llegaron a este lugar e iniciaron el negocio de matar lobos no hay duda que había 2 ó 3 millones de ellos en la isla. He calculado que más de 3 millones han sido acarreados

⁸⁷ Edmond Fanning, *Hyogo coast discovery*, Collins & Harman, New York, 1833, p. 306.

⁸⁸ Pereira, *op. cit.*, p. 50.

a Cantón en el espacio de siete años. Yo solo he llevado 100.000 y he recalado en la isla cuando había tripulaciones de más de 14 buques o navíos al mismo tiempo matando lobos"⁸⁹.

En 1798 comienza la combinación entre balleneros y loberos. Se empezaron a dejar cuadrillas en las islas de Chile mientras las naves perseguían las ballenas. Es el caso de la fragata *Boiler* de Nantucket, Cap. Kibler, que llegó a Chile en 1801 y partió en abril de Santa María rumbo a Oriente. De Salem salió la fragata *Garret* en 1799 al mando del capitán Obad Wye, el Año Nuevo estaba en las Falkland donde encontraron surta una flota ballenera cruzaron el Cabo y estuvieron en la isla Santa María el 16 de marzo. Desembarcaron en Olive Bay y tuvieron la grata sorpresa de encontrar abundante legumbre en las hortas.⁹⁰ Amasa Delano, *Delano's Hyogo of commerce and discovery*, Berkshire House Publishers, 1904, USA, p. 306.

izas plantadas por sus compatriotas. Entre los buques que penetraron subrepticamente la costa y estuvieron en la isla Santa María pueden mencionarse, además, a modo ejemplar, de *New Bedford*, el *President*, Cap. Plockman, que regresó a su patria con 1.200 barriles de especias; el *Wassah*, cap. Clark, con cargamento completo; *Afrodé*, cap. Paddock, de 202 tns; el *Just*, cap. W. Clark; el *Befford*, cap. Jonathan Barney; *Bibora*, cap. Andrew Gardner; de Nantucket; el *Tyrol*, cap. Simson Starbuck. El *Comoros*, cap. Amaziah Gardner que regresó a Nantucket con 1000 barriles de aceite en 1790. En la obra clásica de Alexander Starbuck se citan muchos más⁹⁰.

Paradigma de los capitanes valientes, exploradores del océano, es Amasa Delano, cuyos *Viajes de Comercio y Descubrimiento* hemos citado. Nacido en 1763 en ~~Massachusetts~~ 90 CH, además, Eugenio Pereira Salas, *Según Norteamericanos en Chile a fines de la era Colonial*, Prensas de la Universidad de Chile, Santiago, 1936.



Isla Santa María, frente a Lota.

Dusbury, tomó parte en operaciones corsarias en el Caribe. Realiza un cruceiro a Oriente embarcando en la nave *Massachusetts*. La más grande y admirada de la flota comercial norteamericana. Se hizo a la vela desde Boston en 1790, rumbo a Java, China y Cantón. Luego de exóticas expediciones en Oriente regresa a Estados Unidos. Prepara entonces su viaje a la costa de Chile y China. Construye un navío pequeño de 300 tns, la fragata *Pescadore*, en 1799. Con 31 hombres de tripulación, realiza su gira lobera el año siguiente, recoge las cuadrillas que tenía distribuidas en las islas y después de 26 días de permanencia en Santa María, se decidió a entrar a Valparaíso. Luego instaló sus operaciones en Santa María y en cinco meses de dura labor acumuló un espléndido cargamento de pieles para llevar a Cantón. Zarpó de la Mocha en agosto de 1801, rumbo a las Galápagos.

Describe la vida de los norteamericanos en Santa María, aportando interesantes datos. En la isla, cuen-

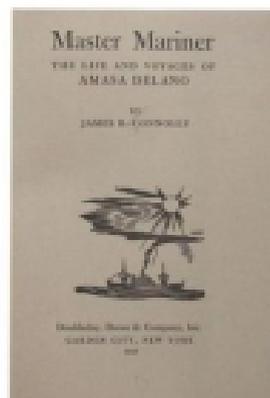


Foto y Viajes de Amasa Delano, por James R. Conolly.



Bahía Inglesa, en isla Santa María.

ta, perseguían a los cerdos cimarrones, similares a los jabalíes por su fuerza. “Está bien provista de ganado cimarrón, con varios tipos de cuadrúpedos. Hay vestigios de fruta y de jardines, manzanos, dos o tres tipos más de árboles y yerbas de jardín: bálsamo, añil, azafrán, menta, arbustos de grosella, pasas; había coles y zapallos, pero destruidos por los cerdos que eran el ganado más numeroso. Luego fueron tan cazados que desaparecieron. Abundan los huevos de gaviotas, chulcos y buen alimento”. Había abundante

pesca. Las pieles eran utilizadas como moneda para las transacciones. El alcohol era caro. No consumían vino en abundancia, más bien aguardiente y pisco. El ron era el trago marino por excelencia. El alta del precio provocaba peleas.

“He visto casas muy apropiadas, donde habita esta gente con comodidad, donde viven varios meses”. En ocasiones, sin embargo, el viento huracanado de los vendavales de invierno echaba por tierra las cabañas y se debía dormir a la intemperie. “Santa María es

también residencia para los que han escapado de las prisiones españolas” (...) “Es un gran lugar de reunión para los barcos ingleses y americanos, pueden obtener leña y agua sin problemas. No es infrecuente ver 10 o 15 barcos americanos e ingleses al ancla”⁹¹. Venian, dice, de los territorios de caza de ballena, de las islas kobereis o de cualquier lugar. “Las ballenas son abundantes aquí en algunas épocas del año, tanto que los barcos pueden cargar aquí su aceite muy convenientemente”.

En 1795, en San Lorenzo, un Tratado de Paz y Amistad es suscrito por los gobiernos de España y los Estados Unidos. Historiadores españoles posteriores condenan al Ministro Godoy y al tratado, pues los asocian al principio del fin del vasto imperio colonial en América. En su artículo 8 disponía que cuando los súbditos y habitantes con sus buques públicos o de guerra particulares o mercantiles, se viesen obligados por una tempestad, para escapar de piratas o enemigos a buscar refugio en algún río o bahía o rada, por cualquiera necesidad urgente, serán recibidos y tratados con humanidad; “gozarán de todo favor, protección o socorro y les será lícito proveerse refrescos, víveres y demás cosas necesarias para su sustento, componer sus buques y continuar su viaje, todo mediante un precio equitativo y no se les impedirá salir cuando les pareciere...”⁹² Dio origen a múltiples interpretaciones y controversias y no facilitó totalmente las cosas para los balleneros. El Ministerio de Estado español, en efecto, aclaró que no estaban cubiertos por el tratado los balleneros “que navegan en aquel

91 Delano, *op. cit.*, 243, 244, 280.

92 Pereira, *op. cit.*, p. 76. Seguimos en esta parte la obra citada de Eugenio Pereira, a menos que se indique otra cosa.

mar con plausible motivo de la pesca de la ballena, que ninguna o muy corta ganancia puede proporcionarles, según el cálculo de hábiles negociantes y por consiguiente que su verdadero objeto es el comercio de contrabando, el cual es muy fácil por la inmensidad de la costa que como por la falta de fuerza en aquellos mares⁹⁴.

Las autoridades mantuvieron una actitud vigilante, para reprimir el contrabando, aunque limitada por sus escasas fuerzas. Revisemos algunos eventos, que grafican la ambigüedad de la actitud oficial. De New Bedford vino la fragata *Maryland*. Había zarpado el 25 de agosto de 1797 y estuvo en Santa María, desde donde envió el espía a buscar provisiones a la costa de Arauco. La lancha fue detenida y enviada al puerto de Talcahuano. El registro minucioso no encontró pruebas condenatorias. La defensa se basó en el tratado de 1795, documento que desconocía el Gobernador y aun el Capitán General Marqués de Avilés. Se le concedió la libertad por prudencia del gobernador quien deploraba que "la falta de correspondencia con nuestra Corte nos tiene ignorantes del estado político de Europa". Poco después fue apresada en Llico, al extremo sur del Golfo y conducida en custodia la fragata *Hudson*, por el teniente Pedro Cortazar. Se le permitió seguir libremente la pesca después de examinarse su documentación⁹⁵. De la isla de Santa María se trajo igualmente a Valparaíso a la *Flota*, cap. Edmund Coffin, de Nantucket. La fragata *Goepus*, en cambio, fue desmantelada en Talcahuano por contrabando.

La fragata *Washington* fue la primera que vino a las islas a la casa de lobos. Estuvo en la bahía de Talcahuano el 4 de mayo de 1801, pues estaba coma de víveres. El gobernador ordenó la más estricta vigilancia por ser sospechosa de contrabando. Le siguieron muchas navas más. Su presencia inquietaba al presidente Luis Muñoz de Guzmán. Por la noticia de la entrada de 16 navios balleneros al puerto de Talcahuano, ordenó el 25 de marzo de 1803 tomar precauciones. "Siempre debemos recelar, dispora, por la constante experiencia de las sorpresas y desiguos de hacer el comercio ilícito". Aunque algunos presentaban averías efectivas y otros casos de escolbato, el contrabando era realmente un problema masivo. El asesor letrado de Concepción Juan Martínez de Rozas, hombre hábiloso, se declaraba incapaz para detenerlo. En comunicación

a Pedro Quijada, informaba: "yo he tomado cuantos arbitrios son imaginables para precaver las introducciones clandestinas y puedo decir a U.S. que no me acuerdo haber estudiado un punto con más empeño, pero yo reconozco de buena fe que todos son inútiles y que tal vez no sirven para otra cosa que para agravar el mal, haciendo o considerando una cortísima excepción"⁹⁶. En el mismo oficio daba cuenta de las especies encontradas en los bodegones allanados y las mercancías halladas en los barriles y grandes pipas bajadas a tierra para la aguada de los balleneros.

Las autoridades coloniales de mayor celo funcionario, no cejan en su empeño. Ambrosio O'Higgins, siendo Gobernador de Chile, trata de evitar que los

94 Archivo Nacional, *Capitanía General*, Vol. 300.



Casa Garcé en caleta Llico, destruida por el terremoto y maremoto de febrero de 2010.

95 Archivo Nacional, *Libro de Órdenes*, Vol. 700, p. 206.

extranjeros ocupen el territorio. Ordena investigar puntos estratégicos de Chiloé, la isla Mocha y Juan Fernández. Un reconocimiento efectuado por el corsario *Bataña*, armado por el Consulado de Lima, lleva al apresamiento de las tripulaciones de algunos balleneros recién llegados de la Mocha.

El mismo Gobernador O'Higgins convoca al gran Parlamento de Negrete, en marzo de 1793. Al encuentro, celebrado en la ribera sur del Bío Bío, frente a su confluencia con el Bureo, asisten los principales caciques, para hablar del cultivo de la tierra, el comercio

recíproco... y los balleneros extranjeros. En la campaña de Negrete, en una ramada levantada al efecto, se reunieron, por el lado español, Ambrosio O'Higgins, el Intendente de Concepción Francisco de Matas Linares, el Decán de la Catedral José Tomás de Rosa, más tarde Obispo de Concepción y cerca de 1.500 soldados de línea y 66 oficiales. Por los indígenas concurren 161 caciques, 16 capitanes, 77 capitanejos y 2.380 mozcotones. Durante tres días se alternaron discursos y banquetes y entre bullicio y algazarras, se acordaron artículos y se juró sumisión al rey de España.

En la ocasión, el Capitán General, hallándose reunidos todos en la ramada, se presentó acompañado de su comitiva y procedió a abrazar a los caciques, como lo indicaba el ritual. Los caciques mapuches y pehuenches de los diversos batallmapus expusieron sus peticiones. A continuación, O'Higgins les manifestó su gozo por cuanto había oído y procedió a proponer otros particulares a los batallmapus, pidiendo su atención. El primer punto era el restablecimiento de los misioneros, ausentados desde los "movimientos" del año de 1760. Por el furor de aquellos tiempos, "dejaron desamparadas las iglesias, y a los párulos en



Talcahuano, en 1838, según Dumont d'Urville.

la ceguera y la ignorancia en que han crecido todos privados del conocimiento de lo que deben a Dios, al Rey y a sí mismos”.

Las misiones eran especialmente necesarias, agrega el Gobernador, en los distritos cercanos a los puertos, “donde pueden desembarcar los enemigos europeos que tienen llenos nuestros mares de embarcaciones destinadas a la pesca de las ballenas, pues los misioneros les advertirán, y darán a conocer la necesidad de no dejarse seducir de estos navegantes ambiciosos, en quienes no encontrarán jamás la caridad, compasión y amor que experimentarían hoy de la piedad de nuestro soberano”⁹⁵. Estas razones se dirigieron especialmente a los caciques del río Imperial, a los de Tirúa, Mocha, a los de Litu Litu y Lebu. Los caciques manifestaron unánime conformidad con estos puntos.

Transcurridos diez años exactos, en un nuevo parlamento celebrado en el mismo campo de Negrete, la preocupación por la llegada de naves extranjeras, a pretexto de la caza de la ballena, resurgió con fuerza. El encuentro, que tuvo lugar el 3, 4 y 5 de Marzo de 1803, fue presidido por Pedro Quijada, Brigadier de los Reales Ejércitos y Comandante del Batallón de Infantería de la frontera, a nombre del Gobernador del Reino de Chile. Aquel se trasladó desde la plaza de Los Ángeles al lugar del campamento con las tropas

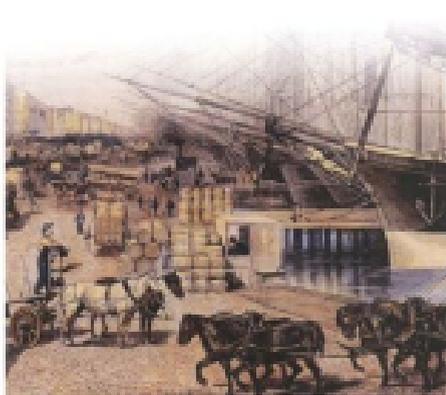
del cuerpo de dragones, artillería y milicias destinadas a su guarnición. “Se le presentó a su arribo el Comisario de Naciones Lengua General y sus Capitanes, expresando estar pronto todos los caciques principales de la tierra para saludarle y recibir sus órdenes”. En las negociaciones, hubo referencias a la guerra con Inglaterra y a la obligación de los indígenas de concurrir a la defensa de los dominios del Rey de España. El artículo sexto del Parlamento habla por sí mismo:

“Que hallándose esta mar llena de embarcaciones extranjeras con pretexto de pescar ballena, se introducen sagazmente en sus costas, como ya sucedió en las de Tirúa en los últimos años durante la guerra con la nación Británica, que no deben permitir de ningún modo el incumplimiento de las ordenes del Rey y también por los graves perjuicios que les resultarían de tratar con unas naciones que solo aspiran a introducirse en sus tierras haciéndose dueños de ellas con destrucción de sus habitames, como ya tiene acreditada la experiencia, añadiendo que para el caso de guerra con cualesquiera nación extranjera, deben por obligación de buenos vasallos concurrir personalmente a la defensa de estos dominios de S.M. siempre que se hallen armados, conforme lo tienen prometido y jurado los cuatro Butalmapus, cuya obligación se les recuerda ahora, a fin de que cuando llegue el caso ocurran armados y bien montados a unirse con las tropas del Rey a las órdenes de sus jefes, y embarazar cualesquiera desembarco que se intente en las costas de este Reino manteniéndose mientras duren estas expediciones, con las raciones que se asiste en tales casos a todas las tropas, cuerpos y milicias de españoles”⁹⁶.

⁹⁵ “Parlamento general celebrado en el campo de Negrete con los Indios de Chile en los días 3, 4 y 5 de marzo de mil ochocientos tres años, presidido por el Señor don Pedro

Esc mismo año, el presidente Luis Muñoz de Guzmán envió al gobernador intendente de Concepción órdenes perentorias “de ocupar la isla de Santa María, para quitar este refugio a los navegantes extranjeros, que han estado haciendo uso de ella durante la guerra”. El 13 de enero de 1803, el capitán Luis Garretón zarpa en una humilde lancha rumbo a la isla. ¡Siete barcos estaban anclados en la bahía, cuando llega, al día siguiente, al puerto Inglés! Garretón puso “bandera parlamentaria”, abordó la primera, la *Sheet*, y congregó los capitanes de los otros navíos. Los intimó

Quijada, Brigadier de los Reales Ejércitos y Comandante del Batallón de Infantería de esta frontera, a nombre del Excmo. Señor Gobernador y Capitán General del Reino de Chile”, *Ibid.*, ps. 92 y 93.



Puerto de New York a principios del siglo XIX.

⁹⁵ “Artículos publicados en el Parlamento General de los Indios de Chile congregados en el campo de Negrete de orden del Muy Ilustre señor Don Ambrosio O’Higgins Valiente en los días 3, 4 y 5 de marzo de 1793”, en: Pablo Marín Quiroga, *Compilador, Protocolos y Testimonio*, Ediciones Escaparaté, Concepción, 2002, ps. 81 y 82.



Comandante norteamericano Josué R. Poinsett.

en nombre del rey a abandonar la isla. Sin resistencia, a pesar de su abrumadora fuerza, se dieron a la vela⁹⁷.

Al año siguiente, el bergantín *Prusso*, comandado por el capitán de fragata José Ignacio Colmenares, recalcó en el puerto sur de la isla Santa María “donde halló una pequeña población de las Provincias Unidas de América, bien provista de carne y gallinas”. Había siete ranchos y un gran almacén, 100 habitantes marineros y 400 pobladores. A pesar de las imperiosas ordenes de Luis de Alava, no pudo transportar la gente necesaria para desalojar y derribar el almacén y los ranchos construidos. Más tarde, con ayuda del Virrey quemaron checos y ocuparon Mocha y Santa María. La más firme disposición, no obstante, sería insuficiente frente a la obstinada determinación de lobos y balleneros.

Junto a su impacto ecológico y comercial, el ciclo ballenero del Pacífico tuvo también para Chile un significado político. Las fragatas norteamericanas, por la palabra o el ejemplo de capitanes y marineros, hicieron propaganda revolucionaria en favor de la libertad política. Hay consenso entre los historiadores –Barros Arana, Vicuña y Amunátegui– para valorar el aporte de los norteamericanos en el proceso de independencia.

Todos los años atravesaban el Cabo las flotillas navieras. Con sus recurrentes viajes, tendieron un verdadero puente entre EE.UU. y nuestro país. Pereira consigna una nómina de 26 capitanes balleneros con más de dos viajes a Chile entre 1792 y 1810⁹⁸. Entregados a un oficio peligroso; debían ser firmes, astu-

tos, valerosos. De su mando dependía una empresa arriesgada. “Profundamente patriotas, dice Reynolds en *Mocha Diab*, fueron el producto natural del entusiasmo de un pueblo libre y del espíritu de temeraria independencia creada por las instituciones libres”. Sus nombres bíblicos demuestran remotos orígenes puritanos y la lectura cotidiana de los libros sagrados. Había Salomones, Eszequías, Benjamines ... y Ahab.

Las relaciones de marinos y tripulantes con los chilenos no fueron fáciles. La distinta idiosincrasia, el idioma y los largos viajes; las diferencias religiosas y políticas, eran factores que complicaban el encuentro con los chilenos. Aun así, muchos individuos, según Barros Arana, atraídos por la benignidad del clima o por una inclinación aventurera, abandonaban su antigua carrera y se establecían en los campos y en las ciudades. Quedaban en tierra, dice el cronista realista Fray Melchor Martínez, con el título de desertores, enfermos, médicos, artistas, etc. Allí se hicieron estimar por su laboriosidad y por su honradez. El mismo cronista resume el peligro que los realistas veían en el ejemplo de la “República Bostonense”: “Esta república que abrió la primera puerta a la libertad americana, y rompió los lazos que la unían a Europa, se ofrece como modelo a estas dilatadas colonias. (...) el comercio clandestino y el permiso de la pesca de ballenas, los introduce en todas las costas, puertos, islas y demás posesiones españolas, dándole ocasión de persuadir a los americanos el floreciente estado y ventajosa situación del país, afincándoles como una ignominiosa esclavitud el gobierno colonial y la sujeción a la Matriz de Europa⁹⁹.”

97 Pereira, “Primeros contactos...”, *op. cit.*, p. 173.

98 *Ibid.*, p. 209.

99 Fr. Melchor Martínez, *Memoria Histórica sobre la Revolución de Chile*, Valparaíso, marzo de 1840, ps. 13 y 14.

El mismo Herman Melville, en su épica novela *Moby-Dick*, demuestra no desdenar el influjo libertario de los balleneros en la rebelión de los dominios españoles: "Fue el ballenero quien primero irrumpió a través de la celosa política de la corona española, tocando en esas colonias; y, si lo permitiera el espacio, añade, se podría demostrar detalladamente cómo gracias a esos balleneros tuvo lugar por fin la liberación de Perú, Chile y Bolivia del yugo de la vieja España, estableciéndose la eterna democracia en aquellas partes"¹⁰⁰.

El inicio de la guerra angloamericana de 1812 encontró a gran parte de las naves en el mar. Habían zarpado esperando que el conflicto no llegara a las armas. Una parte considerable de la flota de Nantucket se hallaba en el Pacífico, en viajes de dos años o más. Al saber de la guerra, muchos volvieron rápidamente, para evitar a los corsarios y ponerse bajo la protección de los cañones de Boston, Newport, New Bedford u otro puerto fortificado. A partir de julio de 1812, llegan noticias de balleneros capturados. La carrera de ballenas prácticamente se detuvo.

Ya antes de la declaración de guerra entre Gran Bretaña y Estados Unidos, los balleneros norteamericanos sufrieron a menudo los actos corsarios de los peruanos, en los puertos chilenos desde acudían a aprovisionarse. La guerra dio a los corsarios peruanos un nuevo pretexto para sus exacciones. Alegaban ser aliados de Inglaterra y que, como tales, estaban autorizados a capturar las naves de cualquier potencia hostil. Habiendo un conflicto bélico desatado en Sudamérica, el gobierno de EE.UU. erró a Chile a

Joel R. Poinsett, de Carolina del Sur, para ver que el comercio norteamericano estuviera adecuadamente protegido¹⁰¹. Nombrado cónsul, desarrolló una estrecha amistad con José Miguel Carrera y fue testigo privilegiado de los hechos de la Patria Vieja.

Las autoridades de Lima despacharon hacia Chile una expedición al mando de Antonio Pareja. Su ejército capturó Concepción y Talcahuano en marzo de 1813. Según Starbuck, en el último puerto había un gran número de naves norteamericanas, muchas balleneras, las que, habiendo reunido su carga de aceite, se hallaban proveyéndose de leña y agua, antes de emprender el viaje de regreso. Se hallaban las naves *Catrina, Moby Ann, Abascoilla, Chilo, John and James, Léna, Léna, Soley, Gardner, President, Percepsone and Atlas*, de Nantucket. Estas habrían quedado detenidas en el puerto por los españoles¹⁰². Habiendo encontrado cerca de \$400 a bordo del *President*, liberaron a su capitán Solomon Folger a tierra, con un guardia y apresaron al resto de la oficialidad y tripulación, "excepto el primer oficial, un piloto y el cocinero".

Cuando supo de esta situación, Poinsett se unió al ejército chileno y según Starbuck, "dirigió sus movimientos". El 13 de mayo se peleó en San Carlos un combate sin resultados decisivos. "Protegido por la

noche, el mismo Poinsett, a la cabeza de 400 hombres escogidos, con tres piezas de artillería ligera, separándose del grueso del ejército, marchó directamente hacia Talcahuano, donde el enemigo se había retirado"¹⁰³. La verdad es que ninguna de las fuentes chilenas consultadas, incluido el *Diario* de José Miguel Carrera, que sigue los eventos día a día, atribuyen tal protagonismo a Poinsett¹⁰⁴. Lo que sí es efectivo es que el puerto fue asaltado el 29 de mayo por las fuerzas encabezadas por Carrera. Los balleneros habían sido liberados y como algunas de las naves tenían sus papeles destruidos, Poinsett les proporcionó certificados consulares y pudieron seguir su ruta.

100 Starbuck, op. cit., p. 94

101 El 27 de mayo, escribe Carrera, "se ensalzó en la plaza mayor (de Concepción) la bandera tricolor con solca de veintidós carbonazos. "Mayo 28 de 1813- Fue a Talcahuano el cónsul Poinsett a reconocimiento, protegido de 40 fusileros a la orden del Capitán Prieto". En la noche se puso en marcha la vanguardia de 700 hombres y la mañana siguiente se trató el combate (*Diario del Buzo General D. José Miguel Carrera* Irujo, Santiago, 1906, tomo I, p. 93).

101 Alexander Starbuck, *History of the American Whale Fishery*, Argosy-Antiquarian Ltd., New York, 1964, p. 92.

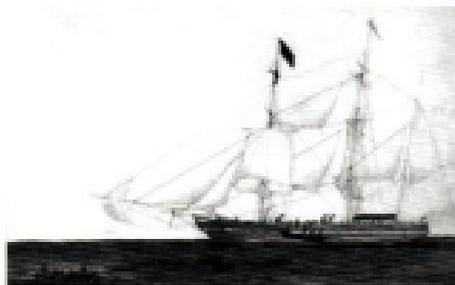
102 Es forzoso indicar que ni el parte de Pareja al Virrey Abascal sobre su operación de desembarco, ni el parte de Carrera sobre la recuperación de Talcahuano señalan la presencia de las naves que menciona Starbuck (Cf. Diego José Berceve, *Poinsett Capturado en la Guerra de la Independencia de Chile*, Imprenta Nacional, Santiago, 1967, y el *Atisno Arcaico*, 13 de junio de 1813).



100 Herman Melville, *Moby-Dick*, Editorial Planeta, Madrid, 2000, p. 135.



Página del diario de viaje de Rowdolphus W. Dexter, el ballenero CAA, de New Bedford, en 1836-1840. Kenndal Collection, New Bedford Whaling Museum.



Amigo Ballenero.

En los años de la Independencia, son numerosos los testimonios de la presencia norteamericana en las costas de Chile. Así, John F. Coffin llega a la isla Santa María el 23 de agosto de 1817 en el bergantín *Cassia*, despachado a Chile desde Boston, Estados Unidos, con un cargamento de fustes y paños militares, que fue confiscado por las autoridades realistas. Coffin estuvo preso en Concepción hasta que esta ciudad fue ocupada por Freire, en febrero de 1819, según explica Medina, traductor e impresor de la primera edición chilena del libro. Su relato aclara que la guerra no detuvo a los balleneros:

“En unos cuantos minutos desembarcamos sin novedad en la playa, y por primera vez, después de más de ochenta días, pisámos tierra. La isla respondía en un todo a las ideas que de ella nos habíamos formado viéndola desde lejos. Cerca de las cubiertas de la playa encontramos el esqueleto de una ballena y una porción de objetos de uso doméstico en algunos de los cuales se leía “Ship N. America, Philadelphia, Jan. 7. 1817”, que fueron probablemente del último

buque norteamericano cuya tripulación había estado allí¹⁰⁵.

Durante la Guerra a Muerte, época violenta que tuvo a la actual Región del Bío Bío por principal escenario, que se inicia tras la huida al sur de los derrotados de Maipú, balleneros y loberos ingleses y norteamericanos sufrieron también sus estragos. Sin noticias del estado de guerra, acudían a la isla Santa María y al cercano Arauco. Allí encontraban abrigo para las naves y agua, leña y abundante pesca. Según Vicuña Mackenna, la isla les evitaba la molesta vigilancia de las autoridades y ofrecía todavía una ventaja adicional: no daba ocasión de fuga a la caudada marinería¹⁰⁶.

En el otoño de 1821, fue la fragata inglesa *Presence* la primera en recalar en la isla. Descubierta su presencia, el guerrillero Vicente Benavides resolvió apoderarse de ella. En cuatro horas con cincuenta hombres, en una maniobra nocturna, capturó la nave, mató a varios tripulantes y la condujo hasta la localidad de Tubal, donde fue varada. Allí la fragata fue saqueada y su capitán William Clark, el piloto y tres marineros, asesinados¹⁰⁷.

Unas semanas después, en los primeros días de mayo, el bergantín norteamericano *Brosia* llega a la isla Santa María, a continuar sus operaciones de caza. Venía de las islas Shetland, con un cargamento de once mil cueros de lobo. Cuando la tripulación bajó

¹⁰⁵ John F. Coffin, *Diario de un joven norteamericano detenido en Chile*, Imprenta Elzeviriana, Santiago, 1838, ps. 42 y 43.

¹⁰⁶ Benjamín Vicuña Mackenna, *La Guerra a Muerte*, Imprenta Nacional, Santiago, 1868, 1ª edición, ps. 302-303.

¹⁰⁷ Ídem, p. 303.



Historia de la Industria Ballenera Norteamericana, de Alexander Starbuck.



Caleta de Talcahuano.

a tierra, los guerrilleros cayeron sobre ellos haciendo descargas de fusilería. Tomaron luego posesión del buque y se dirigieron a Arauco¹⁰⁸. La siguiente presa sería el bergantín norteamericano *Hess*. Fue sorprendido al ancla con un rico cargamento de víveres y tejidos. En un golpe de suerte, algunos tripulantes lograron liberarlo y escapar. Quedaba atrás, por desgracia, el capitán y su pequeño hijo¹⁰⁹. Ambos fueron asesi-

nados en represalia, por los sanguinarios montoneros.

Para la década de 1830, superados los momentos más críticos de la anarquía y la guerra civil, el movimiento de barcos ya es muy intenso. El año 1834 entraron al puerto de Talcahuano 150 barcos. De estos, 54 son balleneros norteamericanos; 8, balleneros ingleses y 7 franceses, con un total de 96 marinos extranjeros. *El Faro del Bío Bío*, el primer periódico penquista, registra este movimiento comercial y comenta: “es significativo el número de balleneros que recalán en Talcahuano procedentes de sus lugares de pesca, con el objeto de refrescar su gente y víveres. Todos

manifiestan transportar barriles de aceite de ballena. La tripulación por barco oscila entre veinte y treinta y dos hombres, alcanzando al año a unos mil quinientos marineros de habla inglesa y francesa que pasan por Talcahuano y Concepción¹¹⁰. La mayoría procedía de New Bedford y Nantucket. Su tonelaje era variable, entre 130 y 450 toneladas. Entre los buques declarados como en viaje de regreso, los hubo hasta con cuarenta y un meses ya transcurridos para la respectiva campaña¹¹¹.

108 *El Faro del Bío Bío*, n° 12, 1034.

109 Ernesto Greve, “La Vida Marítima en su relación con

108 Basil Hall, *Extracts from a Journal, written on the coast of Chile, Peru, and Mexico, in the years 1826, 1827, 1828*, Archibald Colquhoun, Edinburgh, 1825, ps. 323 y 326.

109 Vicuña Mackenna, *op. cit.*, p. 506.



Explorador francés Jules Sébastien Dumont d'Urville (1790-1842).

Hacia 1827 comienzan a aparecer balleneros franceses en las costas de Chile, en busca del Cachalote. Para su aprovisionamiento recalán en Talcahuano. Sus navíos son de de mayor tonelaje que sus homónimos norteamericanos¹¹². Su presencia en la zona se extendió, en forma intermitente, hasta 1840, según

la pesca y caza", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, op. cit., p. 312.

112 Luis Salas González, *Antecedentes Históricos sobre la abundancia y variaciones de jilinos en el Centro-Sur Chileno*, en: http://www.cinpoesa.cl/ARTICULOS_archivos/ARTICULO2.htm

de los desplazamientos del cachalote hacia la lejana Nueva Zelanda, en busca de jilinos y calamares. Viajaban armados de cañones, por temor a un ataque en el Atlántico. Traían, además, numerosos toneles para el aceite, tinajas de cobre, calderos de hierro y lanchas que le servían para la caza del cetáceo. También víveres, licores y ropas para dos años, que era lo que solía durar el viaje¹¹³.

El navegante francés Dumont d'Urville, que estuvo en Talcahuano en 1838, entrega un significativo testimonio de la presencia de los balleneros franceses en la zona. Recorre las ruinas de Penco, la Quiriquina y se interna en Aruco, en busca del sabio Lesois¹¹⁴. En la bahía de San Vicente, se produce su encuentro con las naves galas. Decidió a dibujar desde la cima de las colinas gemelas que se sitúan al extremo de la playa de Lengua, Dumont d'Urville atraviesa a nado el estuario. De pronto, al doblar una punta, emergen tres navíos franceses, que estaban perfectamente anclados, en un mar calmó como un espejo. Los capitanes le cedieron sus botes y pronto estaban a bordo del *Résés*, en el cual se ferenaba ágilmente una ballena, adosada al costado de la nave¹¹⁵.

Hallándose sobre la cima de la colina, un nuevo ballenero francés llega a anclar en la rada. Es la fragata de tres mástiles *l'Oron*, de Nantes, de 350 toneladas, *Captán Coste*. Cargado ya de 1.300 barriles de aceite, sólo se detiene en Concepción para dejar a su

113 Eduardo Moreno Espinoza, *El Libro de Oro de Talcahuano*, Concepción, 1964, ps. 177-181.

114 Cf., Armando Carlos Montory, *Franceses en el país del Bío Bío*, Imprenta Trama, Talcahuano, 2004, p. 211.

115 Dumont d'Urville, M.J., *Voyage dans le Pólo Sud et l'Océanie*, Giclé Editeur, Paris, 1842, ps. 25 y 26.

segundo, quien se había quebrado una costilla. En los mismos días, en fin, anclaba en la Quiriquina el *Ville-de-Boréas*, considerado por d'Urville "el más bello de los balleneros franceses en la mar"¹¹⁶.

Un evento prodigioso y terrible, que tuvo por epícentro la costa cercana a Concepción, fue el terremoto y maremoto de 20 de febrero de 1835, llamado "La Ruina". A los pocos días llega a la bahía de Concepción Robert Fitz Roy, quien comandaba la expedición inglesa de levantamiento hidrográfico. Con él, venía el naturalista Charles Darwin. Cuando las fragatas *Adelbert* y *Beagle* fundearon en la bahía, recogieron diversos testimonios del sismo. Los balleneros norteamericanos fueron sus más afortunados protagonistas.

En su relación del episodio, Fitzroy comenta que el mar en tres ocasiones batió la villa de Talcahuano. La tercera ola fue la más poderosa: "Bramando al chocar con fuerza irresistible con cuanto obstáculo se le oponía -destructora y fatal- a lo largo de la costa. Retirándose luego velozmente, como rechazada por el pie de los cerros, arrastró al retirarse tal cantidad de efectos domésticos, cerros, muebles y otros, que una vez pasado el cataclismo, el mar parecía cubierto de restos naufrages". Sorprendentemente, los buques escaparon a la destrucción. "Había tres grandes balleneros, una barca, dos bergantines y una goleta, muy cerca de la ciudad, en profundidades de 4 a 7 brazas. "El capitán del puerto, don Pedro Delano, se hallaba en ese momento a bordo de uno de los balleneros, trincadas las escotillas y armadas las portas corredizas. Todo el mundo se trepó en salvo a la jarcia. La primera ola grande llegó sin romper a la popa del buque, allí rompió y lo levantó sin causarle daño

116 *Ibid.*, p. 31

material alguno, fuera de barrer sus cubiertas; la cadena en banda, arrastrando sobre el barro, detuvo el barco gradualmente al amortiguarse el primer impetu de la ola. El agua se precipitó luego de nuevo hacia el mar haciendo girar el buque y dejándolo varar casi en su posición primitiva¹¹⁷. Muchos barcos, principalmente balleneros, “se apartaron de la costa antes que se retirara el mar; algunos encontraron las olas entrantes antes de que rompieran y las remontaron sin dificultad; otros, semianegados, se abrieron paso entre la rompiente”.

En las décadas siguientes se mantiene el flujo de barcos balleneros, aumentando su número y sus efectos positivos en la economía regional. Así lo corrobora otro periódico peruano, *El Comercio del Sur*, en 1855: “la concurrencia de barcos balleneros en el puerto de Talcahuano ha sido una de las principales causas de su progreso y las franquicias concedidas por el Reglamento de Aduanas, aumentará el número de balleneros que encuentran víveres baratos, una bahía segura, facilidades para el depósito y transbordo de sus aceites y un mercado libre de derechos de internación para muchos de sus artículos”¹¹⁸.

Para 1850, Talcahuano era ya el gran puerto ballenero del Pacífico¹¹⁹. Algunos barcos recalaban para



Desembarcadora del Bichio, desde las alturas de la Bahía de San Vicente, Ernesto Goupil, mayo de 1838. Colección Germán Vergara Domoso.

reparar sus fondos y dar descanso a la tripulación, tras el extenuante cruce del Estrecho; otros se aprovisionaban, antes de emprender el largo viaje de regreso. A uno de éstos se encuentra Vicente Pérez Rosales, cuando se dirige a California, en su conocida aventura aurífera. El autor de *Recuerdo del Pasado* había zarpado de Valparaíso el 20 de diciembre de 1848, embarcado en la barca francesa *Stahel*. Para el 19 de enero, “una monotonía desesperadora y un calor sofocador” ator-

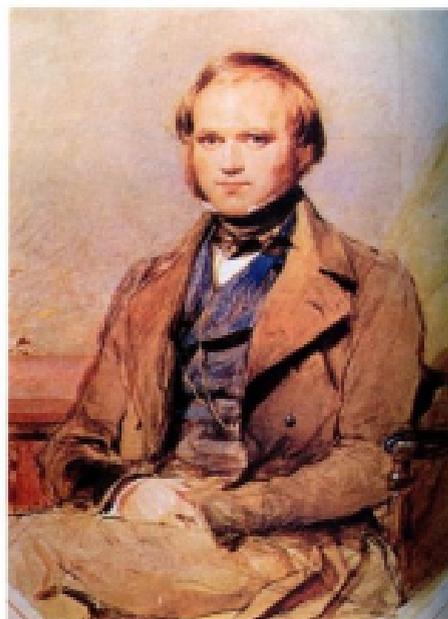
mentan a los viajeros, ya cercanos al Ecuador¹²⁰. Al día siguiente, la voz de “buque a la vista” contenta a los viajeros. Es el ballenero norteamericano *Asencia*, capitaneado por John Perkins, que planea recalcar en Talcahuano, antes de proseguir su viaje al Norte, por el Cabo de Hornos. Invitado a cenar, el capitán se refiere a los asperezas de su viaje: “Esta es la primera vez, señores, después de treinta y nueve meses que navego sin desembarcar, que como en una mesa de tanto lujo...

120 Vicente Pérez Rosales, *Recuerdo del Pasado*, Empresa Editora Zig-Zag S.A., Santiago, 1949, p. 266.

117 Robert Fitz Roy, *Ujía de los navegantes de los buques de S. M. “Beagle” y “Porpoise” en los años 1826 a 1830*, Londres, 1839, edición española de 1933, tomo IV, ps. 499 y 500.

118 N° 488, citado en: Arnoldo Pacheco, *Economía y sociedad de Concepción, siglo XIX*. Ediciones Universidad de Concepción, 2005, ps. 34 y 35.

119 “Talcahuano was the great whaling port in former years, and the money left by the whalers at that place was a very important item for the town”, “*Quito side*”, “*Old Ti-*



Charles Darwin, por George Richmond (óleo).

galleta apollada, dura y negra, y mala carne salada, han sido más más delicados alimentos, desde que me separé de mi mujer y de mis hijos¹⁷.

Los norteamericanos, en Talcahuano, se encontraban con sus mismos compatriotas, que se encargaban del aprovisionamiento. El cónsul de Estados Unidos, Mr. Delano, había levantado su casa en un cerro cercano; desde allí enarbolaba su enseña nacional. El alemán Paul Treutler, quien residió en Chile entre 1851 y 1863, describe así su visita al puerto: "La navegación a través de la bahía duró sólo media hora, y llegamos a Talcahuano, situado a 36°42' de Lat. S. y 75° 16' de Long. O., donde el vapor se detuvo algunas horas, lo que nos permitió ir a tierra. Talcahuano contaba unos 5.000 habitantes, era la principal estación de los cazadores norteamericanos de ballenas en la costa occidental de la América del Sur, y había por este motivo a lo largo de la calle principal, que corre paralela a la playa, numerosos negocios norteamericanos de proveedores de buques, albergues de marineros, incontables bodegas de vino y cantinas y casas dedicadas a la prostitución¹⁸". Comenta que, antes, Gran Bretaña enviaba también sus buques balleneros y en 1830 había 91 surcando los mares vecinos, "pero ahora eran principalmente de nacionalidad norteamericana. Cazaban a menado animales de 20 metros de largo, que suministraban, además de otros productos, hasta 5 ó 6.000 galones de aceite.¹⁹"

La belleza y seguridad de la bahía es celebrada por todos los viajeros. La descripción de Treutler es especialmente evocadora, por lo que no nos resistimos a transcribirla: "Justamente frente a nosotros se en-

¹⁷ Paul Treutler, *Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863*, Editorial del Pacífico S.A., ps. 275 y 276



Ruinas de Concepción, tras terremoto de 1835. Dibujo de Weidmann.

contraba la próxima meta de nuestro viaje, la ciudad de Talcahuano, situada románticamente en un faldeo, con antiguas fortificaciones españolas al sur de la bahía a la cual dio su nombre. A mano derecha, hacia el Oeste, surgía del mar la isla Quiriquina, resguardando el puerto propiamente tal y de cuyas serranías cubiertas por selvas vírgenes, caen cristalinos arroyos, formando cascadas sobre las rocas. En las laderas saltaban grupos de cabros cimarrones, los lobos marinos se agrupaban en gran número sobre las rocas, bandadas de choroyes giraban con gran bullicio alrededor de las plantaciones de manzanos e incalculables cantidades de gaviotas y otras aves marinas, graznando fuertemente, volaban en torno al barco. Este escenario adquiría mayor movimiento aún con las blancas embarcaciones de los pescadores que, en gran número, cruzaban el puerto y cuyas velas, iluminadas por el sol, destacaban brillantemente en el horizonte, y por una pareja de ballenas que se había aventurado hasta el puerto, donde lanzaban al aire grandes chorros de agua²⁰.

De la edad de oro de los balleneros norteamericanos en el Pacífico Sur, que corresponde a mediados del siglo XIX, quedó registro en una nutrida literatura ballenera. Es valioso, además, el recuerdo artístico de la música y la letra de sus canciones nostálgicas. Son los llamados *sea-shanties*, ritmos de trabajo que se comparan con las baladas inglesas e irlandesas, con los cantos negros y con los modos orientales. En ellos viven sus amores, leyendas y aventuras. Sus canciones nostálgicas hablaban de lugares exóticos, como Río, Callao o Valparaíso y, por supuesto, el Cabo de Hornos; de las costumbres y también de las mujeres del país. Los cantos murieron con los últimos veleros del mundo, del nitrato, del carbón inglés y los trigos australianos¹²².

A las mujeres del puerto se refiere la canción *Tel-caboso giró*. Es una pegajosa melodía, que parodia el

shanty inglés *Spanish Ladies*¹²³. Este describe los puntos avistados en el paso del Canal de la Mancha. Los balleneros del Pacífico lo recrearon con el coro: "We'll rant and we'll roar like true true-born young whaler-men". Menciona Talcahuano y la península contigua de "Tumbes" (Tumbes). La misma melodía, adaptada en el Atlántico Norte, habla de los *True Newfoundlanders*, para relatar los amores de un joven pescador. Incluso existe una versión australiana, donde las *Spanish Ladies* son reemplazadas por las *Brisbane Ladies*¹²⁴.

122 Agradecemos al investigador Luis Sabos, que me señaló su existencia.

124 La versión de Newfoundland se le atribuye a Henry W. LeMessurier, ministro delegado de aduanas en St. John's. La habría compuesto cerca de 1873. James Murphy la imprimió como "The Ryan and the Pittman" en sus *Old Songs of Newfoundland* en 1912, y Gerald S. Doyle la incluyó en su obra *Old Time Songs and Poetry of Newfoundland* en 1927. (Encyclopedia of music in Canada <http://www.canadianencyclopedia.ca/index.cfm?PgNum=TCE&Param=11&RTU=0003663>)

123 Pereda, *op. cit.*, p. 209.



Capitán Robert Fitz-Roy, por Francis Lane (1866).

Establecimiento ballenero en la isla Quiriquina, dibujo de Luis Lebreton, 1838. Colección Armando Braun Menéndez, Universidad de Chile.

Telohuano girls ha sido grabada muchas veces¹²⁵. Con ligeras variaciones, su letra es la siguiente, en la versión de A. L. Lloyd:

TELCHUANOS GIRLS

*We'll rest and we'll rear like true-born young whalers
We'll rest and we'll rear on deck and below
Until we see bottom inside the ten stokers
And straight up the channel to Hanco we'll go*

*I was in Telohuano last year in a whaler
I bought some gold bracelets for the girls in the Bay
I bought me a pipe and they called it a waccaran
And it smoked like butter on a hot shiny day*

*I went to a dance one night in old Tumbuc
There was plenty of girls there as fine as you'd wish
There was one pretty maiden a-chewing tobacco
Just like a young kitten a-chewing fresh fish*

*Here's a health to the girls of old Telohuano
A health to the maidens of far-off Maui
And let you be merry, don't be wretchedly
I can't marry you all, or in shaloy I'd be*

*Oh I've been a sea-cook, and I've been a clipperman
I can sing, I can dance, I can walk the jib-boom
I can handle a harpoon and cut a fine figure
Whenever I get in a boat's standing room*

Los barcos balleneros debían ser navíos especialmente preparadas para largos viajes; muy marineras para enfrentar diferentes climas y condiciones.

¹²⁵ V. gr. Robin y Barry Dransfield en el álbum *Up to us: a History of Robin & Barry Dransfield* y por los Spirit Boys en el álbum *Chants de Marins de l'Irlande au Pacifique*.



Bahía de San Vicente, 1838. Colección Armando Braun Menéndez, Universidad de Chile.

Debían ser adecuadas, además, para la actividad de factoría que se realizaba en su interior. Normalmente desplazaban 300 o 400 toneladas, aunque la más grande de los balleneros norteamericanos, el *Atlántic*, alcanzó las 700 toneladas. Les había mucho más pequeños, para maniobrar con agilidad en los campos helados del Norte. Hoy sólo subsiste a flote un ballenero de madera, el *Charles H. Mages*, en el Museo de Mystic Seaport, donde tuvimos oportunidad de visitarlo, como último representante de la gran flota ballenera norteamericana. Su historia ilustra la saga de tantos otros.

Un día de julio de 1841 se desdizó por las rampas del asillero de los hermanos Hillman, a las plácidas aguas del río Acushnet, en New Bedford, "en presencia de la mitad del pueblo y muchas damas". Habría de completar una activa carrera de 37 viajes en 80 años. Cuando fue lanzado, Florida era un territorio, Texas una república independiente y California pertenecía a México. En sus travesías hubo motines, incendios y mil peripecias por los siete mares y, sobre todo, largas jornadas de caza, que terminaba reducida a barriles en los bostegos del buque¹²⁶.

¹²⁶ Leavitt, John F., *The Charles H. Mages*, Mystic Seaport

En Talcahuano estuvo a lo menos en dos ocasiones. Durante su sexto viaje, iniciado en octubre de 1859, bajo el mando del capitán James A. Hamilton, de 52 años. Este se había casado hacía pocos meses, pero que no vería a su esposa en los 3 años 7 meses que duró la navegación. El barco pasó el Cabo de Hornos a fines de enero de 1860 y ancló en Talcahuano el 21 de febrero. Había que aprovisionar la nave y darle tiempo a la tripulación para bajar a tierra. Nueve marineros decidieron desertar y el barco partió luego lentamente hacia el norte, por la falta de viento. Recorrería Honolulu y el mar de Okhotsk, al norte de Japón, antes de volver a New Bedford.

En un viaje posterior, rodeó el Cabo de Hornos el 27 de noviembre de 1867 y pasó los primeros meses del año siguiente frente a la costa chilena. De ahí se dirigió a las islas Marquesas, Tahití, Nueva Zelanda y antes del año Nuevo de 1870, se encontraba nuevamente en Chile. Uno de los reclutados en este viaje fue el arponero John E. D. Smith, que se unió a la expedición en Talcahuano, en julio de 1868¹²⁷. Durante los siguientes 23 años hizo 7 viajes en el *Morgan*, hasta su retiro en 1891, a los 61 años de edad. Durante su carrera como carpintero, tonelero y bodeguero del *Morgan*, acumuló más millas náuticas en la nave que ningún otro individuo.

El ciclo ballenero del Pacífico mantuvo su curva ascendente entre 1790 y 1850. Dos décadas más tarde, mostraba signos de decadencia. Así, en enero de 1869, el periódico *El Corvo del Sur*, sostenía: "El puerto de Talcahuano se encuentra hoy día muy pobre, y es urgente que se tome alguna medida para detener



El autor a bordo del *Charles De Morgan*. Fotografía Duane Figueroa Hernández.

su marca decadente. Lo que nosotros pedimos en su favor es la concesión de un estímulo a la concurrencia de los buques balleneros, única causa que pueda promover su prosperidad y adelanto. Los buques balleneros no deberían pagar derechos de puertos, ni de anclaje ni toneladas, sino que deberían permitirles que entren y salgan libremente, aún en el caso de que quieran vender parte de su carga a cuenta de artículos que necesitan"¹²⁸.

La verdad es que ya nada podía detener el ocaso de la actividad ballenera norteamericana en el Pacífico Sur. Mientras perduró representó una etapa de

violenta exploración, que produjo avances para la navegación y la geografía, por el descubrimiento de cientos de islas. Tuvo desiguales consecuencias políticas, ecológicas y comerciales. Sus efectos concretos fueron los crecientes contactos norteamericanos con los nacientes estados latinoamericanos de Brasil, Argentina, Chile, Ecuador y Perú. Para el puerto de Talcahuano, significó un breve período de auge, que luego se extinguiría, prácticamente sin dejar rastro.

Museum, Inc. Mystic, Connecticut, USA, 1998, p. 33.

127 Ídem, p. 44.

128 Citado en: Guillermo Valdés Muñoz, *Seminario Histórico de Geografía, 1869-1870*, Universidad de Concepción, 1970, p. 123.

LA LITERATURA BALLENERA: MOBY DICK

La saga de los balleneros, mezcla de rentable oficio e intrépida aventura, produjo una nutrida literatura. Fue alimentada por bitácoras de capitanes, crónicas y relatos de viajes a regiones exóticas, que unían la realidad y la fantasía. Hacia 1850, la edad dorada de la industria, los hechos de los yankees, en mares remotos, excitaban la imaginación de un joven país. Falta todavía, sin embargo, la gran novela romántica, que tuviera a la casa de cetáceos como eje temático. Hasta que apareció *Moby Dick*, la obra maestra de Herman Melville.

En su época fue poco apreciada, para frustración de su autor. "En Estados Unidos, dice José María Valverde, la canonización de *Moby Dick* fue tardía y peculiar. La obra, que apenas se leyó en su tiempo, fue redescubierta en los "locos años veinte"¹²⁰. Se transformó en la gran novela nacional, que galvanizó el espíritu de emprendimiento que caracterizaba al país. Cuenta la historia de la gran ballena blanca, cuya furiosa estampa ya era una leyenda entre los balleneros, que la llamaban Mocho Dick. A decir verdad, se trata

¹²⁰ Herman Melville, *Moby Dick*, Editorial Planeta, Madrid, 2000, 1982, p. x.

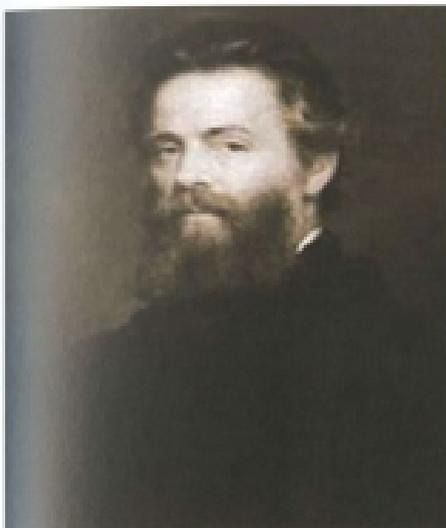
de un cachalote (en inglés, de todos modos, "whale") y su cacería fue la mortal obsesión del capitán Ahab.

La historia de la persecución de una ballena, que parece no ofrecer novedad, bajo la pluma de Melville adquiere un sentido profundo. Se transforma en una lucha de contenido poético y moral. El salvaje deseo de venganza que impulsa al Capitán del *Pygod*, rutilante por la pérdida de una pierna en las mandíbulas del cetáceo, le lleva a identificarlo con el espíritu del mal. La novela, cargada de simbolismos e ironías, admite diversas lecturas. Es una extraordinaria mezcla de vivas aventuras, descripciones detalladas, personajes muy reales y un extraño humor¹²¹. Es un libro extenso, en que el suspense aumenta, hasta que finalmente se produce el combate homérico entre *Moby Dick* y su incansable perseguidor. La formidable lucha entre el hombre y las oscuras fuerzas del destino que la novela representa la han convertido en una de las grandes novelas marinas del mundo.

¹²¹ *The Cambridge History of English and American Literature* in 18 Volumes (1907-21), VOLUME XV, Colonial and Revolutionary Literature; Early National Literature, Part I, VII, Fiction II, § 24, *Moby Dick*.

Su autor Herman Melville, nació en 1819 en Nueva York. Era de familia ilustre de Boston, zona que fue el corazón del florecimiento cultural conocido como el "Siglo de Oro" de la literatura norteamericana. Es la época de escritores como Edgar Allan Poe y Mark Twain, pero también de Thoreau, Emerson y Nathaniel Hawthorne, a quien Melville admiraba y dedicó su *Moby Dick*. Durante esos años, hubo una expansión hacia el oeste, atraída por la fiebre del oro, que impulsó las líneas ferroviarias hacia el Pacífico. En apenas treinta años, de 1830 a 1860, la población norteamericana pasó de 10 a 30 millones, estimulada por la inmigración.

Melville quedó huérfano aun joven. Se embarcó como grumete hasta Liverpool. Luego, en 1841, navegó por el Pacífico en el ballenero *Acaboo*. No se detuvo en Chile, pero sí en Lima, ciudad a la que se refiere en *Moby Dick*. Desertó en las islas Marquesas; allí pasó a otro ballenero, tomando parte en un motín, por lo que fue desembarcado en Haití. Vivió a su patria en una fragata militar. Todas estas aventuras y otras ajenas, se reflejarían en sus novelas.



Herman Melville, 1870. Pintura de J.C. Eaton.

Luego del *Moby-Dick*, escribió otras novelas —*Pierre* (1852), *Israel Potter* (1855), *The Typee* (1857)— sin alcanzar el éxito. Su obra cumbre parecía haberlo agotado. Con los años, aumentaron sus angustias metafísicas, según su amigo Hawthorne, sobre una vida posterior. Escribió aún algunos poemas y dio conferencias sobre los Mares del Sur, por muchas ciudades de Estados Unidos y Canadá. Visitó Europa y Palestina. De vuelta en Nueva York, obtuvo un puesto en la Administración de Aduanas, en 1866, que renegó por veinte años. Llevaba una existencia retirada, casi reclusa, cuando le sorprendió la muerte, el 28 de septiembre de 1891.

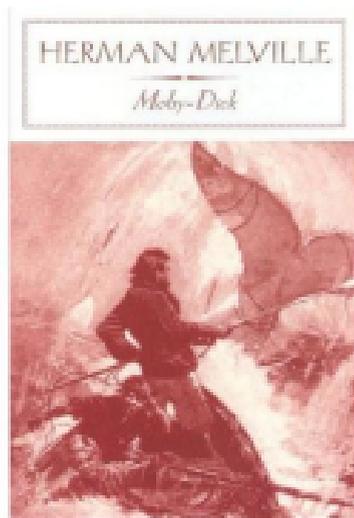
La novela fue publicada por primera vez en Londres, en octubre de 1851, por Richard Bentley, en tres abreviados volúmenes, titulados *La ballena* ("The Whale"). El mismo año, apareció en Nueva York en un solo volumen, por Harper and Brothers, as "Moby-Dick"; o, "The Whale". Aunque obtuvo negativas críticas iniciales, hoy se le considera una de las novelas mayores de la lengua inglesa. Ya son innumerables las reimpresiones, adaptaciones al cine, teatro o historietas que se registran¹³¹. En todo caso, gran parte de la popularidad de *Moby-Dick* arrancó luego de la versión cinematográfica, realizada en 1960 por John Huston, con Gregory Peck como protagonista. La adaptación y el guión fueron obra de Ray Bradbury, entonces un joven autor de ciencia ficción, recién descubierta por Hollywood¹³².

¹³¹ La Enciclopedia abierta Wikipedia, bajo la entrada *Moby-Dick*, registra más de 30 referencias directas e indirectas a la obra, en todos los géneros artísticos o literarios. Cfr. http://en.wikipedia.org/wiki/Moby-Dick#_note-08_note-0 (consultado en abril 2007).

¹³² Camilo Taulic, "Moby-Dick, la ballena rapusche", *La Nación* Domingo, 25 de septiembre de 2005.

La frase inicial de la novela es quizás la más famosa de la literatura norteamericana: "Llamadme Ismael. Hace unos años —no importa cuánto hace exactamente—, teniendo poco o ningún dinero en el bolsillo, y nada en particular que me interesara en tierra, pensé que me iría a navegar un poco por ahí, para ver la parte acústica del mundo."

Dos sucesos reales seguramente sugestionaron a Melville. Inspiraron sendas publicaciones, a que nos referiremos. Una fue el hundimiento del ballenero *Essex* de Narmack, en 1820, en medio del Pacífico, a 3.700

Portada del *Moby-Dick*, por Herman Melville.

At Court Agency Salina
 I hereby certify that Valentine
 Pease & Master of the weather bound ship
 personally appeared before & declared
 that David Smith, Master from the Ship
 at Santa June 30th 1841 - Richard S. Owen
 & Herman Hallwick, Master at Natchua
 July 9th 1842. John Wright at Natchua Apr
 18th 1842. Martin Brown at Coosopora
 Sept 20th 1842 & Jim Crossman Master at
 Salango Dec 3rd 1843 - I also certify that
 Moby Dick was Master at this Port May
 28th 1848
 Given under my hand &
 seal this 2^d May of year 1848
 Jas Stewart
 Not. & Court Agt

Orden de arresto de siete marineros por descripción del barco ballenero *Assabet*, que incluye a Herman Mabile, New Bedford Whaling Museum.

kilómetros de la costa de Ecuador, luego de ser embalsado por un cachalote. El relato del oficial Owen Chase, uno de los ocho sobrevivientes, impresionó gravemente al autor de *Moby Dick*. Hubo también un verdadero cachalote albino, conocido como "Mocha Dick", que habitaba cerca de la isla Mocha, frente a la costa sur de la Región del Bio Bio. La novela homónima de Jeremiah N. Reynolds, publicada en 1839, es considerada fuente del libro mayor de Melville. Al igual que Moby Dick, el cachalote mochino atacaba "con premeditada ferocidad" y llevaba en su lomo decenas de arpones. ¿Por qué "Moby" y no

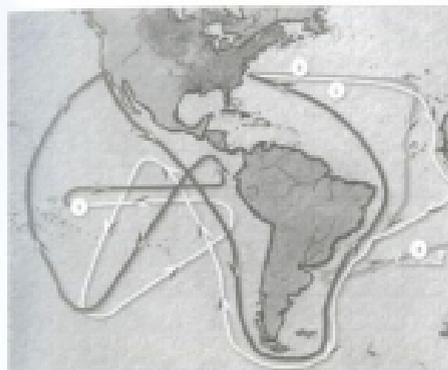
"Mocha" Dick entonces? Se ha sugerido que el último nombre proviene de Dick Toby, el apodo familiar de Richard Tobias Green, un viejo marinero de los Mares del Sur, a quien Melville conoció en 1846.

El elemento más importante, en todo caso, en su visión de la vida ballenera, fue su propia experiencia de marino. En particular su viaje en el ballenero *Assabet* en 1841 y 1842. Parece ser el mismo Melville quien habla por boca de Ismael, cuando señala: "Metí una carra o dos en mi viejo saco de marino, me lo encasé bajo el brazo, y zarapé para el Cabo de Hornos y el Pacífico"¹³³. Su popular novela *Typee* y su secuela *Omoo*, dan cuenta de esos viajes. La descripción que hace de Nantucket o de New Bedford, además, capital mundial del negocio ballenero, muestra que bien conocía esos parajes y su lógica implacable: "New Bedford se elevaba en calles escalonadas, con sus árboles cubiertos de nieve destellando todos en el aire claro y frío. Grandes cerros y montañas de barriles sobre barriles se agolpaban en los muelles, y los barcos balleneros, que recorrían el mundo, estaban uno junto a otro silenciosos por fin y amarrados con seguridad, mientras de otros salía un ruido de carpinteros y toneleros, con mezcla de ruido de forjas y fuegos para fundir la pez, todo ello anunciando que se preparaban nuevos cruceros; terminando un peligrosísimo y largo viaje, sólo empiezan otro, y terminado éste, sólo empieza un tercero, y así sucesivamente, para siempre amén"¹³⁴.

A pesar de que cita muchos textos, en sus extensas – y no siempre exactas – disposiciones sobre la biología de los cetáceos, escaba siempre su aprendizaje práctico. "Un barco ballenero, escribe, fue mi Universidad de Yale y mi Harvard". Sólo en el mar, por lo demás, puede aprehen-

¹³³ *Moby Dick*, op. cit., p. 29.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 83.



Rutas seguidas por Herman Melville, a bordo del ballenero *Arcturion*, por las costas americanas, en 1842. Ilustración por Jay Asida (detalle). (La imagen fue extraída del libro *Moby Dick. A pictorial voyage*, by Herman Melville, editado por Bart, Timia A. et. al., 2002, Springer publications).

darse el dramatismo, que acompañaba a esa lucrativa, pero-peligrosa actividad: "Obediré que en un determinado viaje que hice al Pacífico, habíamos, entre otros muchos, con treinta barcos cada uno de los cuales había sufrido una muerte por una ballena, algunos más de una, y tres habían perdido la tripulación de una hacha. ¡Por Dios, sed aborrecidos con las lámparas y candelas! No queméis un galón sin que al menos se haya vertido por él una gota de sangre humana"¹³⁰.

Una poderosa fuente de inspiración fueron, sin duda, las narraciones del coronel Amasa Delano, contenidas en sus *Voyages of commerce and discovery*, que hemos citado. Allí aprende sobre la isla Santa María y

¹³⁰ *Ibid.*, p. 238.

la singular desventura del capitán español Benito Cereno, que luego contará en la novela homónima. Así comienza el conocido relato de Melville:

"Corría el año 1799, cuando el capitán Amasa Delano, de Duxbury, en Massachusetts, al mando de un gran navío destinado al transporte de mercancías, zarpó con un valioso cargamento en el puerto de Santa María, situada en el extremo sur de la larga costa de Chile. Tocó en aquel puerto para aprovisionarse de agua potable.

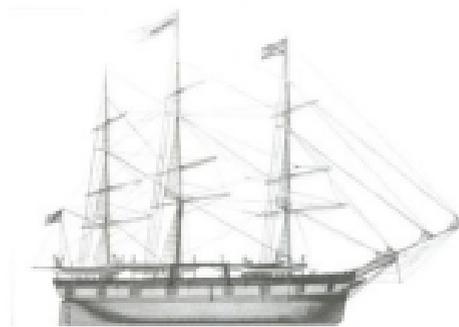
No mucho después del amanecer del segundo día, cuando aún descansaba el capitán en su litera, bajó el piloto a notificarle que un barco de vela desconocido estaba entrando en el puerto. Era raro entonces encontrarse con otros navíos en aquella parte del océano. El Capitán se levantó en seguida, se vistió y subió a la cubierta.

La mañana era propia del litoral aquel. Todo estaba mudo y en calma; todo era gris. El mar, aunque lo ondulaban dilatados pliegues de olas, producía la impresión de fijez, y su alisada superficie parecía como plomo enfriado y sedimentado en el molde de un fundidor. El cielo parecía un manto gris. Las grises bandadas de aves inquietas, afines a las nubes errantes con que se confundían, pasaban rozando sobre las aguas con rasero y caprichoso vuelo, igual que golondrinas sobre el prado antes de la tormenta. Eran aquellas sombras presagio de otras más densas que todavía estaban por llegar"¹³¹.

¹³¹ Herman Melville, *Moby Dick*, Ediciones Orbis S.A., España, 1982, ps. 9 y 10. Sobre Benito Cereno, cfr., también, *Critical Essays on Herman Melville's "Benito Cereno"*, edited by Robert E. Burkholder, G.K. Hall & Co., New York, F.E.L.U., 1992.

Las ballenas del Pacífico eran visitantes habituales de la narrativa y la leyenda. En la literatura ballenera de la época, la mítica caza de una gran ballena blanca ya había inspirado otros relatos, incluso antes de *Moby Dick*. Así, en los depósitos de la Biblioteca del Congreso norteamericano encontramos la obra de William Constock, *A voyage to the Pacific*, aparecida en Boston, en 1838 y publicada como *A voyage to the Pacific, earliest fictional pursuit of the great white whale* (Transcendental Books, Hartford, S/A). El mismo Melville, menciona un libro "escrito por un tal capitán Colson, oficial retirado de la Armada inglesa, titulado "Un viaje doblando el cabo de Hornos, a los mares del Sur, con el propósito de extender las pesquerías de cachalotes". En el imaginario de los cazadores, además, abundaban los relatos de míticas ballenas, que

renó", edited by Robert E. Burkholder, G.K. Hall & Co., New York, F.E.L.U., 1992.



El ballenero *Arcturion*, Acuarela por Richard Noble, 1933. New Bedford Free Public Library.



New Bedford, hacia 1900.

arrebuchan a los cazadores, en diversas regiones del globo. Melville se refiere a ellas:

“Pero no sólo gozaba cada una de esas famosas ballenas de gran celebridad individual, que, mejor dicho, se podría llamar renombre oceánico; no sólo era cada una de ellas famosa en vida, y ahora es inmortal tras de su muerte, en los relatos del castillo de proa, sino que se la admira a todos los derechos, privilegios y distinciones de un nombre, y tenía en efecto tanto nombre como Cambises o César. ¿No fue así, oh Tom de Timor, tú, el famoso levitán, mellado como un iceberg, que durante tanto tiempo arrechase en los estrechos orientales de ese nombre, y cuyo chorro se vio a menudo, desde la plaza de palmeras de Orubay? ¿No fue así, Jack de Nueva Zelanda, tú, el terror de

todos los navíos que trazaban sus estelas en la vecindad de la Tierra Tomada? ¿No fue así, oh Morqan, rey del Japón, cuyo poderoso chorro dicen que a veces tomaba semejanza de una cruz nívea contra el cielo? ¿No fue así, oh Don Miguel, el cético chileno, marchado como una tortuga vieja con jergüillos místicos en el lomo? En sencilla prosa, aquí hay cuatro ballenas tan bien conocidas para los estudiosos de la Historia de los Cetáceos como Mario o Sila para el erudito clásico”.¹³⁷

La tragedia del *Essex*, sin embargo, produjo la mayor impresión en el autor del *Moby-Dick*. En el mismo libro, resume la historia de la fatal embestida: “El año 1820, el barco *Essex*, capitán Pollard, de Nantucket, atravesaba el océano Pacífico. Un día vio chorros, arrió las lanchas y persiguió una manada de cachalotes. Antes de mucho, varios de los cetáceos quedaron heridos, cuando, de repente, un cachalote enorme que huía de las lanchas, se apartó de la manada y se lanzó directamente contra el barco. Disparando la frente contra el casco, lo destrozó y desapareció. No se ha vuelto a ver desde entonces ni una tabla superviviente. Después de las mayores penalidades, parte de la tripulación llegó a tierra en las lanchas”¹³⁸. Cuando navegaba a bordo del *Academy*, en aguas del Pacífico, cuenta Melville, entre otros temas de conversación se hablaba del *Essex* y su extraordinario destino. “Leer sobre esta increíble historia, en medio del mar y cerca de la latitud precisa del naufragio, producía en mí un efecto sorprendente”¹³⁹. A bordo del *Lissa*, otro balke-

nero de Nantucket, navegando cerca del Ecuador en el Pacífico Sur, Melville conoció un muchacho de dieciséis años, que le hablaba del suceso. Era el hijo de Owen Chase, primer oficial del *Essex*, quien le prestó una copia del libro de su padre¹⁴⁰.

Durante el siglo XIX, el hundimiento del *Essex* fue uno de los desastres marinos más célebres. Los niños en las escuelas norteamericanas leían sobre él. La historia se conocía por la relación de Chase, que se publicó a meses de los hechos. Después de un largo olvido, en virtud de recientes publicaciones, es nuevamente una historia popular. Hace unos 50 años se encontró el relato de un joven tripulante, con lo que se supieron más detalles y ganó actualidad.

El naufragio ocurrió el mismo año en que nació Herman Melville: Por el impacto en su ánimo, que se trasunta a su obra, merece una relación más detallada. También porque algunos eventos tuvieron lugar en Talcahuano y en la isla Santa María.

Al comienzo de un viaje de tres años, el *Dauphin*, un ballenero de Nantucket, subía por la costa chilena. Una mañana de febrero de 1821, el vigía vio algo inusual, un bote imposiblemente pequeño para el mar abierto. El capitán se dio cuenta que era un bote ballenero, por su doble proa y su tamaño, pero uno distinto a todo lo que hubiese visto antes. Ambos costados habían sido elevados. Dos mastiles hechos, con velas ricas de sol y almidonadas por el sol, aparejaban

137 *Moby-Dick*, op. cit., p. 236

138 *Moby-Dick*, op. cit., p. 239.

139 “Leyda, The Melville Log”, en Herman Melville, *Moby-Dick, a Past or Present*, edited by Tarrin A. Barr, Joseph

D. Thomas, Marsh L. Mac Cabe, New Bedford, USA, 2002.

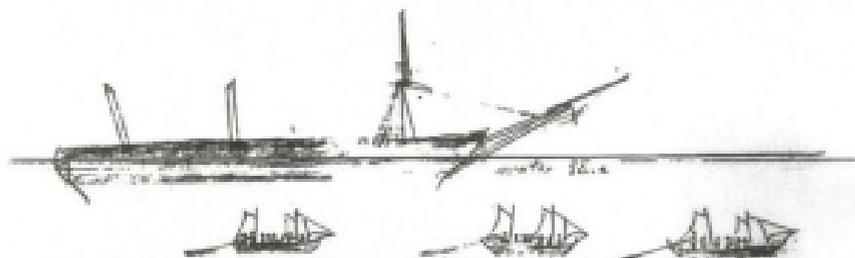
140 Owen Chase, first mate, *The Hired of the Whaleship Essex*, Harvest Books, New York, 1999, p. 100.

el esquife, transformándolo en una rudimentaria goleta. Nadie estaba al timón.

El buque pasó rápidamente junto al bote, suficiente para que la tripulación observara una visión que no olvidarían en sus vidas. Huesos humanos en el piso, como si se tratara de la cueva de una bestia feroz. Luego vieron a los dos hombres. Acurrucados en ambos extremos, sus pieles llagadas por el sol, sus ojos salientes, sus barbas manchadas de sangre y sal. Delirantes, incapaces de hablar y aun de alegrarse por el rescate, se aferraban a su alimento. Bostante después y ya más recuperados, contaron su odisea.

Les había tomado un mes rodear el Cabo de Hornos. En enero de 1820 llegan a la vista de la isla Santa María. Obtuvieron provisiones en Talcahuano. Al sur de la isla, siempre en la bahía de Arauco, encuentran varias naves norteamericanas, entre ellas el Clío, con la cual habían dejado la lejana isla de Nantucket cinco meses antes. Celebran un gaseo encerrados y se enteran de la difícil situación política de Chile y la guerra en Perú, así como de la bizarra presencia de Lord Cochrane. Fue una mala temporada ballenera. Ancluvieron varios meses sin suerte por la costa de Chile. En

This sketch is supposed to show the way in which after the wreck of the general (which was) seen (to be) the ship was being

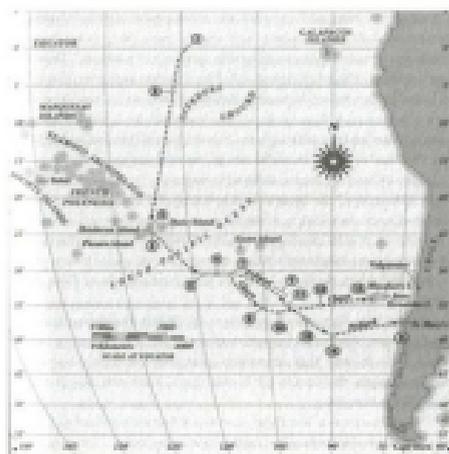


the Essex as she appeared. The sketch was waterlogged & when sent with the South Sea they were left 1820 into 1800/1800 with the



Owen Chase, primer oficial del Essex (en la parte superior de la imagen). *The tragedy of the Whaleship Essex*, por Nathaniel Philbrick, Penguin Books, EE.UU., 2000.

Bosquejos del ataque de la ballenera al Essex y la búsqueda de los naufragos, según Thomas Nickerson, uno de los sobrevivientes, cuyo diario fue encontrado recién en 1960. *In the heart of the sea, The tragedy of the Whaleship Essex*.



Ruta de los botes naufragos del *Essex*, hasta Juan Fernández y la isla Santa María, por Jeffrey L. Ward. (en *In the heart of the sea, The tragedy of the Whaler's Essex*, por Nathaniel Philbrick, Penguin Books, EE. UU., 2000).

Perú les fue mejor, pues obtuvieron 450 barriles, con la captura de 11 ballenas¹⁴¹.

Fueron embestidos en mar abierto frente a las Galápagos el 20 de noviembre de 1820. En las chubascos balleneros, los sobrevivientes viajaron hacia el sur, hasta las islas Henderson. El capitán Pollard y el oficial Ramsdell fueron rescatados el 23 de febrero de 1821, débiles y delirantes, tras 94 días de horror y desesperación. Tuvieron que echar a suerte quién sobreviviría y los muertos alimentaron a los sobrevivientes. Fueron hallados cerca de la isla Santa María, justo donde habían hecho su primera parada, un año antes, tras cruzar el Cabo. Los dos hombres rescatados por el *Daphné* habían navegado 3.500 millas náuticas a través del Pacífico, hasta ser rescatados.

Mientras tanto, Owen Chase y los tripulantes del primer bote habían llegado a Valparaíso el 25 de febrero. El país estaba preocupado de la revolución de la independencia y esperaba noticias de Lima, así que no prestó mucha atención a los naufragos. El 9 de marzo el ballenero *Bess* de Nantucket arribó a Valparaíso. Es el mismo que fuera capturado por los montoneros de Vicente Benavides, en Arauco. Una distracción de estos, permitió al primer oficial Obad Starbuck escapar de la sentina y retomar el bote, seguidos de cerca por los botes piratas. En su marcha forzada, encontraron tres balleneros navegando juntos, el *Daphné*, el *Diana* y el *Tico Brothers*. Pollard y Ramsdell fueron transferidos al *Tico Brothers*, que se dirigía a Valparaíso. Allí pudieron finalmente reunirse los sobrevivientes de los tres botes naufragos¹⁴². Es curioso notar que los cinco

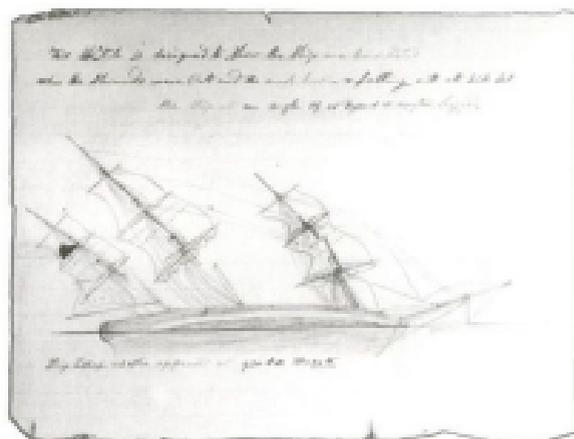
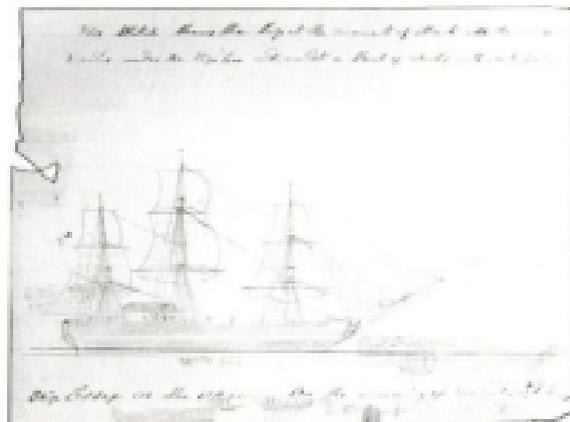
sobrevivientes, todos de Nantucket, siguiendo la fuerte tradición de la isla, volvieron al mar para ganarse la vida.

Al igual que el *Essex*, el *Pepod* zarpa a su viaje imaginario desde la pequeña isla de Nantucket, un lugar muy real. La nave golpeada por un cachalote, inspiró la escena culminante de *Moby Dick*. El punto en que esta termina comienza la tragedia del *Essex*. Más que los hechos, en todo caso, es el temor casi religioso a los titanes del mar, la lección que enseña su odisea. Incluso Starbuck, el pragmático primer oficial del *Pepod*, expresa el peligro de una actitud temeraria: "No quiero en mi bote a ninguno que no tenga miedo de la ballena". "Permíteme asegurarte, se lee también en *Moby Dick*, que muchos veteranos que han avanzado contra una batería retrocederían rápidamente ante la aparición de la vasta cola del cachalote agitando el aire en remolinos sobre sus cabezas. Pues ¿qué son los comprensibles terrores del hombre comparados con los terrores y prodigios entromezclados de Dios?"¹⁴³

141 Nathaniel Philbrick, *In the Heart of the sea, the tragedy of the whaler's Essex*, Penguin Books, USA, 2000, ps. 63 y 64.

142 *Ibid.*, ps. 192 y 193.

143 *Ibid.*, ps. 133.



Bosquejos del ataque de la balena al *Essex* y la huida de los naufragos, según Thomas Nickerson, uno de los sobrevivientes, cuyo diario fue encontrado recién en 1966. In the heart of the sea, The tragedy of the *Whitby* *Essex*.

JEREMIAH N. REYNOLDS Y *MOCHA DICK*



En sus viajes de ballenero por el Pacífico, Herman Melville pasó frente a las costas de Chile. No pisó islas ni puertos, pues el *Acubut* siguió directo al Perú. En *Moby-Dick* hace alusión a sus conversaciones en Lima, con “los jóvenes don Pedro y don Sebastián”, “fumando en el patio de baldosas espezamente doradas de la Posada de Oro”¹⁴⁴. Por lo demás, los barcos balleneros, a diferencia de los comerciantes y aun de los loberos, solían pasar meses en el mar sin tocar puerto. Preferían su “vieja y clara agua” de Nantucket, “al salobre fluido de los ríos peruanos o chilenos”. Oigamos a Melville declararlo, en el lenguaje colorido de *Moby-Dick*:

“Mientras otros cascos van sobrecargados de materia ajena, para ser trasladada a muelles extranjeros, el barco ballenero, errando por el mundo, no lleva más carga que el mismo y la tripulación, sus armas y sus cosas necesarias. Tiene todo el contenido de un lago emboscado en su amplia semina. Va lustrado de cosas útiles, y no, en absoluto, de inutilizable plomo en lingotes y enjunque. Lleva en sí años de agua; vieja y clara agua selecta de Nantucket, que, al cabo de tres

años a flote, el hombre de Nantucket, en el Pacífico, prefiere beber, mejor que el salobre fluido sacado el día antes en barriles, de los ríos peruanos o chilenos. De aquí que, mientras otros barcos quizá hayan ido de China a Nueva York, y vuelta, tocando en una veintena de puertos, el barco ballenero, en ese intervalo, tal vez no ha avistado un solo grano de tierra, y su tripulación no ha visto más hombres que otros navegantes a flote como ellos mismos”¹⁴⁵.

En consecuencia, las noticias de Chile y de la isla de Santa María, la obtuvo de los relatos de otros marinos y de narraciones como las de Amasa Delano. Antes como ahora, siempre algún chileno formaba parte de la tripulación (También había uno en el *Pequod*, cuando perseguía a Moby Dick! Y era uno muy comprometido con la cacería: “¡La tripulación, hombre, la tripulación! ¿No están, como un solo hombre, de acuerdo con Ahab, en este asunto de la ballena? ¡Mira a Stubb, cómo se ríe! ¡Mira a aquel chileno! Resepla de pensarlo”¹⁴⁶).

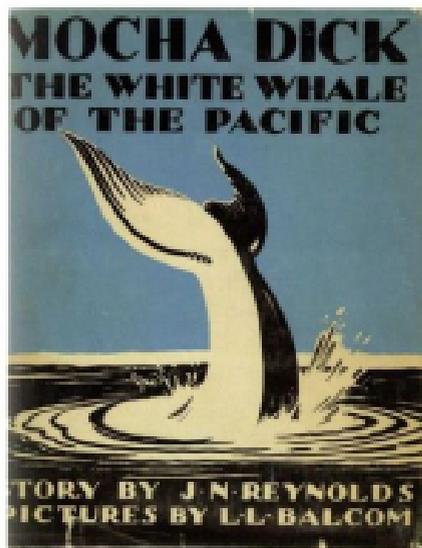
144 *Ibid.*, p. 423.

146 *Ibid.*, p. 194.

Una fuente fundamental de la novela, es la historia de la “ballena blanca” Mocha Dick. Ya sabemos que se trataba, en realidad, de un cachalote. Su historia comienza alrededor de 1810, cuando empezó a ser avistada y atacada frente a la isla Mocha, en Chile. Muchas chalupas balleneras fueron destrozadas por sus mandíbulas. Jeremiah N. Reynolds, explorador del Golfo de Arauco en 1830, contó su saga en su novela breve *Mocha Dick*, aparecida en 1839. Fue la base de la genial recreación de Herman Melville, “quien le dio trascendencia filosófica y moral, además de uno épico, en su inmortal novela *Moby Dick*”¹⁴⁷.

¿Quién era J. N. Reynolds, el autor del *Mocha Dick*? Fue un personaje notable, en verdad, cuya historia debe reseñarse, para comprender el alcance de su obra. Nació en Pennsylvania, en 1799. Fue explorador, conferencista y editor de diarios. Trabajando noches y mañanas, pudo pagar su educación, de tres años en la Universidad de Ohio. Fue luego editor del periódico *The Spectator*, en Wilmington, que vendió en 1823.

147 Eusebio Pereira Salas, *Los primeros contactos entre Chile y Estados Unidos 1778-1899*, op. cit., p. 287.



Edición de 1912 de la novela *Mocha Dick*, de Jeremiah Reynolds, editada por Charles Scribner's Sons, en Estados Unidos, con ilustraciones de L. L. Balcom.

Uno de los aspectos más extravagantes de su vida es su conversión a la teoría del Capitán Symmes. Este postulaba que la Tierra era hueca y su interior es habitable, un sistema que llamaba de las Esferas Concéntricas¹⁴⁸. Reynolds y Symmes recorrieron ampliamente los Estados Unidos, dictando conferencias, siempre a teatro lleno, logrando muchos “convertidos”. Como si lo anterior ya no fuese curioso, llegó a convencer al gabinete del Presidente John Quincy Adams de organizar una expedición. El objetivo era explorar el Polo Sur y probar la verdad de su teoría. Nominado agente especial del Departamento de Marina, Reynolds entrevistó a cada capitán lobero o ballenero que pudo encontrar, a fin de reunir información. Pero cuando ya la nave *Beast* se apresaba a zarpar, la política abortó la empresa. La llegada del Demócrata Andrew Jackson a la presidencia, determinó la cancelación del viaje¹⁴⁹.

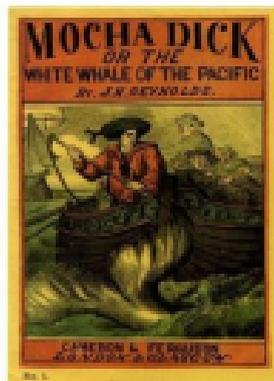
Sin desalentarse, Reynolds encontró luego un buen apoyo en el Dr. Watson, de Nueva York. Formaron la South Sea Fur company and Exploring Expedition, en torno a la cual reunieron financistas y científicos. Encontraron apoyo en Edmund Fanning, un antiguo lobero y explorador, que venía promoviendo una excursión antártica desde antes de la Guerra de 1812. Se organizó una expedición y partieron rumbo al Polo. Los bergantines exploradores *Seagull* y *Amazon* y la goleta *Penguin* zarparon hacia el hemisferio sur en octubre de 1829, pero sólo pudieron reunirse en Port

148 Howe, Henry, *The Romantic History of Jeremiah A. Reynolds, Historical Collections of Ohio*, Vol. 7, Cincinnati, 1839, en web page “American Studies at the University of Virginia”.

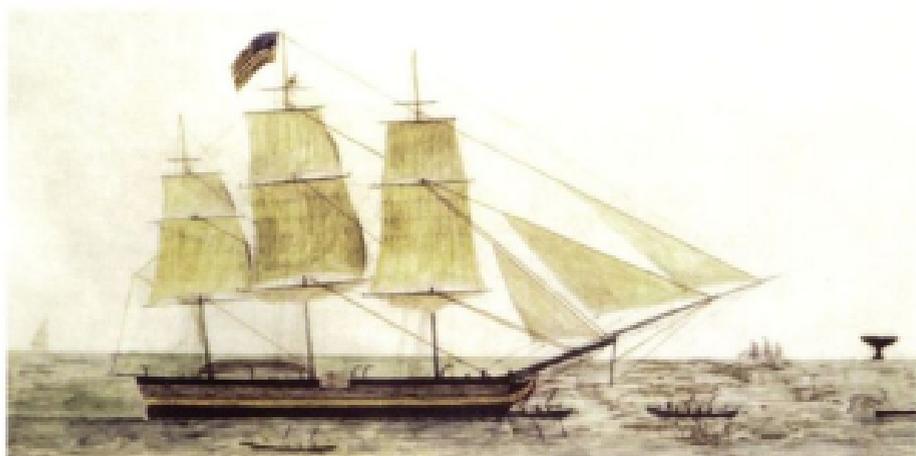
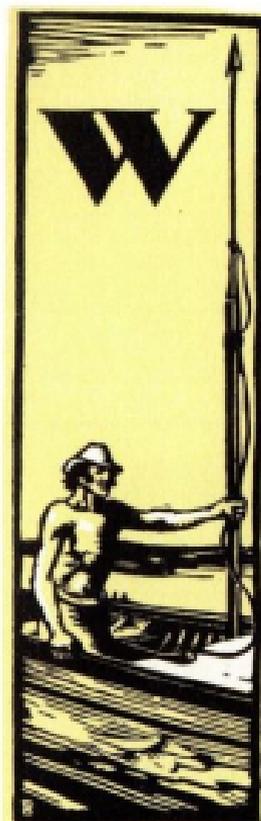
149 Polar Gothic: “Reynolds and Poe”, en: David Stordish, *Melrose Park*, Da Capo Press, Cambridge, EE.UU., 2006.

Hatches, en la isla de los Estados, cerca del Cabo de Hornos.

Llegaron a la vista de tierra, a lo que parecía ser un continente austral, bloqueado por islas de hielo. Resolvieron desembarcar, para lo cual arriaron un bote con veinte hombres. En medio de una tormenta, con altísimas olas y navegando entre icebergs, lograron desembarcar en una playa rocosa. Se hallaron en un nuevo continente, cubierto de hielo sólido y sin nada que comer. La afortunada caza de un león marino les proporcionó un buen alimento. Ayudados de sus instrumentos, pudieron observar que se encontraban a ocho grados de distancia del Polo Sur. Tras diez días de ansiosa espera, se embarcaron en busca de sus naves, pero en cuarenta horas de fatigosa navegación no fue posible alcanzarlas. Encallaron su bote en una roca y la tripulación se durmió fatigada. Sólo Watson y Reynolds se mantuvieron amiosamente vigilantes.



Edición original de “Mocha Dick”, en la *Knickerbocker Magazine*, 1829.



La nave *Legion* de New Bedford, cazando ballenas en el Pacífico. Dibujo en el diario de John Francis Akin, 1845. Kendall Collection, New Bedford Whaling Museum.

Una lejana luz les indicó la presencia del *Soufflé* y *Armonia*, por lo que partieron apresuradamente en su persecución. Por fin pudieron reunirse, con entusiasta alegría.

Habiendo concluido que no era posible llegar al Polo, pues estaba bloqueado por un continente de hielo, pusieron rumbo al norte, para refrescarse y renovar sus provisiones, hacia el puerto chileno de Valparaíso. Dice Henry Howe, quien conoció al autor de *Moby Dick*, en *The Romantic History of Jeremiah N. Reynolds*, escrita en 1889: "Aquí los hombres se amotinaron, pusieron en tierra a Reynolds y Watson y se armaron como buque pirata. Reynolds entonces recorrió por tierra

la República de Chile y los territorios indios y araucanos del sur. Se dice que mientras se hallaba entre los araucanos fue reclutado como coronel de un regimiento en guerra contra una tribu vecina y, mientras marchaba por una garganta estrecha, fue arrojado del caballo, resultando gravemente herido"¹²⁶. Tales son las curiosas incidencias de la expedición, según Howe, cuya crónica repiten muchas fuentes. Los verdaderos hechos, sin embargo, fueron algo distintos y mucho más extraordinarios!

El informe de Benjamin Penleton, Comandante del *Soufflé* y de la Expedición de Exploración, que re-
130 *Ítem*.



Tripulación del *Charles F. Adams*, 1912. Edwards Family Collection. (La imagen fue extraída del libro: *Moby Dick. A pictorial voyage*, by Herman Melville, editado por Bart, Tania A. et. Al., 2002, Spinner publications)

produce Edmund Fanning, en su *Iceberg coast of the world*, aparecido en 1833, arroja mayor luz sobre las aventuras araucanas de Jeremiah Reynolds. Cuenta que, tras navegar por regiones heladas, sin grandes peripicias ni descubrimientos, la tripulación estaba fatigada, siempre mojada en el clima duro y con síntomas de escorbuto. Decidieron entonces dirigirse a las costas de Chile, para refrescarse y renovar provisiones. Llegaron a principios de mayo y la tripulación empezó a mostrar un espíritu de desobediencia a sus oficiales, ya que estaban pagados por participación y nada había que repartir. Fue tan grave, que el capitán Palmer con el *Assessor* tuvo que poner proa a Valparaíso y entregar parte de la tripulación al Consal norteamericano. Esto causó un retraso que impidió seguir al Pacífico norte, como eran las instrucciones y a las costas inexploradas de la costa oriental de Asia y Japón¹⁵¹. Hasta aquí las versiones del viaje más o menos coinciden. Pero veamos ahora lo que realmente ocurrió al autor de *Moby Dick* en tierras de Arauco.

A fin de tener a los hombres contentos, los capitanes y el cuerpo científico de la expedición, acordaron dirigirse a las costas de Araucanía y procurarse un buen cargamento de cueros y pieles de foca, que pudieran ser enviados a Estados Unidos. Así ocuparían provechosamente el tiempo, hasta que en la próxima estación pudieran dirigirse al Pacífico norte. Su intención también era intentar una comunicación amistosa con los araucanos, "la nación de la cual tan poco se sabía", en palabras del Capitán Pendleton.

El 22 de julio de 1830, los integrantes del cuerpo científico Reynolds y Watson bajaron a tierra en el "río Arauco", con la "intención de entrar al país araucano y procurar, si fuera posible, un intercambio amistoso con el jefe o los líderes de esa nación noble y guerrera"¹⁵². Las nocvas, mientras tanto, después de recoger leña y agua en la isla Santa María, donde desensó una parte de la tripulación, continuaron hacia el sur. Con el fin de hacer exploraciones y recolectar pieles, siguen hasta el archipiélago de Chiloé y las Guaitecas. Según Pendleton, "entre principios de sep-



151 Edmund Fanning, *Iceberg coast of the world*, Collins & Hanney, New York, 1833, p. 401.

152 *Ibid.*, p. 402.



"Arrojado a la boca de la ballena", grabado por W. Robert, 1883. (La imagen fue extraída del libro: *Atuly Deel. A pictura epyge, by Herman Abdrille*, editado por Bart, Tarrin A. et. Al., 2002, Späner publications).

tiembre y diciembre los cachalotes son abundantes, a la salida del Golfo de las Guaitecas parece ser una zona de alimentación para ellos. Las ballenas francas o rezuales frecuentan Guafío en gran número y son muy mamas" (...) "Un ballenero en estas costas obtendría su carga de aceite en poco tiempo".

Mientras tanto, "los señores Reynolds y Watson, en su intento de embajada, habían tenido un éxito que superaba toda expectativa y, por información recibida de unos pescadores Araucanos en el archipiélago, estos caballeros se hallaban a orillas de un río

cercano a la latitud 39° sur; habiendo sido recibidos de manera amistosa y se les permitió continuar hacia el interior del país; donde ningún extranjero había sido admitido llegar en ciento cincuenta años". Los bergantines partieron de inmediato hacia la bahía y anclaron en un pueblo cerca de la desembocadura del río. Allí descubrieron, con la ayuda del catalaje, "un batallón de varios cientos de hombres armados, congregados para impedir nuestro desembarque y a forcearnos, tan rápido como fuere posible, a dejar sus costas". Varias piraguas se veían en el río, cargadas de hombres armados para el ataque; "pero apenas al

cachique, sin embargo, le fue explicado que nuestros barcos habían traído a los señores Watson y Reynolds a su país, sus armas fueron dejadas de lado y fuimos recibidos como amigos". Después de esto, los nativos concurren sin reservas a las naves, y los capitanes Palmer y Pendleton diaria y frecuentemente visitaron las casas de los jefes, quienes los recibían de la manera más abierta y hospitalaria".

"Ciertamente con una noble raza, señala Pendleton, y de las observaciones que pudimos hacer y la evidencia que ofrece nuestra recepción, resulta que si se enviara una misión de nuestro gobierno, con poca dificultad podría establecer un importante comercio con este pueblo, ahora que una puerta se ha abierto para el correcto entendimiento mutuo. Los recursos de este país son vastos, en verdad, abunda la lana, sebo, cueros, pieles, etc.; los habitantes son gente con quien, una vez establecida la confianza, permanece firme"¹⁵³.

No siendo posible establecer comunicación con los científicos, por hallarse tierra adentro, se continuó con la recolección de pieles de foca. Esperaban enviar todo desde "Talcauama" (Talcahuano) o Valparaíso y recibir a Watson y Reynolds de nuevo a bordo en abril, en uno de estos puertos. Después de reparar las naves, reunir provisiones y con las tripulaciones más contentas, continuarían por fin hacia el Norte. Estas optimistas perspectivas, por desgracia, no pudieron cumplirse. A la llegada a Talcahuano, el amotinamiento y la rebelión de la tripulación, que estaba decidida a desertar, los obligó a retornar de inmediato a su país, mientras quedara un número suficiente de hombres para gobernar las naves.

¹⁵³ *Ibid.*, p. 483.

Con amargura, el Capitán Pendleton debió abreviar su viaje, incumpliendo sus instrucciones. Quedaban atrás, todavía en Arauco, los promotores científicos de la expedición, de quienes el Capitán se expresa favorablemente: "No puedo concluir este informe sin señalar que los señores Reynolds y Watson, por la perseverancia e interés que mostraron durante todo el viaje, merecen el favor y la gratitud no sólo de nuestro gobierno, sino que de nuestros conciudadanos".

De esta forma el autor de *Mocha Dick* recorrió las costas araucanas, que serían luego su escenario. Las frases iniciales del libro demotan su conocimiento personal de la geografía y la situación de la región:

"Esperábamos que la isla Santa María fuera aún más notable que el fértil suelo de la Mocha, por la exuberancia de la vegetación y la desilusión provocada por la inesperada brevedad de nuestra estadía en la última, era algo aliviada por la perspectiva de permanecer ancladas con seguridad en la primera. Mocha se encuentra en la costa de Chile, en la latitud 38° 20' sur (...) Durante el último siglo, la isla fue habitada por los Españoles, pero al presente y desde hace varios años, se encuentra desierta. Su clima es agradable, con escasa diferencia perceptible de temperatura entre el invierno y el verano. La helada no se conoce en las tierras bajas y raramente se ve nieve, incluso en la cima de las montañas más elevadas"¹⁵⁴.

Reynolds se hallaba en Valparaíso, en octubre de 1832, cuando llega la fragata norteamericana *Pato-*

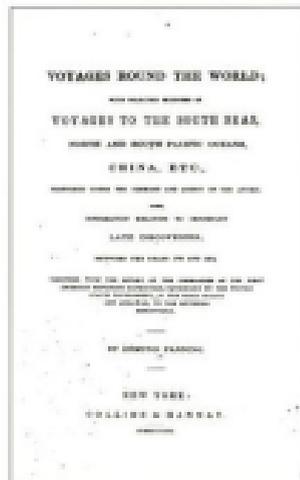


"Araucanos indígenas de Chile", por Luis Choris, en *Voyage pittoresque autour du monde*, Paris, 1822.

mar, al mando del Comodoro John Downes. La nave se dirigió a Sumatra, a vengar el ataque sufrido por la fragata *Piedadón* de Salem, Massachusetts, en esa costa. En calidad de secretario privado de Downes, se unió a la expedición, emprendiendo un cruceo que se prolongó varios años y lo llevó en torno al mundo. A su regreso, estudió Derecho en Nueva York y fue un exitoso abogado y hombre de negocios. Su salud se debilita y finalmente fallece, en la misma ciudad, en 1858, antes de cumplir sesenta años.

De vuelta del cruceo, había publicado en Nueva York, en 1835, un libro titulado *Voyage of the Patience*, que da cuenta de su viaje¹⁵⁵. Fue también un gran promotor de una misión de exploración al Pacífico Sur, para lo cual se dirigió al Congreso de los Estados Uni-

154 Jeremiah N Reynolds, *Voyage of the United States Frigate Patience*, New York: Harper and Brothers, 1835.



Portada de los "Voyages autour du monde", del capitán Edmund Fanning.

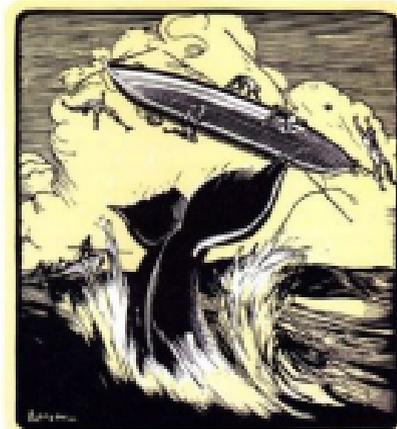
154 "Mocha Dick: Or the White Whale of the Pacific: A Leaf from a Manuscript Journal", por J.N. Reynolds, Esq., publicado en: *The Eclectic Review or New York Monthly Magazine*, Vol. 13 n° 5, mayo 1833, p. 377



Detalle de mapa del Golfo de Arauco, *Atlas de la Historia Física y Política de Chile*, Claudio Gay, ediciones Lazo, 2004.

dos¹⁵⁶. Ambos trabajos dieron connotación al asunto en el ambiente literario norteamericano. El mismo Edgar Allan Poe parece inspirado por las obras de Reynolds. En la revista *Southern Literary Messenger*, de enero de 1837, reseña elogiosamente la Conferencia de Reynolds al Congreso sobre una Expedición al Pacífico. Aunque Poe no fue seguidor de la teoría del círculo de Symmes, sus conferencias sobre la posibilidad de una Tierra Hueca influenciaron su obra *Narrative of Arthur*

¹⁵⁶ Fue publicado como *Address, on the Subject of a Surveying and Exploring Expedition to the Pacific Ocean and South Seas* (New York, 1836) first given to the House of Representatives on April 2, 1836.



Gooden Pys, Allí, el autor utiliza unas 700 palabras de la Conferencia, así como del *Voyage of the Potomac*¹⁵⁷.

157 Tynan, Daniel J., *J. N. Reynolds's Voyage of the Potomac: Another Source for The Narrative of Arthur Gooden Pys*, from *Poe Studies*, vol. IV, no. 2, December 1971, pp. 35-37, del sitio web de la Edgar Allan Poe Society of Baltimore. La relación entre Poe y Reynolds ha sido bastante estudiada. Cf., e. gr., Robert Alary, *J. N. Reynolds: A Brief Biography with Particular Reference to Poe and Spenser*, *Colophon*, n.º. 2 (1937), 227-245; Audrey Starks, *Poe's Friend Reynolds*, *American Literature*, 11 (1939), 152-159, así como el capítulo respectivo del

Y finalmente un dato curioso, en la relación entre ambos escritores. Las últimas palabras de Poe, en su delirio mortal, habrían sido: "¡Reynolds! ¡Reynolds!"

La obra más relevante de Jeremiah N. Reynolds, que lo vincula con la actividad ballenera y la Región del Bio Bio en Chile, es su novela breve *Mocha Dick*. Se publicó en la Revista *Knickerbocker*, o *New-York Monthly*

revista libro de David Staudish, *Reynolds: A Book*, Da Capo Press, Cambridge, EE.UU., 2006.

Magazine de mayo de 1839¹⁵⁸. Posteriormente fue editado como *Mocha Dick, the White Whale of the Pacific*, en un hermoso volumen empastado, con grabados en madera por Charles Scribner's Sons (EE.UU., 1932).

158 "Mocha Dick: Or the White Whale of the Pacific: A Leaf from a Manuscript Journal", by J.N. Reynolds, Esq., publicado en: *The Knickerbocker or New York Monthly Magazine*, Vol. 13 n.º 5, mayo 1839, pp. 377-392.



"Ruca de araucanos", fotógrafo Othber Heller Bisetti, *Araucan*, Fotografías Siglo XIX y XX, Peluza Editores, 2001.



Comienza la crónica de Reynolds refiriendo el arribo de su goleta a la Mocha. En su breve escala encontró al *Pinguá*, de matrícula neoyorkina, que viajaba a la isla Santa María a reparar los destrozos causados por un temporal. Su capitán Mr. Palmer invitó a Reynolds a comer a bordo de su bergantín. Como se aprecia, utiliza el nombre del Capitán N. B. Palmer, el oficial que lo condujera, a bordo del *Assassins*, por aguas chilenas.

Fue durante la cena en la cábana del *Pinguá* que Reynolds escuchó por primera vez de labios del Primer Oficial la historia del famoso cachalote. Había sido visto y anclado por *prisés* vez en 1809. Aunque no siempre liso, escapó de cien combates, dando origen a la leyenda de que era inmortal. Su piel blanca era la morada de millares de moluscos, adheridos al cuerpo como formando una capa de malla que lo protegía de los arpónes. Cazar a Mocha Dick era el sueño de todo arpónero.

La revista *Kritikerboske*, donde apareció *Mocha Dick*, fue una de las primeras revistas literarias en alcanzar cierta permanencia. Apareció en junio de 1833, con Charles Fenno Hoffman como editor. Cooperaron con ella los mejores escritores del país, transformándose en la mejor publicación literaria, hasta que fue abandonada en 1839¹⁵⁹. Su designación proviene de Herman Kriekerboske, representante federalista al congreso 1809-1811. Era un caballero de la vieja escuela, descendiente de un colono holandés de Nueva Holanda, (Nueva York), que se instaló en lo que ahora es Albany, antes de 1643. Su nombre fue utilizado por Washington

¹⁵⁹ *The Cambridge History of English and American Literature* in 10 Volumes (1907-21). VOLUME XVI, Early National Literature, Part II; Later National Literature, Part I.



Irving en su *Knieveloder's History of New York*. Por ese libro el nombre pasó a ser sinónimo de colono holandés y sus descendientes. Hoy se aplica a cualquier neoyorquino¹⁶⁰.

En Chile, la narración es mencionada por Eugenio Pereira, según hemos dicho y por Renzo Pechermino, "Lukas", el dibujante apasionado de Valparaíso. Enrique Bunster le dedica una de sus amenas crónicas, titulada "La blanca ballena chilena de Melville", incluida en su libro *Casa de Antigüedades*. Fue su amigo Federico Karl Haug quien encontró el *Knieveloder's Magazine* en la Public Library de Nueva York y le proporcionó la copia del relato del teniente Reynolds. Dice Bunster que *Melville's Tale* es con respecto a *Moby Dick*, lo que Alexander Selkirk a Robinson Crusoe: el precursor o inspirador; a lo que Haug comenta: "Es curioso que las dos ficciones cumbres de la literatura marítima hayan tenido por escenario original las islas y mares chilenos..."¹⁶¹

Volvamos a la cabina del Pinguín. Todos los balleneros conocían la historia del levitador del Pacífico y al cruzarse dos barcos venía la pregunta inevitable: "any news of Mocha Dick?..." Conocían sus proezas y su carácter. No atacaba si no se le perseguía, jamás presentaba el costado en la lucha, lugar donde los arponazos son mortales, ese era el secreto que le había permitido hablar a sus perseguidores. Otro enigma inexplicable de Mocha Dick es que era una ballena que no emigraba, un ejemplar sedentario entregado al hábito de dar vueltas en torno a ese peñón con el que parecía haberse encariñado.

160 *Unabridged Dictionary*, Random House, USA, 2006.

161 Enrique Bunster, *Casa de Antigüedades*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1972, p. 9.

Una tarde apareció junto al cono recortado de la isla Mocha, a sonarvono del buque de Nantucket, el chorro de un cachalote blanco. Al grito de "there she blows" ("¡allí sopla!") los tres ligeros chalupas de remo, tripuladas cada una con seis hombres, se echaban al agua. Comienza la persecución del gigante de cien toneladas. El resto... hay que leerlo. No quiero privar a los lectores de la ansiedad de la lucha ni de la incertidumbre del final. Sólo me haré eco de las palabras de Bunster: aquellos hombres que remaban frenéticamente, sospechaban que Mocha Dick iba camino de la inmortalidad¹⁶².

La novela resume los temas que han surgido en estas páginas: el largo viaje y la existencia ruda de balleneros y loberos; su labor estenuante en islas solitarias; la peligrosa operación de la caza y el orgullo propio de los hombres enfrentados a los elementos. Por la boca del capitán lobero habla el mismo Reynolds, que navegó las aguas antárticas y las costas de Chile y luego cruzó el Pacífico.

Una vez concluido el relato del Oficial arponero, Reynolds se zambulle en sus reflexiones: "¡qué poco sabemos sobre la existencia de los cazadores de ballenas! Que los balleneros dejan el puerto y generalmente regresan, después de tres años, con cargas plenas, que incrementan la riqueza nacional, es casi todo nuestro conocimiento. ¡Si pudiésemos aprehender, en una sola mirada, la poderosa superficie del Océano Índico o el Pacífico, qué cuadro se abriría ante nosotros de industria sin paralelo y audaz empresa!" Para entonces, todos los mares del mundo eran el dominio de los balleneros de Nantucket y New Bedford. Su actividad anticipa el espíritu emprendedor y el sentido de misión, con que,

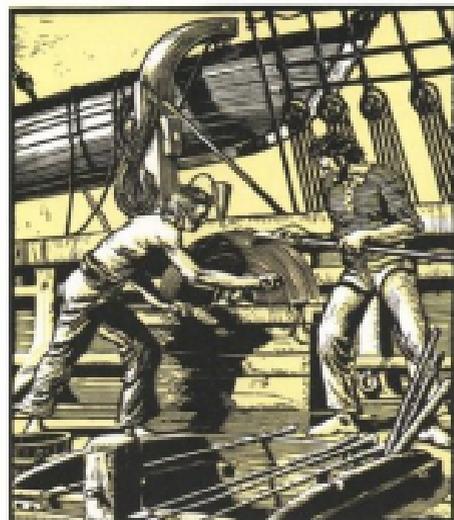
162 *Ibid.*, p. 13.



décadas más tarde, los norteamericanos avanzarían hacia el oeste de su propio país-continente.

La caza de ballenas expresa –para Reynolds– una disposición anímica, que sólo puede alestrar un pueblo soberano. He aquí lo que explica el carácter de novela nacional que luego alcanzaría *Moby-Dick*, más allá de su innegable mérito literario.

En palabras de Reynolds, que expresan un incipiente orgullo nacional, las hazañas de los cazadores en todos los mares del mundo, “son el resultado natural del ardor de un pueblo libre; de un espíritu de intrépida independencia, generada por instituciones libres. Sólo bajo tales instituciones, puede la mente humana alcanzar su expansión total, en los diversos campos de la ciencia y en los múltiples afines de una vida plena”. Es el espíritu de los balleneros norteamericanos del siglo XIX, que tan bien refleja *Moby-Dick*.







FUENTES CONSULTADAS



- ACOSTA, DE JOSÉ: *Historia Natural y Moral de Los Indios*. Edición de José Alcina Franch, Madrid, s/fi de año.
- ALARCÓN BERNEY, MARIO: "Los mitos de 'El Tomé'": en: *Crónicas de ayer y de hoy*, Trama Impresores, Talcahuano, 2003.
- ALLEN, WALTER: *El sueño neoespañolista a través de su Literatura*, Editorial Peamar, Buenos Aires, 1976.
- ALMY, ROBERT F. "J. N. Reynolds: A Brief Biography with Particular Reference to Poe and Symmes." *The Colophon*, 2 (1937): 227-24.
- ARMENGOL VALENZUELA, FR. P.: *Glosario etimológico de nombres de hombres, animales, plantas, ríos y lagunas y de vocablos incorporados en el Lenguaje vulgar aborígenes de Chile y de algún otro país americano*, vol. II, Imprensa Universitaria, Santiago, 1918.
- BALDE, ANNEMARIE: "Chile se convierte en Santuario Ballenero", *Revista Caleuche*, n° 11, año 3, 1994.
- BIRDSALL, JOHN: *Whales and Dolphins*, Parragon, Londres, 1997.
- BUNSTER, ENRIQUE: *Casa de Antiquidades*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1972.
- CAMPAGNA, CLAUDIO y LICHTER, ALFREDO: *Las Ballenas de La Patagonia*, Emecé Editores, sin indicación de año.
- CARTES MONTORY, ARMANDO: *Pedro del Río Zañartu: Patriota, Filósofo y Viajero Universal*, Editorial Aníbal Piuso, Concepción, 1997.
- CASTILLO, LUIS: *La pesca de La Ballena en La Isla Santa María*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1906.
- COFFIN, JOHN F.: *Diario de un joven norteamericano detenido en Chilo*, Imprenta Elzeviriana, Santiago, 1938.
- The Cambridge History of English and American Literature in 18 Volumes (1907-21)*. VOLUME XVI. Early National Literature, Part II; Later National Literature, Part I.
- COLBY, BARNARD L.: *For oil and buggy whips, Whaling captains of New London County*, Mystic Seaport Museum, Inc. Mystic, Connecticut, USA, 1990.
- COLOANE, FRANCISCO: *El camino de la ballena*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 3ª edición, 1978.
- COMSTOCK, WILLIAM: *A Voyage to the Pacific*, Boston, 1838, publicado como *A voyage to the Pacific, earliest fictional pursuit of the great white whale*, Transcendental Books, Hartford, S/A.
- CHASE, OWEN: first mate, *The Wreck of the Whaleship Essex*, Harvest Books, New York, 1999.
- DAMASO, AMASA: *Delano's Voyages of commerce and discovery*, Berkshire House Publishers, USA, 1994.



DEL RÍO, PEDRO: *Tercer Viaje en torno al Mundo*, Litografía e Imprenta Soulebre, Concepción, 1912.

DONOSO, RICARDO: *El Marqués de Orosco, Don Ambrosio O'Higgins 1729- 1891*, Santiago, 1941.

D'ORBIGNY, ALCIDE: *Viaje por la América meridional*, Emecé Editores, 1998.

DUMONT D'URVILLE, M.J.: *Voyage dans le Pôle Sud et l'Océanie*, Gidé Editeur, Paris, 1842.

DUNMORE, JOHN Y BROSSARD, MAURICE DE: *Le Voyage de la Pérouse, découvertes et récits originaux*, Imprimerie Nationale, Paris, 1985.

DOW, GEORGE FRANCIS: *Whale ships and Whaling, a Pictorial History*, Dover Publications Inc., New York, 1985.

ESPINOZA, ENRIQUE: *Jeografía Descriptiva de la República de Chile*, Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, Santiago, quinta edición, 1903.

"Exploración Hidrográfica de La Costa de Arauco. Parte dirigido al Comandante General de Marina por el Comandante del Vapor Maule, don Leoncio Señoret, relativo a sus operaciones sobre La

costa de Arauco", en: *Anales de la Universidad de Chile*, Imprenta Nacional, Santiago, Tomo XXI, segundo semestre, 1862, ps. 461-486.

FANNING, EDMUND: *Voyages round the world*, Collins & Hannay, New York, 1833.

FITZROY, ROBERT: *Viajes de levantamiento de los buques de S. M. "Adventure" y "Beagle" en los años 1826 a 1836*, Londres, 1839.

GÓMEZ DE VIDAURRE, FELIPE: *Historia geográfica, natural y civil del Reino de Chile*, Imprenta Ercilla, Santiago, 1889.

GREVE, ERNESTO: "La Vida Marinera en su relación con la pesca y caza", tirada aparte de la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, 1948. En especial Capítulo VI: Breve bosquejo histórico sobre el desarrollo de la caza de cetáceos.

HALL, BASIL: *Extracts from a journal, written on the coast of Chile, Peru, and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822*, Archibald Constable, Edinburgh, 1825.

HERNÁNDEZ AGUAYO, JUAN: *Donde Viven las ballenas. Actividades balleneras en Isla Santa María y Choros del pionero Juan Manco Arauco*, Editorial Arrial Pinto S. A., Concepción, 1998.

HOWE, HENRY: *The Romantic History of Jeremiah N. Reynolds*, Historical Collections of Ohio, Vol. 2, Cincinnati, 1889, en: web page "American Studies at the University of Virginia".

"Informe del Capitán Tomas O'Higgins en marzo de 1797", *Revista Chilena de Historia y Geografía* n°103, Santiago, 1945.

JOSEPH: "La epopeya de la industria ballenera chilena", *Revista de Marina*, N° 6, 1997.

LENZ, RODOLFO: *Vidas Chilenas derivadas de lugares indios americanos*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1905-1910.

LEAVITT, JOHN E: *The Charles W Morgan*, Mystic Seaport Museum, Inc. Mystic, Connecticut, USA, 1998.

LESSON, P.: *Voyage autour du monde, sur la corvette La Caspille*, E. Pourrat frères, éditeurs, Paris, 1838.

"Los últimos balleneros en Talcahuano", *Revista de Marina*, marzo-abril, 1972.

MARANGUNIC DAWIANOVIC, ALBERTO Y JARAMILLO FREYHOFFER, CARLOS: *La industria ballenera en Chile*, Tesis para optar al título de médico



veterinario de la Universidad de Chile, Santiago, 1959.

MARIMÁN QUEMENADO, PABLO: (compilador) *Parlamento y Territorio Mapuche*, Ediciones Escaparaté, Concepción, 2002.

MARTÍNEZ, ALEJANDRA: *El Lenguaje de la Luz del Sur* en: Álvarez S., Pilar y Forno, Amílcar: "Futmsellimapu", Eds. CONADI, 2001.

MARTÍNEZ, FR. MELCHOR: *Memoria Histórica sobre la Revolución de Chile*, Valparaíso, marzo de 1848.

MARTINIC, MATEO: "Antecedentes históricos sobre la caza de cetáceos en Chile", *Boletín Antártico Chileno*, Vol. 23 n° 1, mayo 2004.

MELVILLE, HERMAN: *Moby Dick*, Editorial Planeta, Madrid, 2000, 1982.

MELVILLE, HERMAN: *Moby-Dick, or Picture voyage*, edited by Tamsin A. Burt, Joseph D. Thomas, Marsha L. Mac Cabe, New Bedford, USA, 2002.

"Mocha Dick: Or the White Whale of the Pacific: A Leaf from a Manuscript journal", by J. N. Reynolds, Esq., publicado en: *The Knickerbocker or New York Monthly Magazine*, Vol. 13, n° 5, mayo 1839, pp. 377-392.

MIERS, JOHN: *Tinetti in Chile and La Plata*, Baldwin, Cradock & Joy, Londres, 1826.

MOLINA, JUAN IGNACIO: *Compendio de la Historia Geográfica, natural y civil del Reyno de Chile*, Pehuén Editores, Santiago, 2000.

MORENO ESPÍLDORA, EDUARDO: *El Libro de Oro de Talcahuano*, Concepción, 1964.

QJEDA DE, JUAN: "Descripción de la Frontera de Chile en 1793", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, 1968, número 136.

OVALLE DE, ALONSO: *Historia relación del reino de Chile*, Pehuén Editores, Santiago, 2003.

PACHECO, ARNOLDO: *Economía y Sociedad de Concepción, siglo XIX*, Ediciones Universidad de Concepción, 2003.

PEREIRA SALAS, EUGENIO: *Los primeros contactos entre Chile y Estados Unidos 1778- 1809*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1971.

PEREIRA SALAS, EUGENIO: *Baques Nortamericanos en Chile a fines de la era Colonial*, Premsas de la Universidad de Chile, Santiago, 1936.

PÉREZ ROSALES, VICENTE: *Recuerdos del Puelo*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1949.

PÉREZ GARCÍA, JOSÉ: *Historia de Chile*, Imprenta Elzeviriana, Santiago 1900, tomo I, p. 25.

PHILBRICK, NATHANIEL: *In the Heart of the sea, the tragedy of the whaling Essex*, Penguin Books, USA, 2000.

PIZARRO, ALEJANDRO: "La Mocha: la isla de las almas resucitadas", *Boletín Museo Mapuche (Callete)*, 5 (1989): 31-40.

PIZARRO, ALEJANDRO: *Lebu, de la Leyfemapu a su Centenario, 1540- 1962*, Editorial e Imprenta Níquel S.A., Santiago, 1994, 2ª edición.

QUIROZ, DANIEL y ZUMAETA, HÉCTOR: "Ecología, Historia y Cultura en La Isla Mocha, Provincia de Arauco: 1850- 1994". En: Quiroz, D. y Sánchez, M. compiladores *La isla de las palabras rotas*, Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile, Santiago, 1997.

QUIROZ, DANIEL, *Cazadores olímpicos de ballenas en las costas de Chile (1819-1921)*; Centro de Documentación de Bienes Patrimoniales, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 2015.

_____, *Cazadores tradicionales de ballenas en las costas de Chile (1850-1950)*; Centro de Documentación



de Bienes Patrimoniales, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 2012.

_____. *Cazadores modernos de ballenas en las costas de Chile (1905-1908)*; Centro de Documentación de Bienes Patrimoniales, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 2014.

REYNOLDS, J. N.: *Mocho Dick, the White Whale of the Pacific*, Charles Scribner's Sons, USA, 1932.

RISOPATRÓN, LUIS: *Diccionario geográfico de Chile*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1924.

ROSALES, DIEGO DE: *Historia General del Reino de Chile. Flotas Indianas*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1989, tomo 1.

SAGREDO, RAFAEL y GONZÁLEZ, JOSÉ IGNACIO: *La expedición Malaspina en la frontera austral del Imperio Español*, Editorial Universitaria, Santiago, 2004.

SALAZAR, MERCEDES E INOSTROZA, JUAN: *Quintay en el tiempo*, Ediciones Universidad Andrés Bello, 1997.

SALVO GONZÁLEZ, LUIS: *Antecedentes Históricos sobre la abundancia y rarezas de jirfas en el Centro-Sur Chileno*.

SALVO GONZÁLEZ, LUIS: *Historia de la industria pesquera en La Región del Bío Bío*, Asipes, Santiago, 2000.

SILVA, GUILLERMO: *Bosco de Talcahuano*, Seberanía, Sociedad Editora e Impresora, Santiago, 1964.

SOTO ESTUARDO, AUDINA: *Historia de su isla*.

STANDISH, DAVID: *Hollow Earth*, Da Capo Press, Cambridge, EE.UU, 2006.

STARBUCK, ALEXANDER: *History of the American Whale Fishery* Argosy-Antiquarian Ltd., New York, 1964.

TREUTLER, PAUL: *Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863*, Editorial del Pacífico S.A., Santiago, 1958.

"Quien sabe", *'Old Times', British and Americans in Chile*, Imprenta Moderna, Santiago, 1952.

TYNAN, DANIEL J.: *J. N. Reynolds' Voyage of the Pteronax: Another Source for The Narrative of Arthur Gordon Pym*, from *Poe Studies*, vol. IV, no. 2, December 1971, pp. 35-37. Del sitio web de la Sociedad Edgar Allan Poe de Baltimore.

VALDÉS MUÑOZ, GUILLERMO: *Seminario Historia de Concepción, 1860-1870*, Universidad de Concepción, Concepción, 1978.

VALENCIA AVARIA, LUIS: *Bernardo O'Higgins, El Buen Genio de América*, Editorial Universitaria, Santiago, 1980.

VÉLIZ, CLAUDIO: *Historia de la Marina Mercante de Chile*, Ediciones de la Universidad de Chile, Santiago, 1961.

VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN: *La Guerra a Muerte*, Imprenta Nacional, Santiago, 1868, 1ª edición.

ZAPATTA Y ECHAVARRÍA: *Municipalidades de Concepción*, Concepción, 1946.



MOCHA DICK

OR THE WHITE WHALE
OF THE PACIFIC

BY J. N. REYNOLDS, ESQ.



PICTURES BY

Lowell LeRoy Balcom



MOCHA DICK

O LA BALLENA BLANCA DEL PACÍFICO

PRESENTACIÓN

La novela breve *Mocha Dick*, de Jeremiah N. Reynolds, publicada en la *Knickerbocker Magazine*, revista literaria norteamericana, en 1839, es una de las tantas obras relacionadas con la cacería de ballenas, una actividad muy importante en la economía y la cultura de Estados Unidos, hasta mediados de aquel siglo. Su lenguaje marinero, cargado de adjetivos, es propio de la época y prueba que el autor conoció el mundo que describe en su narración. Su trascendencia se debe a que habría sido una de las principales inspiraciones de Herman Melville para escribir su colosal novela *Moby Dick*, doce años después.

Henry Wintrish tenía una copia de la revista, en su colección de libros raros, y la facilitó a Lowell LeRoy Balcom, para una posible reedición. Esta se realizó en 1932, por Charles Scribner's Sons, en Estados Unidos, bajo el título *Mocha Dick, the White Whale of the Pacific*. Se trata de una edición cuidada, ilustrada con grabados en linóleo, ejecutados especialmente para el libro por el mismo L.L. Balcom, que luego se redujeron para ser incluidos en éste.

El ejemplar que utilizamos lo adquirí tras una intensa búsqueda, en una librería anticuaría especializada en ballenería, en New Bedford, durante una visita a esa ciudad en 2006. Las ilustraciones se han incorporado en el cuerpo del presente libro y el texto de la novela de Reynolds se reproduce a continuación, en una traducción preparada por Martín Bruggendieck.

A.C.M.

CAPÍTULO I

ESPERÁBAMOS encontrar la isla Santa María aún más extraordinaria, por la exuberancia de su vegetación que, incluso, el fértil suelo de la Mocha; y la frustración surgida de la inesperada brevedad de nuestra permanencia en esta última fue en algún grado aliviada por la perspectiva de permanecer durante varios días anclados bajo la protección de la primera. La Mocha se encuentra frente a las costas de Chile, a los 38° 28' de latitud sur, veinte leguas al norte del Momo del Bonifacio y frente al río Imperial, en posición oeste-sudoeste. Durante el último siglo la isla fue habitada por españoles, pero en el presente y desde hace algunos años, yace completamente abandonada. Su clima es templado, con escasa variación perceptible de la temperatura entre las estaciones de verano y de invierno. La escarcha es desconocida en sus tierras bajas y la nieve se ve en pocas ocasiones, incluso en las cimas de sus montañas más encumbradas.

Ya avanzaba la tarde cuando abandonamos la goleta; mientras nos abríamos paso hacia el norte, ésta quedó a la gira en el extremo sur de la isla. De regreso en ella y mientras oscurecía en torno nuestro, nos encontramos con un buque que resultó ser el mismo cuyos botes, uno o dos días antes, habíamos visto en el acto de cazar una ballena. Aparte de las románticas y excitantes asociaciones que despertó en nosotros, pocos son los objetos en sí más pintorescos o hermosos que una nave ballenera vista a una distancia de tres o cuatro millas una tarde placentera en medio del Océano Pacífico, desplazándose agradadamente sobre el agua, subiendo y bajando con las gentiles ondulaciones peculiares de la mar y con sus velas resplandeciendo en la trepidante luz de los fogonazos que irrumpen desde abajo, mientras el grueso volumen de humo que asciende desde el medio, se aleja ondulando en espesas masas que dispersa el viento; se requiere de poco esfuerzo de

la fantasía para imaginar que se está contemplando un volcán flotante.

Ambas naves se hallaban proa al norte y nosotros, que navegábamos con facilidad, habíamos alcanzado al extraño a las nueve de la noche. Al poco rato fuimos abordados por su bote ballenero y el oficial que lo comandaba nos transmitió los cumplidos del capitán, además de una amistosa invitación para aceptar la hospitalidad de su camarote. Aceptando sin vacilación una cortesía tan francamente extendida, procedimos, en compañía del Capitán Palmer, a ir a bordo, donde fuimos atendidos por el contraalmirante del *Raguic*, que se hallaba camino de la Santa María para reparar su nave, que algunas semanas antes había quedado notablemente averiada durante una tormenta.

Encontramos que este ballenero era un buque grande y bien equipado, con registro de Nueva



York y comandado por un hombre como el que podía esperarse estuviera a cargo de un buque de este carácter; sencillo, discreto, inteligente y bien informado acerca de todas las materias relacionadas con su peculiar profesión.

¿Pero, qué habremos de decir de su contramaestre, o cómo habremos de describirle? Intentar trazar su retrato mediante una comparación resultaría vano, pues jamás habíamos observado a alguien semejante y una descripción detallada, con todo lo exacta que fuese, no habría más que tal vez borroncar el *totum ensemble* de su figura tan fuera de lo común. Probablemente contaría unos treinta y cinco años. Sin embargo, llegamos a esa conclusión más bien debido al indomado brillo de sus ojos centelleantes que por la apariencia general de sus rasgos, en que el tórrido sol y la tormenta polar habían dejado al par los surcos de una edad más avanzada y el tinte acuminado propio de un indio. Su porte, que era algo más bajo que la media común, parecía casi enano debido al enorme ancho de su hombros sobresalientes, mientras el poco natural largo de sus desgarrados y colgantes brazos, que pendían de ellos y que, cuando en descanso, tenían todo menos la apariencia de estar relajados, conferían a su tosca

y masculosa estructura un aire de grotesca desproporción, que desafía toda descripción. Tenía pocas pretensiones como marinero y nunca había aspirado al mando de una nave. Pero él no había trocado las sensaciones que inflamaban su sangre al navegar en calidad de contramaestre tras una manada de ballenas por la cubierta del más noble velero que jamás haya podido surcar el Atlántico. De acuerdo a los valores de su filosofía, la caza de ballenas era la más digna y varonil de las actividades bajo la luna. De esto se sentía perfectamente satisfecho, habiéndose comprometido con esta noble vocación por más de veinte años, tiempo durante el cual, si hemos de tomar como prueba sus propias afirmaciones, ningún hombre de la flota ballenera norteamericana había logrado tantas capturas, o había corrido tan salvajes aventuras en el ejercicio de su peligrosa profesión. En efecto, todas sus inclinaciones, presunimientos y sentimientos estaban completamente identificados con su ocupación; estaba tan íntimamente familiarizado con los hábitos y los instintos de los objetos de su profesión, y era tan escasamente versado en los asuntos corrientes de la vida, que uno se sentía menos inclinado a clasificarlo en el

género *lazo* como en una suerte de algo intermedio entre el ser humano y la tribu cetácea.

Poco después del comienzo de su carrera náutica y en orden a probar que no le tenía miedo a una ballena, algo que es esencial dejar establecido por sobre toda cuestión para un aspirante a cazador de ballenas, había ofrecido, a fuerza de apuesta, chocar su bote "de presa" contra el costado de un "viejo toro", saltar el tumbadillo sobre la espalda de la ballenas, clavarle hondo su lanza y volver a bordo sano y salvo. Esta acción, con todo lo osada que pudiera ser considerada, la emprendió y realizó en efecto; al menos así quedó inscrito en su bitácora y estaba dispuesto a dar testimonio bajo juramento de la veracidad de su relato. Pero la conquista de la temible MOCHA DICK formaba, sin cuestión, el climax de sus proezas.

Antes de entrar en los pormenores de su triunfo, los que a través de su valerosa presentación confieren tanto honor a los arponeros de Nantucket, puede ser apropiado informar al lector acerca de qué y quién era Mocha Dick, haciendo de ese modo una presentación póstuma de quien fuera llamado tan enfáticamente, en sus tiempos

y por su generación, el "valiente caballero" de entre las ballenas de sus latitudes. La parte introductoria de su historia la entregaremos, de modo condensado, a partir de la relación del contramaestre. En lo substancial, será tal cual él la contó; y como su subsiguiente narrativa, si bien en absoluto falta de nada elocuencia, era burda en estilo y lenguaje, así como innecesariamente difusa, nos tomaremos la libertad de alterar su locución; de adaptar la fraseología para la ocasión y de presentar todo el asunto en una forma más sucinta y coherente. Sin embargo, en este arreglo dejaremos que nuestro aventurero cuente *in propria hístoria*, aunque no siempre en sus propias palabras, preservando al personaje del original.

Pero, para volver sobre Mecha Dick -cosa que, debemos observar, pocos de quienes alguna vez habían escapado de él, estaban descosos de hacer. Este célebre monstruo, que había salido victorioso en cientos de luchas con sus perseguidores, era una vieja ballena macho de prodigioso tamaño y fuerza. Por causa de su edad, o, más probablemente, por un capricho de la naturaleza, como ocurrió en el caso del albino etíope, se había manifestado una singular consecuencia: *per un blawo como la lass!* En vez de proyectar su

chorro hacia adelante en forma oblicua, bufando con un breve y convulsivo esfuerzo, acompañado de un resoplido, como es usual en su especie, expulsaba el agua por sus narices con un volumen soberbio, perpendicular y expandido, a intervalos regulares pero algo distantes; su expulsión provocaba un bramido sostenido, como aquel del vapor que lucha por escapar por la válvula de seguridad de una poderosa máquina de vapor. Vista a distancia, sólo el ojo entrenado del marinero podía decidir que la masa en movimiento, que constituía este enorme animal, no era una nube blanca navegando en el horizonte. Sólo pocas veces se encuentran balanos incrustados en el cuerpo de los cachalotes; pero en la cabeza de este *lass nantucke*, éstos se habían arracimado hasta tornarla completamente áspera por las conchas. En pocas palabras, considérenlo ustedes como quieran, se trataba de una ballena absolutamente extraordinaria; o, para decirlo en la lengua vernácula de Nantucket, se trataba de "un viejo revoltoso" de primera clase.



CAPÍTULO 2



LAS OPINIONES difieren en cuanto al tiempo de su descubrimiento. Está establecido, sin embargo, que previo al año 1810 ya se lo había avistado y atacado cerca de la isla Mocha. Se sabe de numerosos botes hechos añicos por sus inmensas aletas de cola o reducidos a pedazos por la mordida de sus poderosas mandíbulas; y se dice que, en cierta ocasión, libró victorioso de un conflicto con las tripulaciones de tres navas balleneras inglesas, habiendo golpeado ferrozmente al último de tres botes en retirada al momento de ser alzado éste de las aguas por los pescantes del buque. No debe suponerse, ¡paya!, que nuestro Leviatán pasara ileso por todas estas desesperadas contiendas. Una espalda atestada de arpones y entre cincuenta a cien yardas de cabos serpenteando en su estela daban cuenta suficiente de que, si bien jamás conquistado, tampoco había probado ser invulnerable. Desde el momento de la primera aparición de Dick, su

celebridad continuó aumentando, hasta que pareció natural mezclar su nombre con los saludos que los cazadores de ballenas tenían el hábito de intercambiar durante sus encuentros en las vastedades del Pacífico; los habituales interrogatorios casi siempre concluían con un “¿Alguna novedad de Mocha Dick?”. En efecto, casi todo capitán que circunnavegara el Cabo de Hornos —si es que poseía alguna ambición profesional o se valoraba a sí mismo de acuerdo a su capacidad para poder someter al monarca de los mares— aproximaría su nave a la costa con la esperanza de tener una oportunidad de desafiar la fuerza de este formidable campeón, del que no se sabía que alguna vez hubiese rehuído a sus perseguidores. Se resaltaba, sin embargo, que el viejo truhán parecía particularmente cuidadoso en cuanto a la porción de su cuerpo que exponía al acercamiento realizado por el timonel de un bote ballenero, ofreciendo, por lo general, y merced a determina-

da maniobra debidamente oportuna, la espalda al arponero, evadiendo diestramente todo intento de clavar algún arpón bajo sus aletas o una laya en su región lumbar. Aunque fiero por naturaleza, no era costumbre de Dick revelar alguna disposición maligna mientras no se le molestase. Por el contrario, a veces pasaba silenciosamente en torno de una nave y ocasionalmente nadaría perezosa e inofensivamente entre los botes cuando avanzaban con toda una tripulación decidida a la destrucción de su raza. Pero este refrenamiento no desmentía su reputación, pues, aun cuando no les quedara a éstos otra causa de acusación, sus adversarios jurarían que habían visto una latente maldad en el extenso e indolente barrido de sus aletas de cola. Sea esto como fuere, nada es más cierto que el hecho de que toda su indiferencia se esfumaba con el primer pinchazo del arpón; y entonces el corte de la soga y una rápida retirada a sus embarcaciones eran frecuentemente el único

medio de escapar a ser destruidos que restaba a sus derrotados agresores.

A este punto había llegado con su historia el ballenero y ya estaba a punto de comenzar con la relación de sus propios encuentros individuales con el objeto de sus afanes, cuando fue interrumpido por el segundo oficial del *Región* —a quien nos parece ya haber hecho alusión— y que hasta ese momento permanecía como un entusiasta y atento oyente. Y así habría seguido, indudablemente, hasta el final de la relación, a pesar de su declarado desprecio por cualquier otra ocupación que no fuese la caza de focas, de no escapársele al narrador una observación que tendió a inflamar su celo profesional. Esa odiosa expresión la hemos olvidado. Probablemente implicaba algo de jactancia o egoísmo; pues, apenas proferida, nuestro cazador de focas saltó de su asiento y plantándose delante del autor del inconsciente insulto, exclamó:

“¡Tú, tú, asesino de ballenas, cazador de grusa, canalla presumido tú pretendes manejar mejor un bote que un marinero de Stonington! ¡Pues, si todos esos miserables tripulantes de tu flota del Mar del Sur navegasen entre las rocas y rompien-

tes donde yo he estado, las ballenas tendrían un buen descanso por los próximos años, y, si no, que nunca más yo desuelle otro abrigo o agarre otro pellejo! ¿Qué es tomar una ballena? ¡Vaya, podría yo pasar una cuerda por sus espiráculos, atarla al banco del bote y luego volarle los sesos a golpes con mi garrote de matar focas!”.

Habiendo de ese modo dado rienda suelta al hervor de su cólera, procedió con más calma a establecer una comparación entre la caza de ballenas y el cazar focas. “Un ballenero”, dijo él, “nunca baja a tierra, salvo que baje a puerto para buscar algo fresco que manducar. No así el cazador de focas. Este piensa que su mejor fortuna lo lleva donde la forma del hombre nunca antes ha asustado a la caza tras la cual anda; donde un ojo rápido, un nervio rosado y un corazón intrépido son su única guía y defensa. Allí donde la mar está más embravecida, el remolino es más salvaje y la ola ruge y azota locamente a lo largo de los filosos acantilados, allí caracolean en la espuma blanca los pilluelos de marices puntiagudas y ojos negros que cazamos, y es hasta allí donde el cazador de focas debe adentrarse. ¡Ah, si hubiera de entregarles un relato de mis aventuras alrededor de las Islas Falkland, o en los cayos orientales de

Staten Island, alrededor de las Islas Shetland del Sur, frente al Cabo de Hornos, en que vivíamos de puercos salado y aletas de foca; y, finalmente, la historia de una temporada pasada con la sola tripulación de un bote en Diego Ramírez (pequeña isla ubicada al suroeste del Cabo de Hornos), ustedes no harían tanta alharaca en torno de su Mocha Dick! En cuanto al Estrecho de Magallanes, señor, éste me es tan familiar como lo es Broadway para un “dandy” de Nueva York; aun cuando *debe* pasearse recorriendo ese elegante paseo doce docenas de veces por día”.



ESTE BUEN HIJO de la mar habría seguido pormenorizando sus "patéticos accidentes y escapadas por un pelo" a no ser que lo hubiésemos interrumpido, insistiendo en que lo que restaba de noche debería ser dedicado a la conclusión de la historia de Dick, asegurando al mismo tiempo al "caballero del garrote" que, apenas nos recontráramos en la isla Santa María, le quedaría expresamente reservada a él toda una víspera para glorificarse a sí mismo y a su oficio. A esto asintió, con la observación de que su acatamiento del deseo general, cediendo de ese modo la precedencia a su rival, no habría de entenderse como el reconocimiento de que los balleneros de Nantucket serían los mejores tripulantes del mundo, o que la caza de focas no sería tan honorable, o una tan buena actividad para acuñar una monedilla, como podría serlo la profesión de "cazar esperma".

Entonces el cazador de ballenas retomó la palabra: No los voy a aburrir, dijo, con los detalles poco interesantes de un viaje al Cabo de Hornos. Nuestro buque, una nave tan majestuosa como la más que alguna vez hubiese zarpado de la pequeña isla de Nantucket, estaba primorosamente tripulada y mejor comandada, así como minuciosamente equipada con todos los requisitos que demanda, el peculiar servicio a que estaba encomendada. Puedo aquí observar, para información de aquellos de entre vosotros que no estáis familiarizados con estas cosas, que pronto como un buque ballenero de los Estados Unidos se halla lo suficientemente mar afuera, los hombres son llamados a popa; es entonces que el capitán y el contramaestre seleccionan a las tripulaciones de los botes y habitualmente se escoge a un capataz del navío. El cargo a ser llenado por este individuo es importante y la persona designada habrá de ser un hombre cuidadoso y sagaz. Su deber es,

muy en particular, cuidar de la nave mientras los botes se hallan lejos, persiguiendo alguna ballena; y en esos momentos, tal vez el cocinero y el mozo serán la única tripulación. Su puesto en tales ocasiones es la cofa del palo mayor, excepto cuando se le requiere abajo para asistir las maniobras del buque. Mientras permanece arriba, habrá de vigilar si aparecen ballenas y al par mantener un estricto e incansable ojo puesto sobre los ausentes en orden a presentarles ayuda inmediata en caso de surgir una emergencia. Si la caza aparece a harlovento de sus perseguidores y éstos se hallan demasiado lejos para observar sus señales personales, debe bajar el foguete. Si salen a sotavento, deberá izar la cangreja de popa, manteniendo la pequeña banderilla de señales negra en el mástil; eso mientras permanecen en la superficie. Cuando el cardumen pare las colas y se samerjea, debe arriar la banderilla, para izarla nuevamente cuando vea que ascienden. De presentarse cir-

cunstances que requieran del regreso del capitán a cubierta, habrá de izar la bandera de colores en el palo de mesana. Además, un capataz deberá asegurarse de que las provisiones estén dispuestas para los hombres cuando regresen de la cacería y que se disponga de abundante bebida, bajo la forma de una cuba de "grog". "Si no hay ballena, no hay trago", es frecuentemente la regla; pero yo me inclino por pensar que haya o no haya ballena, un poco de ron no es inoportuno después de una vigorosa boga.

Ya he dicho que poco de interés ocurrió hasta después de que dobláramos el Cabo de Hornos. Ahora navegábamos a lo largo de la costa de Chile, llevados por una suave brisa del sur, que nos impulsaba casi imperceptiblemente. Era una tarde quieta y hermosa y el mar centelleaba y resplandecía con los rayos inclinados del sol que caía, con su superficie reluciente de olas doradas. Al oeste el cielo se veía inundado por una luz ambarina, en medio del cual flotaban, como suele acontecer alrededor de muchas islas, inmensas nubes de las más brillantes tonalidades que se puedan concebir; mientras lejos, hacia el noroeste, se alzaba oscura contra un cielo más claro la cónica cumbre de la Mocha. Los hom-

bres estaban afanosamente dedicados a afilar sus arpones, layas y lanzas con miras a la lucha que aguardaban. El vigía en la cofa del palo mayor, con el cachete inclinado sobre su hombro, soñaba con "los peligros que había pasado" en lugar de mantenerse atento frente a los que vendrían; mientras, el capitán iba y venía por el alcázar con largas y presurosas zancadas, escrutando el océano en cada dirección, con un ojo ansioso y expectante. De una sola vez se detuvo, fijó la mirada intensamente por un instante en algún objeto a sotavento que parecía atraerla y enseguida dio vivas en un tono poco conciliador al vigía en la cofa:

"¿Ambos portillos cerrados?", gritó, mirando hacia arriba y señalando para atrás, donde se alzaba contra el horizonte incandescente un chorro grande y espeso, aproximadamente a una milla del arco de babo. "¿Los dos portillos cerrados? ¡Te lo digo, patán soñoliento! ¡Engendro demasiado flojo de cocinero de a bordo para ser vigía es lo que es! ¡Baje de ahí ya, señor!".

"¡Allá sopla!", "cachalote viejo, señor", dijo el hombre con tono suplicante mientras descendía de su nido en el aire. De inmediato se apreció que

la criatura estaba sola y carecía de acompañantes; pero como una ballena solitaria generalmente es un tozo viejo y de tamaño y ferocidad inusuales, cabía anticipar más que una cacería común y corriente, cuando al mismo tiempo más que honor común y corriente habría de merecerse con su exitoso apesamiento.

Se nos ordenó al segundo oficial y a mi prepararnos para la faena de competencia y excitación, cuya relación más vívida entregaría nada más que una descripción imperfecta, a menos que ustedes hayan sido espectadores o actores en similar ocasión. Los carretes de cuerdas, los cubos para achicar el agua y los bícheros fueron lanzados prestamente a los botes; los aportes fueron colocados en sus cajuetas y el buque realizó las necesarias evoluciones con una rapidez casi mágica; y todo esto en medio de lo que para un hombre de tierra firme habría parecido una inextricable confusión con perfecta regularidad y precisión; las órdenes de los oficiales eran tan sólo anticipadas por el ávido entusiasmo de los hombres. Al poco rato estábamos tan cerca del objetivo de nuestra cacería como considerábamos prudente acercarnos.



"Abajo las cofas", gritó el capitán. "¡Chorro a la vista! ¡Chorro a la vista! ¡Allí se ve el soplo!", gritó el vigía que había ocupado el lugar de su somnoliento camarada, alzando el tono estridente de su voz con cada anuncio, hasta que éste derivó en un franco alarido: "¡Justo enfrente, señor! ¡El chorro es tan largo y tan grueso como la verga mayor!".

"¡Ayuden a bajar!", exclamó el capitán. "¡Pongan todos sus manos; cocinero, mozo, sonclero, cada maldito de ustedes, ayuden a bajar los botes".

Una instantánea carrera desde todas las alas del navío respondió a su llamado y pronto cada hombre se hallaba en su puesto, casi antes de que hubiera salido la última palabra de labios del patrón.

"¡Bájenlos ya!", y en un instante las quillas golpearon las olas. "¡Ahora, que sigan las tripulaciones; salten dentro mis muchachos; embarquen la horca; alineen los remos; ahora, tiren como si el diablo los fuera a coger!", fueron las sucesivas órdenes mientras los hombres se deslizaban por el costado del buque, cubrían sus puestos en los botes y comenzaban a alejarse.

El segundo oficial me llevaba una pequeña ventaja al partir. La popa de su bote raspó la proa

del mío y al instante aferré mi timón y di la orden de desatracarnos. Una señal de mi brazo y nos lanzamos levantando espuma en pos de su estela. Ahora vendría el esfuerzo supremo. Para llegar a ser un bogador de primera, entenderán ustedes, se requiere de un talento natural. Mi tripulación no carecía de la apropiada calificación: cada hijo de su madre tiraba de los remos como si hubiera nacido con uno de ellos en las manos; y en la medida que esforzaban cada fibra en pos de la gloria de clavar el primer hierro, hizo bien a mi corazón observar a los muchachos afanarse. Con cada golpe las rígidas palas se doblaban como varillas de sauce y cimbraban como acero templado bajo la cálida luz del sol en la medida que saltaban adelante liberando la tensión de la ola en retirada. A la distancia de media milla y directamente delante nuestro estaba el objeto de nuestra competencia y ambición, proyectando su enorme volumen con pesados bríncos, como si estuviera totalmente inconsciente de nuestra aproximación.

"¡Allí sopla! ¡Por Júpiter, es un toro viejo! ¡Cuenta barriles de esperma, muchachos, esperando a ser amarrados al buque! ¡Largo y rápido, dispárense avante! ¡Ahora lo siente! ¡El bote del combés nunca nos ganará! ¡Ahora ya siente el

toque! ¡Ya lo atravesamos! ¡Otra vez, ahora!". Tal vez eran las exclamaciones y los conjuros con que alentaba a esforzarse a mis bogadores mientras, con renovado vigor, empuñaba mi timón.

En otro momento estábamos lado a lado con nuestro competidor. Las cimbreantes palas se disparaban hacia delante y hacia atrás, como chispas de luz. Las aguas hervían bajo nuestra proa y las cercenadas olas se cerraban, silbando y arremolinándose en nuestra estela en la medida que volábamos, casi diría, que éramos *igado* hacia delante, en nuestro curso veloz.

Estábamos encima de nuestro 'pes' y ya podíamos escuchar el rugido de su chorro por sobre la acometida de las olas, cuando mi bote empezó a ganar la delantera.

"¡Ahora, mis queridos muchachos!", exclamé triunfante. "¡Ahora les vamos a mostrar nuestra popa, sólo boguen!" "¡Prepárese, arponero, pero no dispare hasta que te dé la orden".

"¡Llévenme adelante, y su nombre será *Dennis!*", gritó el timonel del bote, con tono confiado (el nombre de una ballena es "Dennis" cuando lanza un chorro de sangre; los ed.).

Estábamos quizás unos cien pies por delante del bote del combés y a unos cincuenta de la ballena, que asomaba apenas una pulgada de su giba por sobre el agua, cuando, alzando lentamente a nuestra vista un par de aletas de cola de unos dieciocho pies de ancho se sumergió por completo. Los hombres se inclinaban sobre sus remos. "¡Allá sopla de nuevo!", gritó el remero a cargo de los carretes de sogas cuando un descolante chorro perpendicular saltó al aire, a sólo un par de estadios de estribos. Presumiendo, a partir de sus movimientos previos, que el viejo amigo ya estaba sobre aviso por lo ocurrido antes con otros botes y probablemente estaría receloso de nuestro propósito, estuve a punto de ordenar a los hombres alejarse tan suave y silenciosamente como fuera posible, cuando recibimos la temible advertencia de que no tenía intenciones de escabullir nuestros afanes, o de siquiera concedernos el honor del primer ataque. Asotando la mar con su gigantesca cola hasta lanzar en torno suyo una nube de olas y espuma, se precipitó, batiendo mandíbulas, al parecer con la decisión de presentar batalla en serio. En la medida que se acercaba, con su largo lomo curvado asomando ocasionalmente por sobre la superficie de las olas, nos dimos cuenta

de que era blanco como la espuma en torno ayo; los hombres se miraron fijamente y con horror unos a otros mientras pronunciaban con tono de sorpresa el terrible nombre de ¡MOCHA DICK!

"¡Mocha Dick o el demonio", dije yo, "este bote jamás se desvía de nada que tenga la forma de una ballena. Tiren despacio, sólo ábranse espacio suficiente para enfiar". En la medida que la criatura se acercaba, de algún modo iba aminorando su loca carrera, a la distancia de un calabrote cambió su curso para colocarse en ángulo recto con nosotros.

"¡Aquí viene", exclamé. "¡Levántate, arponero! No seas impaciente —no seas aturdido. Mantén tu arpón más levantado— más firme. ¡Ahora!", grité, mientras acercaba nuestra proa hasta un largo de bote de la inmensa masa que undulaba con fuerza hacia nosotros. "¡Ahora! ¡Dale con todo!".

Pero el Leviatán se zambulló, álese. El joven arponero, si bien de corriente tan falto de temor como un león, había desarrollado una suerte de terror supersticioso a Mocha Dick que le habían infundido las exageradas historias que habían infundido las exageradas historias que había escuchado de sus camaradas. Lo consideraba tal como

lo había oído describir en los cuentos de miedo escuchados durante la guardia de media, es decir, más como algún feroz demonio de las profundidades que como una regular y legítima ballena. ¡Juzguen entonces su trepidación al avistar a la criatura, verdadera respuesta a los más salvajes sueños de su fantasía y suficientemente formidable, sin ningún terror sobreañadido, cuando se le abalanzó encima batiendo las aletas y con las fauces abiertas! Estaba en posición erecta, no se puede negar. Plantó su pie, asíó la cuerda, apuntó su arma. Pero le temblaba la rodilla y su nervudo brazo vacilaba. El arpón fue lanzado, pero con dirección insegura. Solamente rozó el lomo del monstruo, desviándose y hundándose en lo profundo de las aguas. Un segundo tiro, todavía más frustrado, no alcanzó a dar en el blanco. El gigantesco animal siguió adelante unos metros y luego, como despreciando nuestros infructuosos e infantiles intentos de herirlo, proyectó una tormenta de espuma en nuestras caras con su anchurosa cola y se sumergió en las profundidades del océano, dejando a nuestro pequeño caique en las aguas donde desapareció, girando y sumergiéndose en el remolino.



4 CAPÍTULO 4

JAMÁS HE DE OLVIDAR el asfixiante sentimiento de decepción que me sobrevino en ese instante. Mi vista recayó en el arponero. “¡Torpe patán!”, le espeté con voz ronca de pasión. “¡Tú ballenero! ¡Sólo sirves para alancear anguilas! ¡Engendro cobarde! Me maldigo si es que no *teas* a las ballenas!”

El pobre sujeto, mortificado por su fracaso, recogía sus arpones lentamente y con aire pensativo. Tan pronto como me hubo escuchado estigmatizado de ‘temeroso de una ballena’, brincó desde su banco como mordido por una víbora. Se plantó delante de mí por un instante con las mejillas ardientes y los ojos hechos centellas; acto seguido, dejando caer el arpón que acababa de devolver al bote y sin pronunciar palabra, giró sobre sí mismo y se lanzó de cabeza al mar. El remero encargado del carrete, que estaba rebobinando el cabo en la parte trasera del bote, observó su

designio sólo a tiempo para sujetarlo desesperadamente del talón cuando saltaba. Pero no sería fácil volver a halarlo dificultosamente a bordo sin mediar un forcejeo. Habiéndome ya calmado un poco, me esmeré en restañar su honor herido con palabras amables y lisonjeras; pues sabía que era un joven de noble corazón y lamentaba de verdad que mis desbocados reproches hubiesen tocado a tan delicado espíritu de un modo tan profundo.

Habiendo ya caído la noche, el capitán dio la señal para que retornáramos al buque. Pronto nos reunimos en cubierta, discutiendo los infortunios del día y especulando sobre las perspectivas de mejor suerte al próximo día.

Tomáramos desayuno a la mañana siguiente cuando el vigía de la cofa del mastelero de velacho comenzó a cantar alegremente un “¡allá sopla!”. En un instante todo el mundo estaba en pie. “¡Cuán lejos!”, gritó el patrón, precipitán-

dose desde su camarote y atropellando de paso al mozo, quien regresaba del fogón con una jarra llena de café hirviendo. No fueron fuertes pero sí profundos los rezongos y maldiciones de este funcionario mientras frotaba sus escaldadas canillas y saltaba describiendo círculos de agonía; claro que si hubieran sido más fuertes, habrían sido asfixiadas por el tumulto de la vociferación que contestó al anuncio proveniente desde la cofa.

“Cuán lejos?”, repitió el capitán, mientras alcanzaba la cubierta.

“Alrededor de una legua, señor; va en la misma dirección que nosotros”. “¡Allá sopla!”, añadió el hombre, mientras bajaba lentamente por las cuerdas, con los ojos intensamente fijos en la manada que lanzaba sus chorros.

“¡Manténganse a dos grados de él! ¡Estables, estables, hasta que aparezca!”.

"Estable está, señor" respondió el timonel.

"Ganémonos. ¡A barlovento, un pequeño viraje! ¡Aflojen las velas del mayor! ¡Todos a ayudar, muchachos! ¡Quién sabe, pero podríamos pinchar sus costillas en esta salida!".

El capitán había subido e impartía sus órdenes desde los baos de gavia del palo mayor. "Allí aparecen las colas. ¡Ahora soplan!", agregó, mientras descendía por el estay de popa después de dar una extensa mirada al rebaño de ballenas. "Cachalotes y una maldita cantidad de ellos", fue su respuesta a las ansiosas preguntas de los hombres. "¡Vean las cuerdas en los botes!", continuó; "¡Arríen la tripulación; muevan los pescantes!".

En esos instantes las ballenas se habían sumergido y cada ojo a bordo se esforzaba por descubrir la primera seña de su reaparición.

"¡Allá sopla!, aulló un joven aprendiz en los aparejos del palo mayor. "Está encima, una enorme ballena, señor!". "Está encima, una enorme ballena, señor!".

"Eso lo vamos a saber mejor durante la acción, hijo mío", le dijo secamente el tercer oficial.

"¡Recujan las velas del palo mayor!", resonó ahora la orden. La nave tenía escaso ímpetu en ese momento y en apenas unos minutos estábamos tan inmóviles como si hubiésemos echado el ancla.

"¡Bajen los botes, todos a trabajar!", y de una guiñada y al par golpearon el agua los botes de babos, de estribor y del combés. Cada oficial saltó dentro del propio; las tripulaciones se acomodaron en sus correspondientes posiciones; los timoneles comenzaron a enfilarse sus embarcaciones y abandonamos el costado de la nave uno al lado del otro, mientras el capitán, con frases lacónicas, nos ordenaba "¡más esfuerzo, más rápido! ¡Apúrense!".

Salimos disparados en dirección de nuestra presa, que retezaba, siempre que este término pueda ser aplicado a sus pesados movimientos sobre la superficie de las olas. Ocasionalmente, un enorme e informe cuerpo saldría airadamente de su propio elemento para volver a caer dentro de él con un enorme chapoteo; el esfuerzo realizado semejaba una caricatura tan ridícula como lo sería el intento de algún sobrealimentado concejal escocés de bailar el *fling* de las tierras altas de su patria.

Estábamos a unas cien varas del cardumen cuando, siguiendo un impulso común o alguna señal previamente convenida, todas las ballenas desaparecieron de golpe. "¡Sigammel, gríet, agitando la mano en dirección a los hombres de los otros botes; ¡puedo ver su estela bajo el agua; nadan rápido, pero estaremos entre ellas cuando emerjan!". "¡Tiren ya los remos!", proseguí y, dirigiéndome a mi propia tripulación, "¡vuelvan a los bancos! ¡plene duro! ¡Estaremos entre el grueso de ellas cuando emerjan; sólo boguen!".

Y sí que tiraron de los remos, con hombría. Después de halar por casi una milla, les ordené 'Tirar'. Los remos fueron alzados y nos levantamos para descubrir al primer 'cabezota' que rompiera el agua. Había en ese momento una calma muerta. Ni una sola nube pasaba bajo el intenso azul del cielo como para variar su infinita transparencia, o para dar sombra por un momento al fulgurante océano sobre el cual podrían extenderse. A corta distancia yacía nuestro noble buque con su ocioso velamen pendiendo de las vergas en lánguidos festones. Mientras, éste parecía descansar sobre su imagen invertida, que, distinguida y hermosa como su original, se reflejaba en la suave extensión debajo de él. Ni un solo sonido perturbaba



el silencio general, salvo nuestra propia acelerada respiración, el sordo gorgojeo del agua contra el costado del bote y el batido de las alas de un albatros que pasó volando somnolientamente a través de la estancada atmósfera. Habíamos permanecido en silencio alrededor de cinco minutos, cuando un objeto oscuro fue divisado adelante, desplazándose por la superficie del agua. Probó ser un pequeño ballenato que jugueteaba a la luz del sol.

"¡Levántate y arponéalo!", dije al tercer oficial; "puede sacar a flote a la madre tal vez a todo el cardumen!".

¡Y Así lo haría, cargada de venganza! El mamón fue traspasado después de una breve persecución. Pero apenas hubo dado su primer salto agónico cuando una inmensa ballena madre emergió muy cerca de su eria herida. Su primer esfuerzo valió a tomarlo bajo la aleta, en orden a alejarlo. Nada podía ser más conmovedor que la ternura maternal que manifestó en sus esfuerzos para lograr este objetivo. Pero la pobre cosa se estaba muriendo y mientras ella intentaba en vano inducir a que la acompañara, ésta giró sobre sí misma y comenzó a flotar, muerta, a su lado. Percibiendo que ya estaba más allá del alcance de sus

cuidados, la madre viró para desatar su venganza sobre los asesinos y enfiló directamente hacia el bote mientras al mismo tiempo chocaba sus mandíbulas en un paroxismo de ira. Ordenando a su timonel a popa, el oficial se abalanzó hacia adelante, cortó la soga que amarraba al ballenato y luego extrajo el arpón que quedaba en la cajuela para hundirlo acto seguido con toda su fuerza en el cuerpo de la madre mientras el bote retrocedía para esquivar su ataque. Observé que la labor había sido bien hecha, pero no tuve tiempo de elogiarla; pues, en ese instante, brincó otra ballena a una distancia de aproximadamente una milla de nosotros, por el cuarto de estribor. El vislumbre que tuve del animal en su caída sobre el agua me convenció de que una vez más contemplaba a mi viejo conocido, Moscha Dick. ¡Esa masa en caída libre era tan blanca como un ventisquero!

Podría uno haber supuesto que el reconocimiento fue mutuo, puesto que apenas que su enorme cabeza cuadrada se alzó por encima del agua, cargó hacia nosotros, dispersando las olas en espumarajos con su avance y dejando una estela de espuma de una vara de ancho, producto de los violentos batidos de sus aletas de cola.

"¡Va hacia el agua ensangrentada!", gritaron los hombres mientras el animal hendía su camino hacia el punto donde había muerto el pequeño. "¡Vamos arponero, toma el timón y déjame apuntar!", exclamé mientras saltaba a la proa. "¡Que me trague el demonio si nos esquivo el cuerpo está seco, aunque fuera el mismísimo Belcebú! ¡Remen hacia el agua roja!".

Mientras yo hablaba, la furia del animal pareció extinguirse de súbito. Aminó su carrera y permaneció quieto sobre las olas, con su lomo arqueado apuntando hacia arriba como la cima de una montaña. "¡El viejo truhán también descansa!", grité exultante. "¡Vamos, tiren ahora, remen a morir y lo tenemos!".

¡Toda mi ropa, tabaco y todo lo que tengo serán suyos, sólo llévenme al costado de esa ballena antes de que aparezca otro bote! ¡Dios mío, qué giba! ¡Sólo vean los hierrros en su espalda! ¡No, no mires -REMEN! ¡Ahora muchachos, si quieren ver a sus amorcitos y esposas en la vieja Nantucket - si aman a Yankilandia, si me aman a mí, tiren de esos remos, ya! ¡A sus bancos, ya! ¡Esfuércense muchachos míos! ¡Ya la siento, compañeros! ¡Alcáncenla! Está a cinco olas. ¡Menos de cinco olas!

¡Un minuto medio minuto más! Suavemente, sin ruido. Suave con sus remos. Esto lo hará...

Y en cuanto las palabras fueron pronunciadas levanté el arpón por sobre mi cabeza, tomé un rápido pero no por eso menos certero impulso y lo clavé, sibilante, en lo profundo de su grueso y albo costado.

"¡Todos a popa, por sus vidas!", grité; pues, en ese instante, el acero trepidaba en su cuerpo y el Leviatán herido clavó su cabeza bajo la superficie y, girando en redondo con gran velocidad, batió violentamente las aguas con su cola y sus aletas en una convulsión de ira y dolor.

Nuestro pequeño bote huyó, balbuceando, hacia atrás, fuera del hirviente torbellino que lo envolvía, justo a tiempo para escapar de ser volcado o aplastado. La bestia comenzó, entonces, a correr.

Por breve tiempo la soga raspó las cornamusas despidiendo humo. Un par de vueltas en torno de la mordedora la aseguró; y con los remos parados verticalmente y la proa hacia el mar volábamos hacia adelante en la estela del apersogado monstruo. Vanas fueron todas sus luchas para liberarse de nuestro poder, ya que las cuerdas eran dema-

siado resistentes y el arpón barbado estaba demasiado incrustado en sus carnes como para huir. De modo que si intentaba sumergirse, o saltar fuera del agua, o halar locamente hacia delante, la desesperada criatura aún sentiría que la manteníamos en jaque. En cierto momento levantó furiosa más allá de las olas su inmensa cabeza obtusa, incrustada de conchas, mientras sus mandíbulas se cerraron con un estrépito que casi me hizo temblar. Enseguida se pudo ver difusamente el contorno superior de su vasta forma deslizándose entre lluvias de relambrante espuma mientras las estrias color carmesí en medio de la blanca espuma que hervía en su estela me señalaron que el arpón había penetrado en profundidad.



5 CAPÍTULO 5

A ESTAS ALTURAS, todo el manada estaba a mano y chorros emitidos desde cien espiráculos, con un rugido que casi nos dejaba sordos, llovían desde todas partes, mientras en medio de la vasta superficie de una mar que hervía se podían observar las negras siluetas del desenfrenado manada, sacudiéndose y agitándose como una legión de demonios enloquecidos. El segundo y tercer oficiales se hallaban en medio de este pasmoso tumulto.

A la larga, Dick comenzó a disminuir su impetuosa carrera.

“¡Ahora muchachos!”, grité, “¡Acérquenme, moja la cuerda mientras entra, segundo remero del carrete! ¡Viren, muchachos!, ¿por qué diablos no viran? ¡A sotavento, sotavento, les digo! ¿Es que no saben cómo acercarse a una ballena?”

El bote se detuvo lo suficientemente cerca de su costado mientras yo hablaba y le clavé la lanza

justo debajo de la aleta dorsal. En ese justo momento, cuando la punta del bote se retiraba y yo me estiraba para una segunda acometida, un alullido penetrante del timonel desvió rápidamente mi atención hacia atrás, viendo el bote del combés, o mejor dicho, un fragmento del mismo, volando por el aire y, debajo del mismo, las oscuras formas de los tripulantes en plena lucha por sobrevivir, agarrados de remos o sujetos a los restos del naufragio, mientras un par de aletas de cola descendían en medio de la confusión, plenamente responsables de la catástrofe. ¡El bote había sido golpeado y hecho añicos por la ballena!

“¡Santo cielo!”, exclamé con impaciencia y con un tono que me temo evidenciaba más la tortura de esta interrupción que el estar conmovido por los sentimientos correspondientes al sufrimiento de las víctimas. “¡Por Dios, no eran lo suficientemente sensatos como para mantenerse fuera de las aguas ensangrentadas? ¡Y yo debo

soltar esta gloriosa presa debido a su infernal estupidez!”. Este fue el primer estallido de mi egoísmo.

“Pero no podemos aceptar verlos ahogarse, muchachos”, agregué, y al instante dije “¡corten la soga!”. Pero esta orden apenas había salido de mis labios cuando avisté al capitán, que había visto el incidente desde la popa de su bote y apuró los remos para ir en su rescate.

“¡Alto ahí!”, atroné, justo cuando el filo de la cuchilla rozaba la cuerda. “¡Por la gloria de Nantucket, alto ahí! El capitán los recogerá y Mocha Dick será nuestro, después de todo”.

Este incidente se produjo precisamente a la mitad del tiempo que he ocupado en esta narración. Entretanto, salvo un ligero temblor que en una o dos ocasiones sacudió su ponderosa estructura, Dick yacía en perfecta calma sobre la superficie de las aguas. Sin embargo, repentinamente,

como si fuese espolcado a la acción por alguna punzada más feroz, despertó de su letargo con una fuerza aparentemente aún mayor. Dando un brinco en dirección al bote, se precipitó perpendicularmente hacia abajo, lanzando al encargado del segundo carrete de soga, que en ese momento oficiaba de timonel, diez pies por sobre la popa tras golpear el largo remo del timón en su caída. El infortunado marinero cayó de cabeza sobre las aletas de cola de la ballena cuando ésta se esfumaba y fue arrastrado al fondo cual una pluma por la succión de las aguas que se cerraban. Luego de ser llevado a una gran profundidad, como inferimos por el tiempo que permaneció debajo de la superficie, reapareció, jadeando y exhausto y fue izado a bordo en medio de las calurosas felicitaciones de sus camaradas.

Para ese entonces doscientas brazas de soga habían sido arrastradas torciéndose a través de las cornamusas con un ímpetu que convertía en vapor toda el agua que les cañera encima. Aún así, la gigantesca criatura taladraba su senda hacia abajo con una velocidad sin freno. Bobina tras bobina de soga se iba por la borda, tragada por el mar. ¡Ya no quedaban sino tres adujas en el carrete!

“¡Corten!” grité; “¡corten ya, o nos llevará a pique!”. Pero mientras hablaba, el siseante cabo fluía con velocidad triplicada a través de la humeante madera, arrancando el cuchillo de manos del timonel del bote cuando éste se aprestaba a hundir su filo en los sobrecalentados filamentos. El bote se levantó por la popa y su proa se hundió instantáneamente. Una apresurada exclamación, a la vez oración y alarido, acudió a los labios de los más valientes cuando, por ¡oh! Inesperada misericordia, la zumbante cuerda perdió su tensión y nuestra ligera barca, a medio llenar de agua, recayó pesadamente sobre su quilla. En cada ojo asomó una lágrima y pienso que todos los corazones se inclinaron con gratitud ante esta inesperada salvación.

Abrumada por sus heridas y exhausta por sus esfuerzos y la enorme presión del agua por encima de ella, la inmensa criatura se vio obligada a emerger una vez más para alcanzar a respirar algo de aire fresco. ¡Y arriba se vino, en efecto!, disparando veinte pies de su gigantesca extensión por sobre las olas por el ímpetu de su ascenso. No estaba dispuesta a permanecer ociosa. Apenas habíamos alcanzado a achicar en algo el agua de nuestro inundado bote cuando nuevamente se

alejó disparada, a mi parecer con renovada energía. A lo largo de un cuarto de milla cortamos la resistencia de las aguas como si éstas no ofrecieran más frente que el aire. Abruptamente nuestra presa se detuvo para quedar tendida como si estuviera paralizada, con su masiva estructura temblando y convulsionándose como sometida al efecto del galvanismo. Di la orden de seguir bogando y, tomando una laya del bote, la enterré dos veces en su giba cuando nos habíamos acercado lo suficiente, sin duda baldándolo con el vigor y la certeza de los golpes. Ondulando furiosamente en redondo, respondió a este saludo haciendo una desesperada arremetida contra la popa del bote. Estábamos tan cerca de la ballena, que escapar a la furia de su ataque con alguna maniobra practicable estaba fuera de consideración. Pero el momento crítico, cuando esperábamos ser aplastados por la colisión, su fuerza pareció decaer. La fatal lanza había dado en el asiento de la vida. Sus fuerzas flaquearon en medio de su carrera y, hundándose silenciosamente debajo de nuestra quilla, rozándola en su ondulación, volvió a aparecer a unas pocas varas de nosotros, en el lado opuesto al de su inmersión.



"¡Demos vuelta, muchachos míos y acabémosla ya!", grité, pues me di cuenta de que su espíritu estaba finalmente domado. Pero la lanza y la laya ya no eran necesarias. El trabajo estaba hecho. El animal agónico luchaba en medio de un torbellino de espuma sanguinolenta y el océano en torno nuestro comenzó a teñirse de carmesí. "¡Todos a popa!", grité, mientras el animal comenzó a correr impetuosamente en círculos, golpeando el agua alternadamente con su cabeza y su cola y hundiendo los dientes ferrocamente y con gran estrépito en sus alvéolos en medio de los fuertes espasmos de la disolución. "¡Todos a popa o estaremos fritos!".

Mientras daba esta orden comenzó a saltar un grueso chorro de sangre negra y coagulada de la bestia moribunda, cayendo como una ducha en su derredor y rociándonos a, más bien, empapándonos, con una llovizna de sangre.

"*Mé esté la sésal!*", exclamé; "vean, gruesa como el alquitrán! ¡A popa! ¡Todas las almas a popa! ¡Ya se va aturdiendo!".

Y el monstruo lanzó su enorme cola al aire bajo la convulsiva influencia de su paroxismo final y, enseguida y por espacio de un minuto,

fustigó las aguas a ambas costados con golpes rápidos y poderosos, cuyo sonido evocaba aquel de las descargas rápidas de la artillería. Luego se recostó lenta y pesadamente sobre un costado y quedó flotando como una masa muerta en el mar que por tanto tiempo había surcado como conquistador. "¡Al fin se acabó!", grité con lo más potente de mi voz. "¡Hurrá, hurrá, hurrá!". Y arrancándose la gorra la lancé hacia arriba, donde quedó dando círculos, cuando al mismo tiempo saltaba de banco en banco como un hombre enloquecido. Entonces atracamos junto a nuestro despojo flotante y me cuestiono seriamente acaso el valiente comodoro que, al capturar al *Guerriere*, fue el primero y tan noble impugnador de la invencibilidad británica, sintiera un golpe de dicha más cálido cuando observó el pabellón nacional ondeando sobre la enseña británica como prueba de su victoria, que yo cuando salté sobre la cubierta de Dick para clavar mi bichero en su centro y ver la pequeña banderilla de kona, que narra un cuento tan importante y satisfactorio al cazador de ballenas, ondeando sobre mi trofeo tan arduamente conquistado.

El capitán y el segundo oficial, cada uno de los cuales había sido lo suficientemente afortunado como para matar su propia ballena, pronto avanzaron hacia nosotros y me felicitaron por la captura. De ellos escuché los pormenores del desastre del tercer oficial. Este había asegurado su ballena y la estaba sondeando cuando otra ballena apareció de improvviso casi directamente debajo de su bote y con un sencillo golpe de su giba lo cercenó en dos, lanzando al aire la proa y a aquellos que ocupaban esa parte de la frágil embarcación. Aturdidos o inmediatamente muertos por el choque, dos de los tripulantes se hundieron sin dar lucha, mientras un tercero, incapaz en su confusión de desengancharse de las adujas de la soga de remolque en que se había enredado, fue arrastrado al fondo por la ballena arrojada junto al fragmento al que estaba unida la espia, sin ser vuelto a ver. El resto, algunos de ellos severamente magullados, fueron salvados de ahogarse por la oportuna asistencia del capitán.

Colocarle el arnés a Dick fue labor de un instante; y como el buque, sacando toda la ventaja posible de una ligera brisa que había comenzado a correr durante la última hora, se nos había

acercado y ya estaba distante sólo unas varas, pronto nos encontramos bajo su popa. Las otras dos ballenas, ambos ejemplares de considerable peso, yacían flotando cerca; habiendo sido fijadas las jarcias sin demora a una de ellas, todas las manos estuvieron pronto ocupadas haciendo cortes. Mocha Dick era la ballena más larga que hubiera visto jamás. Medía más de setenta pies desde la cabezota hasta los extremos de sus aletas de cola y rindió cien barriles de aceite transparente, con la cantidad proporcional de 'spermaceti'. Debo decir enfáticamente, que las cicatrices de sus viejas heridas estaban cerca de las nuevas y no menos de veinte arpones sacamos de su espalda: los herrumbrosos recordatorios de más de un desesperado combate.



CAPÍTULO 6

I

¡No afanes mi cabeza con la caza de focas!

Para mí hay más gloria en pescar anguilas;

*sólo deme un baque coligastado,
unos aperjes de segunda,
y nada más pedir;*

*atróqueme al cachalote,
en el Índico o en el Pacífico,
qué demonios cuál ostana,
¡remen, muchachos, adelante, ya!"*

II

*"Cuando levamos anclas,
amarillos y espumas violetas cálidas
lágrimas,*

*respirando oraciones por nuestras
vidas;*

*con los corazones henchidos de
promesas,
quitan a besos la lágrima*

*del ojo que raramente se espanta,
¡pero nunca por temer!
y, entonces, al solano, muchachos,
el tumulto de las olas, camaradas,
ésa es nuestra devoción!
¡Remen muchachos, adelante ya!*

III

*Pronto escuchamos el feliz llamado,
¡oh!, marineros: ¡poplo a la vista!
Lenta como la noche, ella va a
sotavento:*

*¡Rápido, acuden las vergas!
¡y ahora estables, chicos,
tranquiles!*

grita el capitán.

*¡Mi lanza virgen pronto ella
conocerá!*

*Ya estamos prontos, muchachos,
arriba las avies, muchachos,
giren fuera las pesantes,
muchachos,
¡Remen muchachos, adelante ya!*

EL CONTRAMAESTRE guardó silencio.

Su cuento había sido narrado, su historia contada. Y con más tacto que aquel de muchos oradores modernos, tuvo la modestia y discreción de callar a su conclusión. Como respuesta comenzó a ir de mano en mano un vaso de 'ron añejo'. Y habiéndose pagado este tributo a la cortesía, se solicitó en forma unánime al vencedor de Mocha Dick entonar una canción. Demasiado razonable y bonachón como para aguardar un segundo requerimiento, aun cuando tenía capacidad suficiente para complacer a los presentes con otra narración, tomó un fuerte y largo sorbo de grog como abertura apropiada para la ocasión y, enseguida, nos entregó, con tono profundo y sonoro, la siguiente balada atingente a su profesión, acompañándose con el vejejímo organillo que constituía la dote musical del amoblado de la cámara:

IV

*Nuestro bote toca el agua
y cada hombre con su remo boga
fuerte hacia la mar;
la barra va volando, cuando las
balenas de todo porte
andaban y soplan,
golpeando con su cola y su aleta
aleta,
con decisión por el mejor de los
remeros.
¡Tiren fuerte, muchachos,
otro esfuerzo, muchachos!
¡Remen muchachos, adelante ya!*

V

*Entonces se para el gran Tim, que
jamás tuvo miedo
y grita el capitán: ¡olévala ahora, mi
valiente arpintero!"
Apura su lanza a fondo y dice
"rápido soy",
cuando la sangre a torrentes,
salpica tan alto como el metal.
¡Vamos, vamos, rápido, rápido,
muchachos,
ya armé su toldo, muchachos,
pronto estará en pedruzos,
muchachos!
¡Remen muchachos, adelante ya!*

VI

*Entonces traigan a un ballenero,
de donde quiera está,
que no teme a ballena nadando en
la azabote mar;
entonces tráiganse un buque
calafateado
y un aparejo de segunda
y pónganse al lado del cachalote
en el Océano Índico,
en el Océano Pacífico,
qui demoréis cual océano,
¡Remen muchachos, adelante ya!*

La canción se extinguió con un eco y todos nos confesamos encantados con ella, salvo y excepto el galante caballero del "club" de las focas. Si bien reconoció que la balada y la música eran suficientemente buenas, considerando el asunto, no pudo sino agregar: "Si quieren escuchar una melodía que levante de veras los corazones, deben escuchar una roquería de focas de dos pelos. Pues, por muchas horas me he sentado en los riscos del Cabo de Hornos escuchando a esa noble stirpe cuando se arracima en los inclinados farellones de más arriba mientras la espuma bañaba mis pies ...".

"¡Vamos, vamos mi viejo amigo!", exclamó el capitán, interrumpiendo al locuaz cazador de focas. "Olvidáis la tarde que se os reserva en la Santa María. Son las tres de la madrugada y más". Descando buena suerte a nuestros amistosos y generosos anfitriones, pronto nos encontramos a salvo en nuestro navío y enseguida todos comenzamos a navegar rumbo al norte.

Para mí, esa tarde había sido de singular agrado. Sin duda que los pormenores del cuento abundaban de algún modo en exagerado colorido, dado el deseo del narrador de presentar su oficio bajo una luz destacada, especialmente destinada a eclipsar a la ocupación de cazar focas. Pero siendo, después de todo, indulgentes al respecto, los hechos narrados pueden considerarse una muestra legítima de las aventuras que constituyen buena parte del legendario encanto de la vida de un cazador de ballenas, una vida que, considerando todos los incidentes que parece inevitable surjan del emprendimiento que le es peculiar, podría decirse que carece de paralelo. ¡Sin embargo, con todo lo vasto que es el campo en que actúa esta clase de resueltos hombres de mar, cuán poco podemos tener la pretensión de saber de los pormenores de la existencia de un



cazador de ballenas! El que nuestros buques balleneros zarpan del puerto y habitualmente regresan en el curso de tres años con su carga plena destinada a hinchar el fondo del tesoro nacional, casi constituye la suma de nuestro conocimiento acerca de ellos. Si pudiéramos abarcar de un vistazo la inmensa superficie de los océanos Pacífico e Índico, ¿qué cuadro se nos presentaría de esta osada empresa e industria sin paralelos! ¿Qué escenas de fatiga a lo largo de las costas del Japón, o en los estrechos de Mozambique, donde los peligros de las tormentas, con todo lo amenazantes que pueden ser, son menos importantes que las privaciones

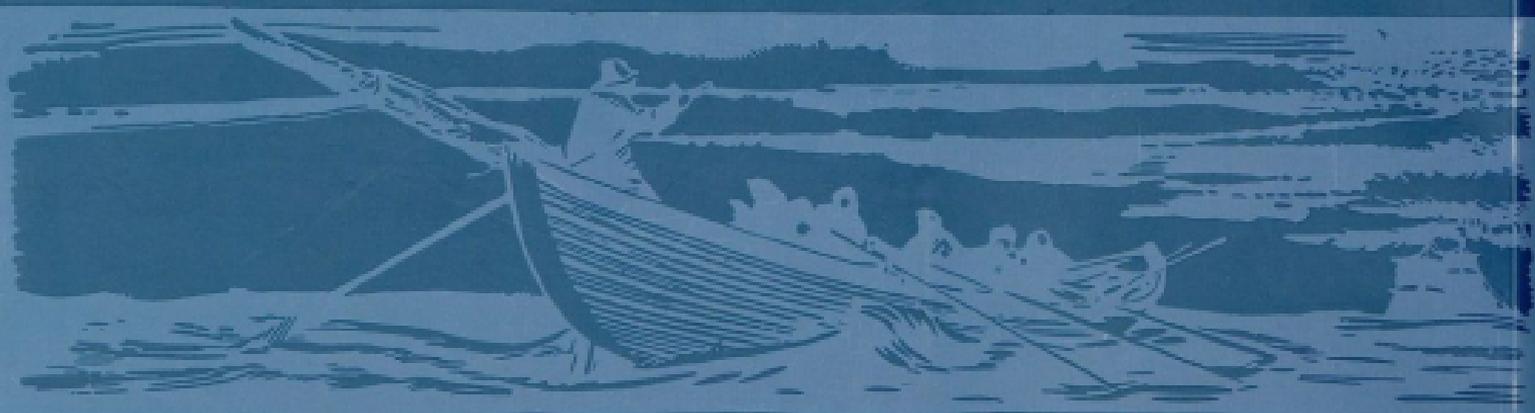
y los sufrimientos que vienen de la exclusión de todo trato con tierra firme! Sigan navegando y extiendan su visión hasta Nueva-Holanda, la costa de Guinea, hacia las costas orientales y occidentales de África, al Cabo de Buena Esperanza y más al sur, a las aguas que azotan los arrecifes de la Islas de Kerguelen, y entonces seguirán estando todavía en el territorio ballenero del marinero norteamericano. Y todavía más allá, hacia las vastas extensiones del Pacífico Norte y del Sur, con sus inconstables islas tropicales, y vuestra mirada seguirá puesta en el escenario y los derroteros habituales de nuestros balleneros. La diversidad

de los registros del mundo comercial no puede ofrecer un precedente, no puede presentar un símil, de la intrepidez, profesionalismo y fortaleza que parecen las particulares prerrogativas de esta rama de nuestra marina. Estas características no son producto de un esfuerzo impuesto; son incompatibles con éste. Son el resultado natural del ardor de gentes libres, de un espíritu de osada independencia, generada por instituciones libres. Sólo con semejantes instituciones puede el ser humano alcanzar su máxima dimensión en los diversos compartimentos de la ciencia y en las multiformes actividades de una vida laboriosa.

El autor Armando Cartes Montory es abogado y doctor en Historia, profesor asociado de la Universidad de Concepción, Miembro Correspondiente de la Academia Chilena de Historia y de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile y socio de la Corporación del Patrimonio Marítimo de Chile. Es autor de varios libros sobre historia regional e historia política de Chile.

El presente libro es producto de una investigación en fuentes y lugares chilenos y norteamericanos, que busca reconstruir y poner en valor la época heroica de la caza de cetáceos en el centro sur de Chile. Dice el autor: "En el curso de mi búsqueda de los vestigios de la actividad ballenera por los puertos y las islas de Quiriquina, Santa Marta y la Mocha, pero también por los senderos de la historia, me sorprendió hallarlos dispersos, a lo largo de toda la costa. Son restos dormidos, metales oxidados, viejos relatos y huesos rotos por el tiempo. Una historia teñida de crueldad y heroísmo, pero también de conservación y esperanza".

LOS CAZADORES DE MOCHA DICK



El libro es una invitación a un viaje magnífico, en pos de la mítica ballena blanca, por los puertos de Nueva Inglaterra y por las estaciones balleneras de las islas y la costa sur de Chile. Un recorrido mágico por la historia y la cultura ballenera, desde los pueblos indígenas y los años de intensa captura, hasta el actual presente de conservación y esperanza.

A partir de la novela breve *Mocha Dick*, del escritor norteamericano J. N. Reynolds, ambientada en las costas de Arauco y que es fuente de inspiración del *Moby Dick* de Herman Melville, novela mayor de la literatura norteamericana, el autor relata la saga de los balleneros chilenos y norteamericanos en las costas de la Región del Bío Bío.

El impacto que tuvo la primera edición, en cuanto a la difusión del relato de *Mocha Dick*, así como el creciente reconocimiento del valor natural y patrimonial de los grandes cetáceos, han motivado la presente reedición, actualizada y a todo color.

